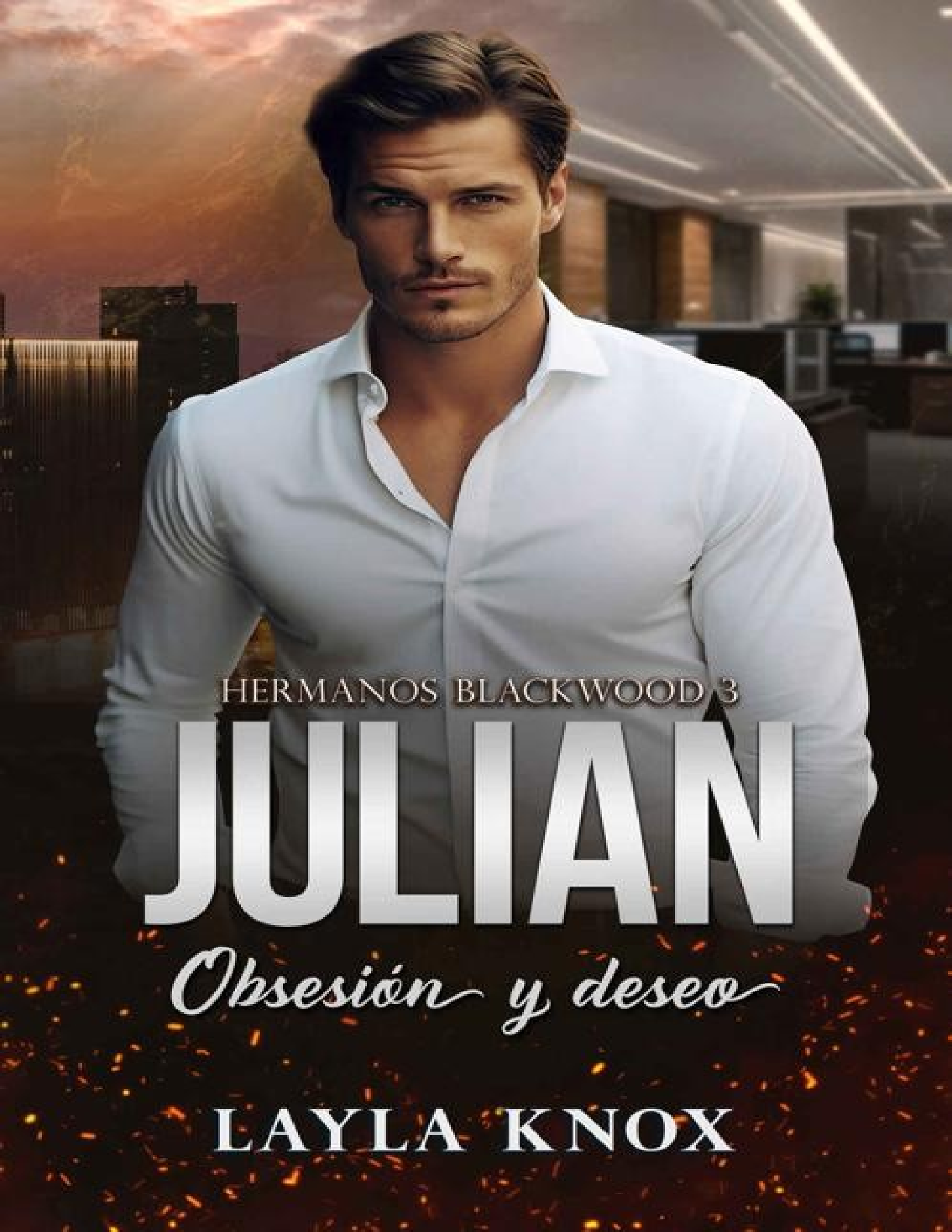




HERMANOS BLACKWOOD 3

JULIAN

Obsesión y deseo

LAYLA KNOX

JULIAN

OBSESIÓN
Y
DESEO

Hermanos Blackwood III

Título: *Julian. Obsesión y deseo.*

© 2024, Layla Knox

Del diseño de la cubierta: 2024, Calice Design

Primera edición: 2025, mayo.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

**Para los que disfrutan de la vida,
los que ven el lado bueno de las cosas y no
dejan que nadie les diga lo que tienen que
hacer.
Vida solo hay una y hay que vivirla como cada
uno quiere.
Vive, sueña, ríe y ama.**

Layla

No todas las historias se leen con calma.
Algunas se viven, se sienten y arden en las
manos.

Si has llegado hasta aquí, solo puedo decirte:
"suéltate, déjate llevar y disfruta de cada
página."

Con cariño.

Jayla Knox

Índice

[Prólogo](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Clara](#)

[Julian](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Julian

La música está demasiado alta, pero no me importa. Este es mi escenario: luces cegadoras, un mar de caras conocidas y desconocidas, risas que se mezclan con el tintineo de las copas... Las fiestas son mi especialidad, y esta noche no es la excepción.

Apoyado en la barra, con el vaso frío de vodka en la mano, observo todo como si estuviese tras las bambalinas. Coqueteo con una modelo que ni recuerdo haber conocido, lanzo bromas que arrancan risas fáciles. Todo automático. Todo... mecánico.

—Julian, ¿puedes al menos fingir que estás escuchando? —La voz de Nathan rompe el ruido, como siempre, demasiado perceptiva.

Me giro hacia él con una sonrisa fácil.

—Estoy escuchando, hermano. —Le guiño un ojo mientras doy un trago.

—Mentira. —Nathan me clava la mirada. Lo observo bien. Está con los brazos cruzados, en esa postura tan suya, esa que siempre me saca de quicio, esa que parece que está esperando a que le confiese algo inconfesable.

—¿Y qué quieres que te diga? —Extiendo los brazos, señalando la sala llena de las jóvenes promesas o los grandes herederos de la élite de Nueva York, todos como yo, fingiendo que les importa algo más que ellos mismos—. Este es mi terreno.

Él no responde de inmediato. En lugar de eso, me observa con esos ojos que tienen el don de leerme sin esfuerzo. Es molesto.

—No tienes que quedarte si no quieres. —Le doy un golpe amistoso en el brazo—. Vete a casa, hermano. Medita, conéctate con el universo o lo que sea que hagas para ser tan aburrido.

Una sonrisa ligera curva sus labios, pero su postura no cambia.

—Sabes que no voy a dejarte solo —dice, casi en un susurro.

Por un instante, el ruido a mi alrededor parece desvanecerse. El barullo, las luces, las caras... Todo se difumina. Mi sonrisa se tambalea, apenas un instante, pero lo suficiente para que él lo note.

—Estoy bien, Nathan. —Mi voz es firme, diría que casi cortante. Aquí no hay sitio para la verdad.

Nathan asiente, pero su mirada me cuenta otra historia.

—Lo sé. —Su respuesta simple es un recordatorio de que me conoce mejor de lo que quisiera.

Una carcajada femenina interrumpe el momento, sacándome de mis pensamientos erráticos. Me giro hacia la fuente del sonido, mostrando una alegría que no siento.

—¿Has visto a esa rubia? Creo que me está mirando. —Cambio de tema con facilidad.

Nathan no insiste. Niega con la cabeza y, para mi alivio, retrocede un paso.

El resto de la noche transcurre como siempre: chistes banales, risas huecas y demasiadas copas. Por dentro, sigo en piloto automático. Porque, por mucho que me esfuerce, hay cosas que simplemente no se entierran.

Al final, cuando los últimos asistentes se marchan y las luces empiezan a apagarse, lo veo. Nathan está junto a la puerta, con las manos en los bolsillos. No dice nada, pero su mirada lo dice todo.

«Cuando estés listo, aquí estoy».

El problema es que no sé si alguna vez lo estaré. Porque algunas cosas son demasiado grandes, demasiado jodidas para enfrentarlas. Y esta... es una de ellas.

1

Julian

Diez años después.

Max, mi Golden Retriever, es encantador... Lo juro, al menos, cuando no está intentando arrastrarme por toda la calle. Su entusiasmo parece duplicarse por la noche, cualquiera diría que el fresco que corre por Upper West Side le recarga la batería.

—Tranquilo, amigo. —Sujeto la correa con fuerza mientras él tira hacia adelante, moviendo la cola como si tuviera un motor.

La noche en Nueva York tiene su propia magia: las luces brillan desde todas partes, el murmullo constante de la ciudad y, a veces, una calma inesperada. Este es mi rato para desconectar, dejar que Max marque el ritmo y, con suerte, acallar algo del ruido que siempre hay en mi cabeza.



Cuando regresamos al edificio, Max parece satisfecho, aunque todavía olfatea cada esquina del vestíbulo con la curiosidad del cachorro que ya no es. Estoy a punto de entrar en el ascensor cuando escucho un pequeño golpe al final del pasillo.

Una mujer, con el cabello castaño, desordenado, y una expresión de pura frustración en el rostro, está luchando con una maleta que no quiere cooperar. La rueda chirría contra el suelo y cada intento de moverla parece empeorar las cosas.

Max decide que es el momento perfecto para hacer amigos. Antes de que pueda agarrar mejor la correa, se suelta y corre hacia la chica cual un torbellino de alegría.

—¡Max! —grito, apresurándome a ir tras de él.

La muchacha en cuestión da un pequeño salto hacia atrás, sorprendida, cuando Max se planta frente a ella, moviendo la cola

con una devoción que solo los perros pueden expresar.

—Lo siento mucho —digo, agarrando a Max por el collar—. Es... demasiado sociable.

Me mira con los ojos todavía algo abiertos por el susto, aunque su expresión se suaviza cuando ve a Max sentarse obediente, mirándola como si fuera la persona más interesante del planeta.

—No pasa nada. —Su comentario es más educado que sincero.

—¿Te ayudo con eso? —pregunto, señalando la maleta que parece más grande que su portadora.

—No, gracias. —Tira de nuevo, pero la rueda sigue sin girar.

—De verdad, no es problema. —Antes de que pueda protestar, ya estoy levantando la maleta. Es más pesada de lo que esperaba, aun así, no voy a quejarme.

Me sigue hasta el ascensor, manteniendo una distancia prudente. Su postura tensa me dice que no se fía mucho de mí.

—¿Eres nueva por aquí? —pregunto, pulsando el botón del ascensor.

—Sí.

—Bienvenida, entonces. Soy Julian. —Le sonrío, porque es lo que hago siempre con todo el mundo.

Vacila un segundo antes de responder:

—Clara.

Después del breve intercambio, nos quedamos en silencio. El ascensor llega a nuestro piso y noto que vamos al mismo. Max, por supuesto, sigue a Clara. Mucho me temo que ya la ha adoptado como su nueva mejor amiga.

—¿Qué llevas en esta cosa, Clarisse? ¿Ladrillos? —bromeo y dejo la maleta frente a su puerta.

—Es Clara. Y llevo lo básico. —Su respuesta tiene un ligero toque irónico, pese a eso, sus ojos no se suavizan del todo.

Le doy espacio mientras busca las llaves en el bolso. Max se acerca para olfatearla una vez más, ganándose una breve risa de su parte.

—Creo que tu perro me está inspeccionando.

—Es su forma de decir que le caes bien. —Le doy una palmada a Max para que se quede quieto.

—Pues al menos uno en este edificio parece amigable.

Su comentario me pilla por sorpresa, sin embargo, no tengo tiempo de responder antes de que desaparezca en su apartamento.

Max se queda mirando la puerta cerrada, esperando que vuelva a salir.

—Vamos, amigo. —Le doy un suave tirón de la correa y regreso a mi piso.

Por el camino, no puedo evitar pensar en ella.

Una vez dentro, me sirvo un whisky, intentando apartarla de mi cabeza.

«No es nada», me digo, aunque una parte de mí sabe que me estoy mintiendo.

Clara

La notificación aparece en mi bandeja de entrada justo cuando termino de desempacar la última caja. El asunto del correo es escueto, pero devastador, al menos yo lo siento así: «Asignación confirmada: asistente personal de la modelo Adriana de la Vega».

El nombre de la modelo me da de lleno en la cara. Lo releo tres veces, incapaz de procesarlo. No puedo creerlo.

Adriana de la Vega.

Su hija.

Mis pensamientos retroceden en el tiempo, llevándome de vuelta a Madrid. A aquellas oficinas donde cada día era una lucha para mantener la compostura bajo las miradas, los comentarios y el ambiente tóxico que él lideraba con una mezcla de arrogancia y poder.

Respiro hondo, pero el aire no alcanza mis pulmones. ¿Cómo es posible que ahora tenga que trabajar con su hija?

Me dejo caer en el sofá con el portátil aún en las piernas, intentando asimilarlo. Nueva York parecía la escapatoria perfecta, la oportunidad de comenzar de cero. Sin embargo, aquí estoy, con su sombra persiguiéndome hasta el otro lado del Atlántico.

El correo detalla mi rol. Adriana será la imagen principal de la nueva campaña de Blackwood C&B, y como asistente, debo coordinar su agenda, organizar eventos y apoyar al equipo de producción.

«Ser asistente será una oportunidad única en tu carrera. Estarás dentro del mundillo de la moda y podrás ir avanzando poco a poco», dijeron al contratarme.

Qué irónico. Avanzar...

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria.

Desde que salí de España, todo ha sido un borrón. Cambiar de país no solo fue un salto profesional, fue una huida. Una fuga desesperada por dejar atrás a ese hombre, sus palabras y la

sensación de estar atrapada. Pero ahora, su hija está aquí, trayendo consigo recuerdos que preferiría olvidar. Y yo... yo no puedo rechazar el puesto. Es lo único que tengo, por el momento. No puedo justificar mi negativa sin exponer mi antigua situación. Me tiembla el cuerpo. ¿Y si Adriana lo sabe? No, no puede ser... Rezo, al menos, para que sea eso. De lo contrario, este cambio de vida tan drástico no habrá servido de nada.

El teléfono vibra, sacándome de su espiral de autodestrucción laboral. Es un mensaje de Elena, mi amiga más cercana en España:

Elena: ¿Cómo va todo en NY? ¿Ya conquistaste la gran manzana ?

Cierro los ojos y sonrío con amargura. Si supiera. Le respondo rápidamente:

Clara: Sobreviviendo.



Al día siguiente, camino hacia las oficinas de Blackwood C&B con un nudo en el estómago. Según las instrucciones, debo llegar antes que Adriana y organizarlo todo.

La recepcionista me guía hasta la sala de conferencias, un espacio elegante con ventanales que ofrecen una vista espectacular de Manhattan. Me siento diminuta en comparación con la magnitud del lugar.

Estoy revisando unos documentos cuando escucho pasos en el pasillo. La puerta se abre, y ahí está.

Adriana de la Vega entra en la habitación como si fuera un desfile. Alta, impecable, con una presencia que exige atención. Sus ojos oscuros me recorren de arriba abajo y su ceja, ligeramente arqueada, delata que ya me está juzgando.

—Tú debes ser mi asistente —dice, con un tono despectivo que convierte el título en una condena.

—Clara López —respondo, tendiéndole la mano.

Respiro algo más tranquila. No parece conocerme. Y eso, al menos, me da un respiro. Aunque, claro, es obvio pensar que su padre no la tenía al tanto de lo ocurrido entre nosotros.

Ella tarda demasiado en estrecharla y cuando lo hace, su sonrisa es una máscara de cortesía.

—Perfecto. Necesito que estés a la altura. No solo vas a gestionar mi agenda, también tendrás que apoyar al equipo de campaña. Son un desastre y yo no tolero ineficiencias.

La manera en la que habla deja claro que es una orden tajante, sin lugar a réplica.

—Por supuesto. Haré todo lo necesario —digo con firmeza, aunque por dentro me pregunto cuántas horas extras implicará esto.

—Bien. Ahora, acompáñame. Tengo un café pendiente y necesito aprender rápido.

Respiro hondo, recordándome que esto es temporal. Que no importa lo que ella piense o diga. Lo único que debo hacer es cumplir con mi trabajo. Pero mientras la observo dar órdenes como si el mundo girara a su alrededor, algo me dice que no será tan fácil como quiero creer.

Julian

Las reuniones nunca han sido lo mío. No es que no entienda de qué va la película —soy mucho más listo de lo que aparento—, es que me aburren. Prefiero estar donde pasan cosas de verdad: en las campañas, las sesiones de fotos o los eventos donde las ideas cobran vida. Esto, en cambio, parece un teatro ensayado al milímetro, frío y calculador.

La sala de juntas de Blackwood C&B luce impecable. Cristales relucientes, luces tenues y ese aire de profesionalidad que a veces me provoca ganas de salir corriendo. Damian, cómo no, está en su trono al final de la mesa, con esa mirada seria que dice: «Ni se te ocurra cagarla, Julian». No necesita abrir la boca; el mensaje me llega alto y claro sin que lo haga.

Me dejo caer en la silla junto a él. Aunque finge estar concentrado en unos documentos, sé que ya me tiene en el punto de mira.

—¿Y Nathan? —pregunto, más por romper el hielo que por interés real.

—Está en otra reunión —contesta sin apartar la vista del papel.

—Ah, claro. Nuestro gurú de Recursos Humanos. Seguro que anda por ahí equilibrando el karma de la empresa o reflexionando sobre cómo cojones afecta a la productividad el color de las tazas.

El mayor de los Blackwood me lanza una de esas miradas que ya perfeccionó en su más tierna infancia: «Corta el rollo, no estoy para tus payasadas». Yo, fiel a mi papel, sonrío. Soy el encargado de relajar tensiones en este circo, y lo disfruto con creces.

La puerta se abre de golpe y la atmósfera cambia. Adriana de la Vega entra con una seguridad que roza lo insultante. Tiene ese aire de quien está acostumbrada a que le despejen el camino, no porque lo pida, sino porque todo el mundo sabe que es lo que corresponde.

Damian, cómo no, se pone de pie al instante, tan impecable como siempre.

—Señorita de la Vega, bienvenida.

Ella responde con una sonrisa medida, lo justo para ser cortés sin dar pie a confianzas.

—El placer es mío, señor Blackwood.

Yo observo la escena desde mi sitio, recostado en la silla con los brazos cruzados. Adriana es, sin duda, impresionante. Su cabello oscuro, perfectamente peinado, y su traje a medida gritan éxito y control. La he visto antes, en eventos y reuniones, siempre rodeada de atención. Sin embargo, lo que más me atrae no es ella, sino la mujercita que la acompaña.

Es baja, menuda y si la comparamos con el metro ochenta de la modelo, aún parece más pequeña de lo que es. Por lo que puedo apreciar desde aquí, tiene un rostro que parece sacado de otro mundo, uno menos perfeccionado y, por supuesto, maquillado que el de la modelo. Aun así, mucho más real. Tarda un par de segundos en levantar la vista y, cuando lo hace, mi memoria hace clic. ¡La hostia! La chica del pasillo: la que se jugaba la vida tirando de aquella maleta.

Clara, se llamaba. O eso creo. Me perdí varias veces mirándole el escote... pero juraría que...

Sí, eso es.

Clara.

Damian la saluda con cortesía, aunque sin el entusiasmo reservado para la protagonista de esta reunión. Es como si mi nueva vecina fuera una prolongación de esta última, un accesorio más en su impecable entrada. Adriana toma asiento en la silla que, obviamente, le está destinada, mientras Clara se acomoda a su lado, sacando un cuaderno y un bolígrafo con movimientos que gritan «estoy fuera de lugar».

—Bien, comencemos —dice, retomando las riendas de la sala.

La reunión avanza igual que todas: tecnicismos, cifras, palabras de moda repetidas hasta el aburrimiento. Yo, fiel a mi estilo, hago lo que mejor se me da en estas situaciones: aparentar que me interesa mientras mi mente vaga a su antojo.

Adriana, como era de esperar, domina la conversación junto a mi hermano. Habla de branding, de proyección global, de cómo su

imagen encaja cual anillo al dedo con la visión de Blackwood C&B. Es impresionante, lo admito, aunque hay algo en su forma de hablar que me chirría. Cada palabra suena ensayada, parece que hubiera practicado este discurso frente al espejo la noche anterior.

Sin embargo, mi atención vuelve, una y otra vez, a Clara. Está ahí, con la cabeza gacha, tomando notas con una concentración exagerada, teniendo en cuenta lo que realmente está pasando. Recibe instrucciones en voz baja de vez en cuando y asiente con rapidez, como si cualquier otra reacción fuera impensable.

—Julian, ¿qué opinas?

De repente, Damian corta el hilo de mis pensamientos.

Levanto la vista, pillado por sorpresa. Claro, porque sería demasiado pedir que me dejaran hacer de espectador silencioso.

—¿Sobre qué?

El suspiro de mi hermano es tan pesado que parece que va a hundir la mesa.

—Sobre la propuesta de Adriana para la línea de joyas.

Me recompongo en un segundo. No es la primera vez que me pillan en las nubes, así que ya tengo maña en estas cosas.

—Es brillante. No dudaba que la señorita de la Vega sabe perfectamente cómo conectar con el mercado.

Ella me regala una sonrisa que, siendo sincero, no sé si es de agradecimiento o puro cálculo. Quizá, las dos.

Cuando la reunión por fin termina, todos empiezan a recoger sus cosas. Adriana sigue enfrascada en una conversación con Damian, mientras yo me acerco a Clara, que organiza sus notas sin mirar a nadie. Me parece a mí que esta chica todo se lo toma demasiado en serio: ordenar papeles, tirar de maletas...

—Bonita reunión, ¿eh? —le digo, inclinándome un poco, lo justo para invadir su espacio personal, porque, llámame idiota, pero necesito acortar distancias con ella, aunque no sé por qué.

Levanta la vista, visiblemente sorprendida.

—Sí, claro —responde con desgana.

—¿Siempre es así? —pregunto, señalando a su «jefa» con la barbilla, que sigue hablando, sintiendo que tiene una audiencia entera frente a ella.

Clara duda antes de contestar.

—Es exigente.

—Traducción: un dolor de cabeza monumental.

Por un momento, su expresión se relaja, y hasta me parece distinguir un atisbo de sonrisa, sin embargo, la chispa se apaga demasiado rápido.

—Prefiero no opinar sobre eso.

—Lo que demuestra que eres lista. Aunque, si opinaras, serías más interesante aún, Clarisse. —Le guiño un ojo, jugando, pero su cara vuelve a cerrarse en tiempo récord.

—Si me disculpas...

Y así, se marcha, dejándome con la extraña sensación de que acabo de perder una batalla sin saber que había empezado una.

Cuando salgo de la sala, le echo un último vistazo mientras la veo caminar aún por el pasillo. Hay algo que no me encaja, algo que se me escapa. Y si hay algo que me gusta más que una buena campaña, es un buen misterio.

4

Clara

—No pienses tanto —me susurro mientras espero en la recepción del piso 16, ajustando la correa de mi bolso con dedos temblorosos.

El primer encuentro con Adriana no fue una sorpresa; ya sabía que trabajaría para una modelo importante. Sin embargo, verla en persona fue... abrumador. Impactante, incluso. No hay otra palabra para describirla. Su presencia llena cualquier espacio, su forma de hablar, su seguridad. Durante la reunión, todos la escuchaban como si cada palabra fuera un tesoro. Aunque, bajo esa perfección casi molesta, había más: un frío desprecio a todo el mundo. Tuve la sensación de que cada uno de los presentes no era más que un objeto prescindible para ella.

Mi nombre suena desde la recepción.

—Señorita López, la señorita de la Vega quiere verla en la sala privada. —La forma tan delicada y amable de la recepcionista al informarme no consigue ocultar la pizca de lástima que parecen tenerme todos aquí, lo que me hace pensar que Adriana no es muy diferente a su padre.

—Gracias.

Recojo mis cosas y camino hacia la puerta indicada. La sala es elegante, decorada con sofás de cuero blanco y jarrones con flores frescas que parecen costar más que mi sueldo mensual. Adriana está en el centro, revisando su móvil, completamente indiferente a mi llegada pese a que me está esperando.

—Buenos días —saludo con un tono profesional que apenas disimula mi nerviosismo.

Levanta la mirada solo un instante antes de volver a su teléfono.

—Ah, Clara. Bien. Vamos a empezar. —Su voz, fría y distante, me deja claro que ya está decepcionada. Ni siquiera me ha dado tiempo a equivocarme.

Me siento frente a ella y saco mi libreta. Adriana deja el móvil sobre la mesa de cristal y comienza a hablar, rápida y contundente.

—Quiero que organices mi agenda. Asegúrate de que las sesiones de fotos no coincidan con los compromisos de la campaña. Y consigue un té matcha, uno decente, no esas porquerías de la máquina de café.

Anoto todo mientras siento cómo mi paciencia se desgasta con cada palabra que dice.

—Entendido.

Adriana cruza una pierna sobre la otra y me mira como si evaluara algo más que mi respuesta.

—Espero que lo esté. Ah, y necesito que recojas unos vestidos de Balmain esta tarde.

Levanto la vista, sorprendida.

—¿De Balmain? Creía que el departamento de logística se encargaba de eso.

Sonríe, aunque no es una sonrisa auténtica.

—Lo hacen, pero quiero que vayas tú. Necesito asegurarme de que no haya errores, y no confío en cualquiera.

Asiento, aunque noto cómo un nudo se forma en mi garganta.

«Respira, Clara. Es solo trabajo», me repito, intentando mantener la compostura. Sin embargo, cuando menciona su apellido al hablar de un evento para unos conocidos de su padre, todo mi interior se paraliza.

Víctor de la Vega.

El nombre retumba en mi mente mientras los recuerdos me arrastran: su voz autoritaria, sus sonrisas falsas, las excusas cuando...

—¿Todo claro? —Adriana me saca de mis pensamientos.

—Sí, sí... —contesto demasiado rápido—. Todo claro. ¿Algo más?

—No, nada más. —Me observa y tengo la sensación de que me está evaluando—. Por ahora no. Pero mantente cerca. No quiero tener que buscarte. —Hace una pausa y, como si se arrepintiera de haber terminado la conversación, chasquea los dedos—. Clara, ya que hoy solo tengo un posado por la tarde, asegúrate de no perder el tiempo. Ve a ayudar con la campaña. Creo que alguien mencionó no sé qué sobre coordinar reuniones. Tú sabrás cómo hacerlo. Y si no, pregúntale a Blackwood, si es que lo encuentras.

Asiento de nuevo y salgo de la sala con pasos rápidos, sintiendo cómo mi pecho se cierra. Necesito un momento para recomponerme... pero no tengo tiempo.



Me dirijo al pequeño escritorio que me han asignado en una esquina apartada y trato de concentrarme en mi lista de tareas.

Cuando termina el turno, bajo al vestíbulo. Me detengo frente a una ventana que refleja mi rostro cansado y mi expresión tensa.

«Esto no puede ser peor que lo que dejé atrás», me digo.

Sin embargo, una pequeña parte de mí sabe que no estoy siendo sincera.

Julian

Hace once años.

El piso de Sophie es una jungla organizada, típico de un lugar en el que solo viven estudiantes. Hay libros abiertos en la mesa, una manta tirada en el sofá y una montaña de platos en la encimera que amenaza con reclamar su independencia. Aunque ella parece inmune a todo eso.

—¿Puedes moverte de ahí? —me suelta desde la cocina, lanzándome un trapo que me da en el brazo.

Estoy tirado en el sofá, con las piernas colgando por el borde y jugando con la correa del reloj.

—Ni lo sueñes. Este sofá me ha adoptado. Ahora soy parte de él. —Le dedico una sonrisa de esas que sé que la sacan de quicio.

Mi chica me lanza una ojeada con ese ceño fruncido que le sale cuando quiere hacerme creer que está enfadada, aunque sus labios se curvan un poquito en una sonrisa.

—Eres insoportable, Jules.

—Ya, pero tú me adoras. —Le guiño un ojo mientras me hundo aún más en el sofá.

De repente, la puerta se abre y Daniel entra eufórico, cualquiera diría que de ganar un partido de fútbol. Lleva una bolsa del súper en una mano y un paquete de cervezas bajo el brazo.

—¡He llegado! —grita, cerrando la puerta con el pie.

—Mira quién ha decidido dignarnos con su presencia. —Levanto una mano, imitando el saludo de un rey.

—¿Qué hace el señor pereza esta vez? —me suelta mientras deja las bolsas sobre la mesa.

—Supervisando. —Hago un gesto exagerado, señalando toda la estancia.

—Cómo no. —Daniel se acerca, me quita un cojín y se lo lanza a Sophie, que lo atrapa al vuelo—. ¿No podrías hacer algo productivo

por una puta vez? —insiste.

—¿Por qué arruinar mi récord perfecto? —Me río y él se une, pese a que sacude la cabeza, resignado.

El olor a pizza recién hecha sale del horno y llena el piso. Sophie la saca con una bandeja y la pone en la mesa del salón, donde ya hemos decidido que comer en sillas es un lujo innecesario. Nos sentamos en el suelo, cada uno con un trozo de pizza en una mano y una cerveza en la otra.

—¿Sabéis que mi compañera de piso odia que use la cocina? —Ríe mientras toma un sorbo de su cerveza.

—¿Por qué? ¿Porque lo dejas todo impoluto después? —pregunto con una sonrisa burlona.

—Dice que dejo «mi esencia». —Hace comillas en el aire, y Daniel arquea una ceja.

—¿Tu esencia?

—Ya sabéis... migas de pan, sartenes sucias, un poco de desorden.

—Un poco de desorden... —repito, alargando las palabras—. Suena a una forma muy fina de decir desastre total.

—Viniendo de alguien que incendió una servilleta cocinando pasta, no me suena a insulto.

Nos reímos los tres y la conversación se va encadenando como siempre, saltando de un tema a otro sin esfuerzo. En un momento dado, noto que Daniel la mira un poco más de la cuenta. Ese segundo extra no significa nada, ¿no?

—Entonces, ¿qué harás después de los exámenes? —pregunta Daniel, inclinándose un poco hacia Sophie.

Ella se encoge de hombros y juega con el borde de su plato, me da la impresión de que no quiere responder.

—No lo sé. Quizá vuelva a casa por un tiempo. ¿Y tú?

—Terminar el máster. Quiero acabar cuanto antes. —Daniel tiene esa seguridad que siempre le ha salido natural. Es casi irritante, porque me deja en evidencia con mi estilo de vida a lo «ya veremos qué pasa».

Mi novia me mantiene la mirada y distingo la intención de hacerme una pregunta incómoda.

—¿Y tú, Jules?

—Fiestas. Muchas fiestas. —Le doy un trago largo a mi cerveza y sonrío.

Ella se ríe, aun así, noto que esa risa no le llega a los ojos. Daniel, por su parte, suspira.

—Tú siempre igual.

—Y siempre feliz. —Le guiño un ojo, volviendo a mi zona segura.

La noche sigue su curso, sin embargo, no puedo dejar de notar las miradas rápidas que Sophie y Daniel se cruzan. Es sutil, casi imperceptible, pero está ahí. No debería molestarme, aun así, lo hace. Y claro, me digo a mí mismo que soy un paranoico y que no hay nada raro.

—¿Alguien quiere más pizza? —pregunta Sophie, levantándose.

—Por supuesto. —Daniel se pone en pie al momento para ayudarla, y yo me quedo en el salón, observando cómo se ríen de un comentario que no alcanzo a escuchar.

Cuando vuelven, nada ha cambiado. En la superficie, al menos. Siento que hay algo diferente. Algo que no sé explicar.

Más tarde, Daniel se despide con un abrazo demasiado largo para mi gusto. Intento bromear sobre ello, porque es lo que hago, ¿no? Mantener alegre la reunión. Ella me mira, y siento que se está preguntando si de verdad tengo ganas de reír o es pura fachada.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando estamos solos.

—Claro, solo estoy cansada. —Su respuesta es tan rápida que parece ensayada.

Hago un esfuerzo por convencerme de que tiene razón. De que todo está bien. Pese a ello, esa sensación de incomodidad no desaparece y no sé si quiero saber por qué.

Julian

Me levanto empapado en sudor.

Trago saliva mientras me concentro en recomponerme.

Cierro los ojos con fuerza y su imagen vuelve.

Los abro de inmediato.

Al hacerlo, me doy cuenta de que no, no quiero volver a la realidad. Apenas la conozco y, aun así, su cara mientras me hacía una mamada es algo que no podré alejar de mi mente en mucho tiempo.

Y cuando digo mucho, quiero decir muchísimo.

Sus ojos, brillantes de placer; su labial rojo, corrido, y mi polla paseándose por sus labios.

¡Dios, qué empalme tengo!

Me recuesto sobre la cama, incapaz de calmarme, de olvidar cómo su lengua trazaba círculos sobre mí, cómo me miraba a los ojos mientras lo hacía, perfectamente consciente de lo mucho que me estaba volviendo loco.

¿Y ahora qué?

Expulso el aire y me paso una mano por la cara. Su imagen viene otra vez a mí, más vívida, más intensa. Su boca, húmeda y cálida, deslizándose despacio hacia abajo antes de volver a subir, dejando un rastro de fuego que todavía me quema. Mi erección palpita y sé que esto solo hay dos maneras de solucionarlo: o me quedo aquí y trato de calmar esta necesidad, o cruzo el pasillo dispuesto a descubrir si Clara es tan ardiente como en mi sueño.

Meto la mano bajo la sábana y me agarro la polla con suavidad. No hay forma de engañarme a mí mismo; no hay otra opción, al menos, no por el momento. Empiezo con el vaivén, suave y delicado al principio. Recreo en mi cabeza todo lo que ella me hacía en sueños, lo que despertaba en mí... Casi puedo notar su lengua paseándose a todo lo largo, o cómo su boca me envuelve antes de

lamerme con esa mezcla de descarro y devoción que solo ella domina en mi imaginación.

Mis dedos se cierran con firmeza, imitando la presión de su boca, mientras mi respiración se vuelve pesada. Cada movimiento me acerca más al límite y en mi mente, me alienta con un susurro ronco y tentador: «¿Te gusta así?».

¡Joder!, ¡cómo no me va a gustar?!

Cada vez que pienso en su lengua jugueteando con la punta, en cómo sus uñas se clavaban ligeramente en mis muslos mientras lo hacía, siento que estoy perdiendo completamente la cabeza.

Aumento el ritmo, perdiéndome en el recuerdo inventado de sus gemidos bajos, esos pequeños sonidos de satisfacción que me confirmaban que disfrutaba tanto como yo. En mi mente, Clara no se detiene, no duda, solo sigue hasta que ya no puedo más. Su sonrisa traviesa aparece un instante antes de que me bese justo ahí, en la base, con una ternura que contrasta deliciosamente con lo sucia que puede ser su boca.

Estoy tan cachondo y desesperado que con un par de imágenes más, me corro.

El placer me llega en oleadas y me deja jadeante y rendido.

Me quedo tumbado unos segundos, con la mano aún envuelta alrededor de mi polla, mientras mi respiración vuelve a la normalidad. La risa empieza a burbujear en mi pecho, primero como un susurro; luego, como una carcajada completa.

—¡Joder con la vecinita! —exclamo, incapaz de contenerme.

Y sigo riendo, porque, aunque pueda sonar ridículo, después de semejante subidón, acabo de acordarme de Ethan y de lo que me reí a su costa con «la vecinita». Al final, Nathan va a tener razón y el universo es más cabrón de lo que imaginaba.

Miro al techo, todavía con la sonrisa tonta en los labios y me pregunto cuánto tiempo podré seguir evitando a Clara antes de que esta fantasía se convierta en algo más que un sueño húmedo entre mis sábanas.



Es casi mediodía cuando mi bandeja de entrada revienta con un correo de Adriana. Ya estoy acostumbrado a sus exigencias de última hora, sin embargo, el asunto de este mensaje me hace arquear una ceja: quiere una reunión improvisada para discutir un cambio «urgente» en la dirección de la campaña.

Lo mejor de todo no es la petición, sino que insiste en que su asistente esté presente. Aún no me quito su imagen mientras me comía de arriba abajo, ¿cómo cojones voy a mantener una reunión, se supone que sería, con ella si lo único en lo que pienso es en si será tan buena haciendo mamadas como en mi sueño?

—¿Clara? —digo en voz alta, como si me hubieran hablado en otro idioma.

—¿Qué pasa con ella? —Damian, que acaba de entrar por mi puerta, se apoya en el marco con una ceja levantada.

—Nuestra queridísima señorita de la Vega quiere que participe en la reunión que acaba de solicitarme. ¿Qué te parece?

Damian se encoge de hombros, hasta diría que para él esa idea es lo más normal del mundo.

—Bueno, ¿por qué te afecta tanto? Es su asistente, querrá que anote... no sé... algo.

—Es que no tiene ni pies ni cabeza. —Necesito justificar mi malestar delante de Damian, porque si le cuento lo que de verdad pasa por mi cabeza, estoy seguro de que me manda al psicólogo de una vez—. Esa chica solo lleva aquí menos que lo que me dura un café caliente, y su trabajo no tiene nada que ver con lo que me pide en el correo. —Suelto un bufido y me pongo en pie.

—¿Puede ser que no sea eso lo que te moleste, sino el hecho de que está desmontando cada paso que das en la campaña?

Bufo en respuesta y Damian se echa a reír.

—¡Da asco cuando te conocen tan bien! —suelto. Al menos, no me encuentra tan desalmado como para sugerir que el problema lo tengo porque me encantaría empotrar a Clara contra lo primero que

me encuentre—. Venga, voy a ver qué tripa se le ha roto a la modelito.

Minutos después, estamos en la sala de reuniones. Adriana está sentada al final de la mesa, con esa pose de «miradme, soy la reina del mundo», mientras Clara ocupa una silla junto a ella, rígida como si le hubieran puesto una escoba en la espalda.

—Gracias por venir con tan poco aviso —dice, con ese tono suyo que me hace pensar en uñas arañando una pizarra.

—Por supuesto, siempre es un placer dejar todo lo que hago para atender tus caprichos. —Le devuelvo una sonrisa cargada de sarcasmo. Mejor eso que dejarme llevar por el tirón de mi entrepierna al ver a Clara.

Por suerte, estoy sentado, de manera que puedo disimular.

Adriana, por su parte, pasa de largo, impassible.

Ella sonríe (o hace que lo parezca al menos) y mira a su asistente.

—Díselo.

Maldigo por dentro, porque eso me obliga a mirarla yo también.

¡Joder! Es que hoy trae los labios pintados de rojo.

¡Me cago en mi puta imaginación!

Se queda como un cervatillo frente a los faros de un coche. Tarda un par de segundos en reaccionar y cuando lo hace, da la impresión de que está descifrando un jeroglífico.

—Bueno, yo... —Empieza a jugar con un bolígrafo, nerviosa—. Adriana cree que deberíamos incorporar un enfoque más... orgánico a la campaña.

La observo mientras habla. Titubea, ni ella misma se cree lo que está diciendo, aun así, se esfuerza por sonar profesional.

En mi sueño era mucho más decidida...

—¿Y eso qué significa exactamente? —pregunto, cruzándome de brazos, ya que debo ponerme las cosas difíciles y centrarme en lo que tengo entre manos.

Antes de que intente explicarse, la modelo interviene de inmediato.

—Significa que quiero improvisación. Las fotos actuales son demasiado... plásticas. Necesitamos transmitir algo más real, más

auténtico.

—Ah, sí, claro. La autenticidad y la improvisación es justo lo que espera la gente que consume una marca de lujo. —El sarcasmo se me escapa con tanta naturalidad que no lo intento evitar.

Clara me mira de reojo, como si estuviera en medio de una pelea de perros y no supiera hacia dónde correr.

—Creo que lo que Adriana quiere decir es que... —Se toma un segundo, buscando las palabras—. Podríamos probar algo diferente, algo que conecte mejor con el público.

Suelto una carcajada baja, porque si no, reviento.

—Ajá. ¿Y cómo piensas conseguirlo?

Traga saliva, incómoda. Estoy seguro de que no esperaba tener que defender esta idea, con toda probabilidad ni siquiera esté convencida de ella, aun así, sigue adelante. Hay que reconocerle agallas. Lo que me lleva a plantearme por qué lo hace cuando sabe que eso es un punto negativo a su favor.

—Podríamos buscar locaciones más naturales o usar imágenes menos posadas. Quizás escenarios en exteriores...

Adriana la interrumpe, dándole palmaditas invisibles en la espalda con una sonrisa de esas que dicen: «¿Ves?, soy brillante».

—Exacto. Clara lo ha pillado a la primera.

Sí, claro que lo ha pillado.

«Como pilló mi polla».

—Perfecto. Montar una sesión en exteriores es lo que más nos conviene ahora. —Mi tono es cortante y noto cómo Clara se hunde un poquito más en su silla.

Si supiese cuál es el verdadero motivo de mi modo de actuar, se caería de culo de la silla.

Adriana ni se inmuta.

—¿Es un problema? Porque si lo es, puedo hablar con Damian. Estoy segura de que él entenderá la importancia de mi visión y en el contrato de...

Ahí está. La carta de Damian. La usa como un niño amenazando con llamar a su madre.

—No hace falta. —Mi respuesta sale más seca de lo que pretendía. Paso de dramas.

Miro a Clara. Mi vista se va de inmediato a sus labios. Pintados de rojo.

¡Dios, qué calentón!

¡Me cago en la puta! Esto es inaguantable.

Me obligo a cambiar el punto de mi atención. Sigue jugueteando con el bolígrafo, evitando mi mirada, por suerte.

—Está bien, lo consideraremos. Sin embargo, quiero una propuesta concreta antes de mover un dedo y gastar un dólar.

Asiente rápida.

Adriana parece satisfecha (¡milagro!) y la reunión termina.

Mientras todos se levantan, Clara recoge sus cosas a la velocidad de la luz, dispuesta a esfumarse.

—Clarisse.

Se detiene en seco. Se gira despacio, con los ojos llenos de incertidumbre.

—Me llamo Clara.

—La próxima vez, si no crees en una propuesta, no la defiendas —le digo, y me callo otro tanto de cosas que le diría bajito al oído, susurrantes y seductoras, contra la pared.

—Yo... solo hacía mi trabajo. —Su voz apenas es audible.

—Tal vez, pero aquí no basta con cumplir.

No espero su respuesta. Es mejor así. Oírla con ese tono ha traído a mi mente esos gemidos ahogados que solo yo alcanzaba a oír.

Salgo de la sala con las manos en los bolsillos, así las mantengo a raya.

Mientras regreso a mi oficina, no puedo dejar de pensar en ella. Es insegura, sí, no obstante, hay más. Algo que me obliga a fijarme y no sé por qué.

Menuda campaña me espera.

7

Julian

La noche tiene ese aire frío que solo Nueva York domina a la perfección: lo justo para espabilarte, sin que llegues a tiritar. Max está en su salsa, con la correa tensa mientras inspecciona cada rincón como si fuera su maldito reino. Yo, en cambio, solo quiero que se dé prisa con lo suyo para poder volver a casa antes de que se me congelen las pelotas.

Saco el móvil para matar el rato y, para no variar, el chat de los hermanos Blackwood está que arde. No sé cómo lo hacemos, pero siempre hay alguna tontería que debatir, incluso a estas horas.

Alex: ¿Quién gana en una pelea: un oso polar o un león?

Gabriel: Oso polar. Más fuerte, más grande, más peludo.

Ethan: ¿De verdad estáis discutiendo esto?

Nathan: Sin duda alguna, el león. Más estrategia.

Damian: ¿Cómo es posible que estemos debatiendo estas cosas?

Julian: Tu sentido del humor es nulo, Damian. Yo apuesto por el león, pero solo si lleva gafas de sol.

Damian: ¿Qué tienen que ver las gafas?

Julian: Suma estilo. No seas tan básico.

Alex: ¿Y si los ponemos en un barco? ¿Cambia algo?

Ethan: No. Solo cambia el hecho de que necesito hermanos nuevos.

Julian: Anda, Ethan, no te hagas el sofisticado. ¿No estabas llorando ayer porque tu café estaba frío?

Nathan: Es increíble cómo consigues sacar lo peor de todos, Julian.

Damian: Julian, ¿no deberías estar con Max en vez de fomentar esta tontería?

Julian: Multitasking, hermano. Soy como el oso polar, solo que con más estilo.

Guardo el móvil con una sonrisa. Meterme con Damian nunca falla, sobre todo a estas horas, cuando está medio zombi.

Cuando entramos al edificio, Max todavía parece tener las pilas cargadas, moviendo la cola, más contento que si acabáramos de ganar la lotería. Y entonces la veo: Clara, frente al ascensor, con una bolsa de papel marrón que amenaza con desmoronarse.

No es que la espíe ni nada, aunque hay algo en ella que logra captar mi atención. Tiene el ceño un poco fruncido, los labios apretados y mantiene tensión constante en los hombros, da la sensación de que siempre estuviese lista para enfrentarse a lo que sea, incluso a las partículas de polvo.

Por supuesto, Max decide que es el momento perfecto para arruinar la escena. Con una fuerza descomunal, casi arrancándome el brazo, se lanza hacia Clara como si fuera el epicentro de todo lo que le importa en la vida.

—¡Max, quieto! —gruño, jalando de la correa, pero ya es demasiado tarde.

Clara da un pequeño respingo y nos mira. Siento que me escanea, evaluándome, y también, que no estoy a la altura.

—Perdona, no quería asustarte —digo, tratando de recuperar el control de Max, que mueve la cola, enloquecido.

—No pasa nada.

Su voz, tan seca como viene siendo habitual, tiene el don de convertir dos palabras en un muro impenetrable. Aun así, mi mente va por libre y vete a saber qué se inventa esta noche.

Max, sin embargo, haciendo honor a su dueño, no se rinde. Su nariz está pegada a la bolsa, olfateándola, igual de alegre que si acabara de descubrir el Santo Grial. Ella da un paso hacia un lado, intentando salvar sus compras del intruso peludo.

—¿Siempre llevas tantas cosas tú sola? —pregunto, señalando la bolsa con la barbilla.

Ni siquiera me mira.

—Prefiero hacerlo sola.

Ahí está, ese tono defensivo que parece llevar de serie.

«Yo también me lo tengo que hacer solo y no es lo que prefiero».

—Claro, porque cargar una bolsa que parece a punto de suicidarse es muchísimo mejor que aceptar ayuda.

Sus ojos por fin se cruzan con los míos y su mirada podría congelar un volcán.

—No necesito ayuda.

—Nunca dije que la necesitaras. Solo hacía una observación.

Levanto las manos en señal de rendición, aunque no puedo evitar que una sonrisa se me escape. Hay algo en su actitud, en esa necesidad inquebrantable de demostrar que puede con todo, que me resulta... curioso. Una curiosidad que va a terminar matando al gato, lo sé.

El ascensor llega con un tintineo habitual y las puertas se abren arrastrándose. Max, en su línea, quiere ser el primero en entrar. Clara suelta un pequeño suspiro de esos que llevan «qué paciencia tengo» escrito y me hace un gesto.

—Adelante.

—¿Segura? Puedo dejar que tú y tu bolsa tengáis el ascensor en exclusiva.

Por un momento, creo que he conseguido hacerla sonreír. Sus labios tiemblan, como si estuvieran considerando curvarse hacia arriba, pese a ello, al final vuelven a su posición habitual: seriedad absoluta.

—Estoy bien.

Clara pasa delante y yo aprovecho y me recreo en sus muslos bien definidos por esos leggins negros que lleva puestos. Se le marca el tanga y a mí me empiezan a apretar los pantalones.

Antes de que se gire, me recoloco como puedo lo que empieza a despuntarme y me tapo con las manos, tomando como excusa el sostener la correa de Max.

Subimos en silencio. Bueno, no del todo, nos acompaña el chirrido del ascensor al moverse y el ruido de la respiración de Max. Por lo demás, el aire está tan cargado de una tensión que me cuesta respirar. Mi perro, mientras tanto, se sienta a mi lado, aunque no le quita ojo. Tengo la sensación de que, para él, Clara es el mayor misterio que se ha encontrado jamás. Y, en cierto modo, lo es.

—¿Por qué me evitas? —rompo el silencio de golpe. Mi cabeza no deja de ir por libre, así que hablo o reviento... los pantalones.

Ella parpadea, sorprendida, y, pasados unos segundos, se gira para mirarme.

—¿Por qué crees que hago eso?

—Oh, no sé. Tal vez porque cada vez que me ves parece que estás buscando una ruta de escape.

Me apoyo en la pared del ascensor, cruzando los manos con más fuerza sobre mi entrepierna, y espero su reacción.

Clara no responde de inmediato. Aprieta la bolsa contra el pecho y baja la mirada al suelo. Esos muros que levanta no dejan de intrigarme.

—Es solo que... no quiero mezclar el trabajo con... otras cosas. Su manera de hablar se ha suavizado un poco.

—¿Otras cosas?

—Mi vida personal.

Levanto una ceja, porque si supiese hasta qué punto lo he mezclado yo, le daba un síncope.

Su respuesta es firme, aun así, siento que se guarda información; hay muchas cosas que no soy, y cotilla no es una de ellas.

—Entonces, ¿soy parte del trabajo o de «otras cosas»?

Me mira como si acabara de decir la mayor gilipollez del siglo. ¡Si ella supiera!

—Eres mi jefe.

—Técnicamente, mi padre es tu jefe. O Damian. O Nathan. Yo no mando ni en Max.

—Da igual. Todos los jefes son iguales.

Eso sí que me pilla por sorpresa y siento que mi libido acaba de bajar a ras del subsuelo.

—¿Todos los jefes son iguales? ¿Qué quieres decir con eso?

Clara sacude la cabeza, queriendo negar lo que acaba de salir de su boca. Su tono, sin embargo, dice más de lo que cree. Hay algo ahí, algo que no está lista para soltar.

Las puertas del ascensor se abren en nuestro piso antes de que pueda preguntar más. Clara sale como si la estuvieran persiguiendo,

sujetando la bolsa con fuerza. Max hace ademán ir tras ella. Lo detengo con un suave tirón de la correa.

—Clarisse.

Se detiene. No se gira enseguida. Creo que está decidiendo si merece la pena contestar. Al final, lo hace.

—¿Qué?

—No todos somos iguales.

Por un instante, parece que va a responder. Su expresión cambia, como si estuviera a punto de soltar alguna cosa importante. Pero no. Niega con la cabeza y sigue caminando por el pasillo, desapareciendo tras la puerta de su apartamento.

Max gime bajito cuando la pierde de vista. Me quedo en el ascensor, viendo cómo se cierra la puerta tras ella.

«No todos somos iguales».

Julian

El salón está hasta los topes. Gente por todas partes, copas de champán en mano y sonrisas que parecen salidas de un catálogo barato. La presentación de la nueva campaña de Blackwood C&B, con Adriana de la Vega como imagen de su última colección de joyas, tiene el mismo aire que todas las de aquí: un espectáculo de lujo y postureo. Un burdo intento de fingir que brillamos más de lo que en realidad valemós.

Aunque, si soy sincero, yo brillo bastante.

Estoy con Gabriel y Alex, que discuten sobre cuál de los dos está más hasta las narices. Gabriel, fiel a su estilo, aprovecha para soltar uno de esos comentarios cargados de ironía mientras revisa su móvil.

—¿Qué es peor, un desfile de joyas o de sonrisas falsas? —dice, mirando al infinito con la copa medio vacía en la mano.

—Las joyas, al menos, no fingen —responde Alex, encogiéndose de hombros mientras traza círculos en el borde de su vaso.

—¿Y tú qué opinas, Julian?

Gabriel me lanza esa sonrisa suya, la de medio lado, la que siempre lleva puesta cuando quiere picarme.

—Opino que algunos deberían beber menos y hablar más con la gente.

Levanto mi copa sin devolverle la sonrisa, porque la ironía, a estas alturas, me sale sola.

—Mira al niño modelo, todo profesional.

Alex suelta una risa y sacude la cabeza en dirección al benjamín de los Blackwood; al segundo siguiente, su móvil le roba la atención. Gabriel y yo nos quedamos mirando a Ethan. Está en su salsa. Sonríe posando en una foto con un grupo de personas que parecen demasiado emocionadas por tenerlo cerca. Ava no está con él esta vez; anda liada en Suiza arreglando papeles para poder cambiar su residencia y quedarse aquí con nosotros. Sé que, pese a que no lo

diga, la echa de menos. Pero el capullo es un experto simulando lo contrario. Nadie lo diría viendo su «modo estrella», derrochando encanto.

De repente, escuchamos un carraspeo demasiado áspero, uno que solo puede corresponder a papá. Ponemos toda la atención en él. Le pide a los mellizos que lo acompañen a no sé qué movida del trabajo, y yo aprovecho el respiro. Es justo en ese momento cuando Damian, libre al fin de un par de empresarios plastas, se acerca.

No dice nada. Solo suelta un resoplido, me echa una mirada rápida y se ríe. Pide una copa al camarero, y cuando se la sirve, brindamos en silencio.

—¿No vas a saludar a Adriana? —pregunta Damian, dando un sorbo de su whisky.

—No quiero robarle protagonismo. —Me ajusto los puños de la camisa con calma.

Damian arquea una ceja, escéptico.

—Es nuestra fiesta, Julian. Hoy, tú eres parte del show.

Sin contestarle, suspiro y dejo la barra, abriéndome paso entre los grupos. Me detengo al ver a Clara junto a una mesa de aperitivos. Lleva un vestido sencillo, elegante, diseñado para no destacar demasiado. Salvo para mí y mi pervertida imaginación. Habla con un grupo de personas, pero su postura rígida revela que no está cómoda. A pocos pasos de ella, Adriana de la Vega está rodeada de aduladores, que ríen como si cada palabra suya fuera oro.

Vuelvo a mirar a Clara, que, a pesar de que se esfuerza por mostrar un aire profesional, es evidente que la situación le resulta incómoda. La forma en la que mantiene la barbilla en alto me intriga. No es la primera vez que noto esa tensión en ella y no puedo evitar preguntarme qué pensamientos le cruzan por la cabeza.

De pronto, Ethan aparece a mi lado con esa sonrisa despreocupada que a veces me crispa. Y que consiga crisparme a mí, ya es un logro.

—¿Qué miras con tanto interés? —pregunta, siguiendo la dirección de mi mirada.

—Nada, solo estoy observando. —Desvió la vista.

—Ajá.

Ethan no parece convencido. Mira a Clara y luego a mí

—Es la asistente de Adriana, ¿no? La española.

—Sí —respondo sin más. No quiero darle cuerda a sus especulaciones. Que en otra cosa no, pero en mente calenturienta, Ethan y yo parecemos gemelos.

—Es guapa. Parece un poco... tensa.

Me doy cuenta de que su táctica es sacarme información de manera sutil.

—¿No tienes otra cosa que hacer, niño? —le corto, buscando que cambie de tema.

Ethan se ríe y se aleja hacia otro grupo, dejando el comentario en el aire.

Desde mi posición, veo a Adriana, que se acerca a su asistente. No alcanzo a oír lo que dice, sin embargo, la inclinación de cabeza y la sonrisa condescendiente de la modelo me hacen apretar los dientes. Clara asiente, visiblemente molesta, pero no replica.

Más tarde, mientras me retiro a una esquina menos concurrida en busca de un respiro, escucho pasos detrás de mí.

Me doy la vuelta y ahí está ella, con una copa en la mano y una expresión que mezcla frustración y cansancio.

¡Otra vez los putos labios rojos!

—¿Necesitas alguna cosa? —pregunto, después de haberme aclarado la garganta.

—Solo un poco de aire.

Por suerte, o por desgracia, no me mira a los ojos.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La música suena lejana y las risas de los invitados llenan el fondo.

—No pareces disfrutar mucho este tipo de eventos —comento, rompiendo el silencio.

Clara se encoge de hombros. Paseo los ojos por la poca piel que queda visible de estos y subo por su cuello. Me imagino deslizando la lengua por él, haciéndola gemir...

—No soy el tipo de persona que encaja aquí.

Su respuesta me trae de vuelta a la realidad.

—¿Y quién lo hace? —cuestiono, curioso.

Me mira un instante y tengo la impresión de está evaluando si responder o no. Al final, dice:

—El tipo de persona que disfruta siendo el centro de atención.

—¿Eso crees de mí? —añado burlón; en realidad, quiero saber más. En todos los aspectos.

Se sonroja un poco, aun así, mantiene el tipo.

—Tú encajas aquí a la perfección. No lo digo como algo malo, es solo... evidente.

Antes de que pueda responder, suena mi teléfono. Maldigo lo inoportuno. Lo saco para ponerlo en silencio. Veo entonces que es un mensaje del grupo familiar. La curiosidad me puede. Seguro que estos cabrones me están mirando desde algún punto y...

Nathan: ¿Cómo va la fiesta?

Ethan: ¿Cómo sigues del virus? Tranquilo, hermano, no te pierdes nada.

Damian: Por favor, no hagáis el ridículo. Estamos aquí para impresionar, no para dar titulares.

No puedo evitar sonreír, dándome cuenta de que soy demasiado egocéntrico. Respondo rápido:

Julian: Todo bajo control, papá Damian.

Clara nota mi sonrisa.

—¿Gracioso?

—Mis hermanos. Son únicos. —Guardo el móvil y vuelvo a mirarla—. Entonces, dime, ¿qué hace alguien como tú en un lugar como este?

Frunce el ceño, me parece que está molesta por la pregunta.

—Trabajo aquí, igual que tú.

—No me refería a eso. —Cruzo los brazos, estudiándola—. Me refiero a cómo alguien tan... diferente acabó en este mundo.

Me lanza una mirada afilada.

—Puede que no encaje, pero sé hacer mi trabajo.

Y con eso, se da media vuelta y desaparece entre la multitud, dejándome ahí, más intrigado que nunca, observándola caminar,

relamiéndome mientras pienso en cómo mueve las caderas y cómo las moverá cuando por fin consiga romper sus barreras.

Clara

La voz de mamá retumba en mis auriculares mientras me concentro en la pantalla del portátil. Su forma de hablar mitad angustia y mitad nostalgia, y eso me hace echar aún más de menos mi hogar. Sin embargo, hoy lleva un matiz más incisivo que me obliga a dejar de lado esos sentimientos y ponerme a la defensiva.

—Clara, hija, me tienes preocupada. ¿Comes bien? ¿Te cuidas?

—Sí, mamá. Como bien, duermo bien, y no me falta trabajo — respondo por enésima vez, pese a sé que no importa lo que diga. Una madre encuentra qué cuestionar.

—Bueno, pero eso no es todo en la vida. ¿Has hecho amigos? ¿Sales un poco?

Sus palabras dan justo en ese lugar incómodo que me esfuerzo por ignorar. La verdad es que no. Apenas hablo con nadie fuera de la oficina y, cuando lo hago, mido cada palabra con cuidado. Trato de no destacar y pasar desapercibida.

—Estoy bien, mamá. En serio —repito con un tono más firme, esperando que sirva para cerrar el tema.

—Solo quiero que seas feliz, cariño. Y... bueno, que no permitas que nadie te trate como te trataron aquí.

Su última frase crea un silencio pesado entre nosotras. Juro que quiero responder, pero la emoción me aprieta la garganta, y soy incapaz de decirle nada. Ella suspira y, al final, cambia de tema, contándome las novedades del barrio y lo último de sus amigas.

Cuando cuelgo, me siento abrumada. La nostalgia me agobia, junto con una punzada de dolor por lo que dejé atrás. Cierro el portátil y me froto las sienes, buscando alivio. Necesito despejarme.

Abro la puerta del apartamento y salgo al pasillo. Aún no me acostumbro a que el pasillo también esté climatizado. Lo cierto es que me ha tocado la lotería con el alojamiento que me ha dado la empresa. Aun así, nada logra disipar el nudo que tengo en el pecho. Apenas doy un paso cuando Max aparece frente a mí. Lleva la correa

arrastrando y se sienta, mirándome con atención y moviendo la cola. A pocos metros, Julian se acerca con una actitud despreocupada que debería estar prohibida.

—Deberías dejar de hacer eso, Max —lo reprende desde donde está, acortando la distancia conmigo.

El perro me ladra y me río. Me agacho para saludarlo, agradeciendo la distracción que supone.

—Hola, Max. ¿Otra vez te has librado de tu dueño? —le susurro al perro mientras acaricio su cabeza, deseando que él no note lo temblorosa que estoy.

—Creo que ya no soy su dueño, sino su asistente personal. —La voz de Julian suena ligera y risueña. A veces pienso que no hay nada en el mundo que pueda alterarlo.

Cuando levanto la mirada, lo veo casi a nuestro lado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa ladeada que parece diseñada para desarmar.

Me enderezo para que mi postura no delate lo vulnerable que me siento tras la conversación con mi madre.

—Deberías tener más cuidado. No todos los vecinos son tan amigables con los perros.

—Ah, pero tú sí. Max lo sabe. Por eso siempre va directo a ti.

—Tal vez es porque le doy más atención que tú. —Las palabras salen sin pensar, y enseguida me arrepiento.

Al contrario de lo que pienso, él sonríe. Me da en la nariz que estaba esperando una respuesta así.

—Eso ha sido un golpe bajo, Clara. —Se inclina un poco hacia mí y, pese a que su tono sigue siendo ligero, hay un cambio en su mirada que me hace sentir atrapada.

—Solo digo lo que veo. —Me cruzo de brazos para parecer más segura, sin olvidarme de que Max sigue pegado a mi pierna, exigiendo mis caricias.

Julian me observa un momento antes de hablar.

—¿Qué haces por aquí fuera y... en pijama? —cuestiona, echando una mirada de arriba abajo—. ¿Todo bien?

La pregunta me toma por sorpresa.

—Sí. Todo bien. —Desvío la mirada, incómoda bajo su escrutinio.

—¿Seguro? No te veo muy convencida. —Da un paso más cerca, pero se detiene lo suficiente para no invadir mi espacio.

—Solo estoy cansada. Mucho trabajo.

—Ah, ya veo. Adriana y su interminable lista de peticiones, ¿no?

—Rueda los ojos, su voz adquiere un matiz conspirativo que casi me hace sonreír.

—Algo así.

Max ladra, cansado de que lo ignoremos. Julian suelta una carcajada y se agacha para acariciarlo.

—Vamos, Max. No seas tan exigente. Clara ya tiene suficiente conmigo. No la molestes tú también.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa. La oculto con rapidez, pero por dentro siento que esa pequeña interacción me alivia un poco el peso del día. Ver a Julian así, relajado y natural, me resulta desconcertante, y también bastante agradable. Max se pone a dos patas sobre mí y lo acaricio, justo ante de que su dueño lo reprenda.

—Al final me has ganado —murmuro, mirando al perro.

—¿Max o yo? —pregunta Julian, alzando una ceja con una sonrisa pícaro y demasiado traviesa.

—¿Acaso lo dudas? —le contesto, mirándolo de reojo.

Sus carcajadas resuenan en el pasillo.

—Me gusta tu honestidad, Clara. Es refrescante y difícil de encontrar.

—No sé si tomármelo como un cumplido.

—Lo es. Créeme.

Nos quedamos en silencio por un momento, hasta que Max, impaciente, tira de la correa, supongo que deseoso de empezar con su paseo.

—Me voy antes de que Max decida largarse solo. —Julian se gira hacia la puerta, pero luego se detiene y me dedica una última mirada—. Nos vemos mañana en la oficina.

Antes de que pueda responder, se marcha. Me quedo allí, observándolos desaparecer. En cuestión de segundos, el pasillo vuelve a quedarse en silencio, salvo por el eco de sus pasos alejándose hacia el ascensor.

Suspiro.

Tal vez mamá tenga razón. Tal vez sea hora de intentar algo más que tan solo sobrevivir.

Clara

El aire acondicionado de la oficina me pone la piel de gallina, sin embargo, no tengo tiempo de pensar en ello. Mi bandeja de entrada está desbordada de correos, la mayoría con el nombre de Adriana en el remitente. Peticiones, cambios de última hora, documentos que deben estar listos «ya». ¡No soy su secretaria, soy su asistente! Yo no hago informes ni relleno documentos.

¡Dios, como empiezo a odiarla!

Cierro los ojos un instante y respiro hondo.

«Puedes con esto, Clara. Solo es trabajo».

Apenas empiezo a redactar una respuesta cuando una risa masculina irrumpe al otro lado del espacio compartido que me han asignado para que haga este tipo de labores mientras Adriana está... ¡yo qué sé qué está haciendo! Lo único que me importa es no verle la cara durante unas horas.

Levanto la mirada, sin poder evitarlo. Julian se encuentra de pie en la puerta del pasillo, junto a Damian y a otro hombre que no reconozco, aun así, interpreto por los rasgos que es otro de sus hermanos. Los tres hablan animadamente. Me molesta ver que tiene esa facilidad irritante para convertirse en el centro de mi atención, como si no tuviera que esforzarse en absoluto.

«Concéntrate, Clara».

No puedo. Algo en su forma de inclinarse un poco al hablar con Damian, en el gesto despreocupado con el que pasa una mano por su cabello perfectamente despeinado, me desconcierta. No porque me interese, claro. Es solo que no entiendo cómo alguien puede estar tan seguro de sí mismo todo el tiempo. Quizá, es solo envidia. Lo más seguro. Sí, es eso.

Vuelvo a mi pantalla, tecleando con más fuerza de la necesaria, como si eso fuera a bloquearlo de mi mente.

—¿Qué tal vamos por aquí?

La voz de Julian, demasiado cerca, me hace saltar en mi silla. Me giro hacia él y lo encuentro apoyado en el borde de mi escritorio, con esa media sonrisa que parece permanente en su rostro.

—Bien. Ocupada —respondo de inmediato, esperando que se dé por satisfecho y se vaya.

Pero no. Por supuesto que no se va.

—¿Ocupada en... ignorarme? —pregunta, con ese matiz ligero que debería irritarme y que, de algún modo, me descoloca.

—Ocupada trabajando —corrijo, tratando de sonar profesional.

Julian se ríe, toma un papel de mi escritorio y finge que lo lee.

—¿De verdad eres tan seria? ¿O es personal, solo conmigo?

Cierro los ojos un momento, sintiendo cómo mi paciencia se escapa entre los dedos.

—No estoy siendo seria. Estoy siendo profesional. Hay una diferencia.

Deja el papel sobre la mesa, alineándolo al milímetro con los demás.

—Ah, profesional. Cómo no. Aunque, siendo justos, tengo que admitir que lo haces bastante bien.

Lo miro, confundida.

—¿Hacer qué bastante bien?

—Ignorarme. Es un talento, en serio. Estoy impresionado.

Lo dice con tal seriedad fingida que no sé si reír o lanzarle el lapicero a la cabeza. No hago ninguna de las dos, claro está.

—¿Necesitas algo, Julian?

Él hace como que lo piensa, llevándose una mano al mentón en un gesto exagerado.

—De hecho, sí.

Su manera de hablar cambia, adoptando una formalidad apenas perceptible, recordándome que, técnicamente, es mi jefe.

—¿Has revisado el último cambio de Adriana para la presentación?

—Estoy en ello —lo digo con firmeza; en realidad, aún no he tenido tiempo.

—Perfecto. Porque, según ella, quiere que el diseño sea «más vibrante».

—¿Más vibrante? —repito, frunciendo el ceño.

—Eso mismo he pensado yo. ¿Qué significa eso?

Por un instante, compartimos una mirada de incompreensión mutua. Y, contra todo pronóstico, siento una chispa de camaradería. Aunque dura poco.

—Bueno, sea lo que sea, intentaré adaptarlo.

—De acuerdo, aun así, no te pases. No queremos que parezca una discoteca.

—No te preocupes. Creo que sé que puedo hacer.

—¿Segura? Porque me han dicho que soy un jefe bastante exigente.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Max?

La sonrisa de Julian se ensancha al captar la indirecta y al escucharme hablar con esa confianza, ya que nunca lo he hecho en el trabajo.

—Ah, pero Max es imparcial. No cuenta.

No puedo evitar que también se me escape una pequeña sonrisa. La escondo de inmediato, volviendo la vista a mi pantalla.

—Bueno, si no hay nada más...

Julian no responde. Levanto la mirada y lo encuentro observándome. Su expresión ya no es relajada ni burlona. Hay algo diferente en sus ojos, casi... curioso.

—Nada más. Por ahora.

Se aparta del escritorio, alzando las manos en un gesto de rendición.

—Sigue siendo profesional, Clara. Lo estás haciendo genial.

No espero a que se vaya; suelto un suspiro y vuelvo al trabajo. Incluso después de que su figura desaparezca por la puerta, siento su presencia. Es como si hubiera dejado más que palabras en mi espacio, algo que no sé si quiero aceptar.

Julian

Hace once años.

El piso de mi novia huele a palomitas quemadas. Otra vez. Desde el sofá donde estoy medio tirado, veo cómo una de sus compañeras de piso intenta lidiar con el desastre en la cocina abierta. Sophie está en el otro extremo del salón, peleándose con un mechón de cabello que no para de salirse de su coleta. Me hace gracia que cada día pierda esa pelea.

—¿Me estás escuchando? —pregunta, girándose de golpe hacia mí.

—¿Eh? Claro. Todo, palabra por palabra.

Le sonrío, con esa expresión que suelo usar para desarmarla. Normalmente funciona. Hoy, no.

—Julian, hablo en serio.

—Y yo también. —Me enderezo un poco, apoyando los codos en las rodillas, preparándome para lo que sea que venga ahora—. A ver, ¿qué quieres que haga? ¿Que me disculpe por algo que ni siquiera he hecho?

Mi chica suspira, cruzándose de brazos. Mal asunto. Esa postura significa que estoy metido en problemas.

—No es lo que has hecho, es lo que representas.

—¿Qué? —Me río, pese a que no me haga gracia. Es más bien nerviosismo—. ¿Y qué se supone que represento?

—Esa chica en la fiesta de anoche.

La miro, confundido, mientras arquea una ceja en plan «no te hagas el tonto».

—¿Qué chica?

—La que vino corriendo hacia ti como si fueras un imán humano.

—Ah, ¿esa? —Me encojo de hombros, intentando restarle importancia—. Ni siquiera recuerdo su nombre.

—Ese es exactamente el problema, Julian.

—¿Qué problema? —Suelto una risa nerviosa, tratando de mantener el control—. Fue hace siglos. Ni siquiera hablamos más de cinco minutos.

—Eso no significa que ella no te recuerde a ti.

Me quedo en silencio, intentando entender a dónde quiere llegar. Ya que sí, lo veo venir, aun así, no sé cómo frenar el choque.

—¿De verdad te importa tanto? —pregunto, esta vez más serio.

—Sí. Me hace sentir que soy solo una más en tu lista.

Sus palabras son como un cubo de agua helada. La miro, incrédulo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿De verdad crees que salgo contigo porque eres «una más»?

—No sé qué pensar, Julian. —Sophie baja la mirada y empieza a jugar con el borde de su camiseta. Ese gesto me mata.

—Pues yo sí lo sé. Estoy contigo porque me importas. Porque me haces reír, porque me haces querer ser mejor.

—Entonces ¿por qué siento que siempre debo competir con el resto?

Su pregunta se queda flotando entre nosotros, cargando el aire de algo pesado que no sé cómo sobrellevar. Paso una mano por mi cabello, frustrado.

—Esto no es una competición. Nadie más me importa.

Levanta la mirada y, por un momento, parece que quiere creermelo, pese a que sus ojos dicen otra cosa. Hay algo ahí que no puedo descifrar, y eso me pone de los nervios.

—¿Estás seguro? A veces tengo la impresión de que tú tampoco lo tienes claro.

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre. Una de sus compañeras entra con una bolsa del supermercado, nos lanza una sonrisa rápida y desaparece en la cocina. El momento se rompe, pero no de la forma en la que esperaba.

Suspiro y me levanto. Si sigo en el sofá, siento que todo irá a peor. Al hacerlo, veo cómo la otra compañera de Sophie, la que está en la cocina, se gira rápido. Tarde, ya he visto que estaba cual maruja tras la cortina.

Decido ignorar el hecho de que tenemos espectadores y me acerco a mi chica despacio, intentando no cagarla más.

—Mira, lo siento si alguna vez te he hecho sentir así. Pero tienes que entender que mi pasado es eso, pasado.

—¿Y qué pasa con el presente?

—El presente es tuyo. Lo sabes.

Me mira, como si estuviera buscando algo en mi cara, alguna señal de que no estoy mintiendo. Al final, asiente, pese a ello su postura sigue tensa.

—Está bien.

—¿Está bien? —repito, no muy convencido de que realmente hayamos terminado con este tema.

—Sí. —Fuerza una sonrisa y me da un beso rápido en la mejilla—. Solo... no me hagas arrepentirme, ¿vale?

Asiento, aunque por dentro sigo sintiendo que es mentira. Sophie se aparta y yo vuelvo al sofá, pero esta vez no puedo relajarme. Su «está bien» se siente demasiado frágil, como si pudiera romperse con la mínima presión.

Julian

Las puertas del ascensor están a punto de cerrarse cuando escucho unos pasos rápidos y un «¡Espera, por favor!» que llega como un susurro apresurado. Por pura inercia —y algo de curiosidad— meto la mano para que las puertas se detengan, arriesgándome a perder los dedos.

Ahí está.

Cargando una montaña de carpetas que amenaza con desplomarse en cualquier momento, más una bolsa que le cuelga precariamente del hombro. Su pelo está un poco revuelto y la forma en que aprieta los labios me dice que este no es su mejor día. Perfecto.

—Siempre tan puntual, *Clarisse*.

La sonrisa es mi arma. Me apoyo contra la pared del ascensor, observándola entrar con cuidado. ¡Cualquiera diría que no se fía de mí! Pues anda que si supiese lo que viene a mi mente cuando le miro esos labios rojos...

«¡Joder! Concéntrate, Julian».

—Gracias. —Lo dice en un murmullo apenas audible, pero suficiente para hacerme sonreír todavía más.

Evita mirarme, concentrada en organizar sus cosas como si fueran el único escudo contra mi presencia.

No puedo evitarlo; soy un provocador por naturaleza. Doy un sorbo a mi café, disfrutando del silencio incómodo mientras la veo reorganizarse sin mucho éxito.

—¿Otra misión secreta de Adriana? ¿Llevas las claves del cofre del tesoro o todo el papeleo del edificio?

—Solo trabajo.

Su tono es cortante, afilado, pero las manchas de color que aparecen en sus mejillas me dicen que he tocado algo. Siempre es un juego y lo que más loco me vuelve es que a ella le gusta fingir que no lo sabe jugar.

El ascensor se mueve con esa lentitud irritante. El silencio empieza a pesar, pero yo no soy de los que lo toleran mucho tiempo.

—¿Sabes? Siempre he pensado que este trasto es demasiado pequeño para lo pretencioso que es este edificio. —Le lanzo un comentario casual, buscando reacción.

Ella me mira de reojo. Seguro que está pensando si soy imbécil y lo único que hago es decir idioteces o si soy así de serie. Lo que seguro no sabe es que soy un poco de las dos cosas.

—Quizás debería proponer en la próxima reunión cambiarlo por uno más grande. Ya sabes, algo con espejos, luces de colores, música ambiental...—Hago un gesto amplio con la mano, como si pintara un cuadro lujoso en el aire—. Podríamos hacerlo temático: uno que combine con la personalidad de cada Blackwood. Este sería sin duda el de Damian: serio, funcional y tan aburrido que se podría dormir en él.

Por un momento creo que la he perdido, pero ahí está. Esa pequeña curva en la comisura de sus labios, invisible. No está completamente molesta conmigo, aunque le encantaría que lo creyera.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. No me apetece una mierda mirarlo, pero así me adjudico un punto por hacerme el interesante. Quiero que vea que no estoy cien por cien pendiente de lo que estamos hablando, que piense que esto es algo trivial.

Además, estoy seguro de que son los idiotas de mis hermanos, todas las mañanas escriben a esta hora, porque coincide con el descanso del café, el cual, por cierto, intento no derramar al sacar el teléfono. Desbloqueo la pantalla.

Bingo: el grupo familiar.

Ethan: ¿Por qué el director comercial no responde a los correos? ¿Demasiado ocupado filosofando con alguna guapa becaria?

Damian: Al menos di que estás trabajando y no haciendo el vago. Por favor.

Nathan: Todo pasa por una razón. Tal vez, Julian esté descubriendo el karma.

Alex: ¿Karma es el nombre de su nueva conquista?

Gabriel: Apúrate, Juli. Max necesita que alguien lo saque a pasear.

Ruedo los ojos y escribo rápido:

Julian: Si trabajarais un poco más y os metierais menos en conversaciones absurdas, el mundo sería mejor. PD: Max es más eficiente solo que todos vosotros juntos.

Guardo el teléfono y Clara me observa de reojo. No puedo evitar sonreír al imaginar lo que dirían mis hermanos si vieran esto.

Por fin, llegamos a la primera parada, con un *ding* aburrido. Las puertas se abren y ella sale apresurada.

No puedo resistirlo. Me inclino hacia adelante, lo justo para que me escuche antes de que se aleje por el pasillo:

—Por cierto, *Clarisse*, me debes una charla. Todavía no sé por qué huyes de mí.

No espero respuesta, pero noto cómo vacila un instante antes de seguir andando. Sonrío mientras las puertas se cierran de nuevo.

—Clara, Clara... eres un misterio que quiero resolver.



Estoy en el ascensor, pero no tengo claro si subimos o bajamos. No sé cómo he llegado aquí. Lo único que sé es que Clara está frente a mí, con su cuerpo apenas cubierto por un vestido que se le pega a la piel. Mis manos se mueven solas, recorriendo sus curvas, está caliente bajo la tela, hasta que llegan a su cintura y la atraigo hacia mí. Su risa suave llena el reducido espacio, un sonido que me provoca más que cualquier palabra.

Ella no pierde el tiempo. Sus manos descienden por mi pecho, abriéndome los botones de la camisa con una mezcla de ternura y descarado, dejando que la tela caiga al suelo en un suspiro. Sus dedos juegan con el cinturón de mi pantalón, tirando con fuerza para desabrocharlo y bajarlo junto con la cremallera. Estoy completamente expuesto y la forma en la que me mira, con deseo y curiosidad, me vuelve loco.

Sin perder el ritmo, lleva las manos a su propio cierre, dejando que mis ojos sigan cada movimiento. Los tirantes caen por sus hombros y el vestido resbala lentamente, hasta que queda atrapado en sus caderas. La ropa interior apenas le cubre nada y el contraste entre su descaro y su vulnerabilidad me tiene a punto de estallar.

—¿Esto es lo que querías? —me dice, con la su voz ronca a la vez que tira despacio de mis calzoncillos.

Antes de que pueda responder, se inclina hacia adelante, me besa y empieza a bajar. Su lengua traza un camino desde mi abdomen a la base de mi polla. El calor de su boca me envuelve, y estoy perdido. No me detengo a pensar, mis manos suben a su pelo, enredándose en él mientras la guío, incapaz de contener los gemidos que escapan de mi garganta.

Siento una necesidad primitiva, casi animal, de tomar el control, de mostrarle hasta dónde puede llegar este momento.

La levanto sin esfuerzo, notando cómo se ajusta a mí. Es ese impulso, esa urgencia de sentirla completamente mía, lo que guía mis movimientos. No hay pensamiento, solo instinto. Cada gemido suyo es una confirmación, cada arqueado de su cuerpo me dice que esto es exactamente lo que los dos necesitamos. Con un movimiento rápido, la levanto y la presiono contra la pared del ascensor. Mi boca encuentra la suya, un beso hambriento, y mis manos exploran cada rincón de su cuerpo. Ella gime contra mis labios cuando deslizo los dedos entre sus muslos, encontrándola mojada y lista. Mi dedo entra en ella, lento al principio, provocándola, y su reacción es todo lo que necesito para perder lo poco que me quedaba de control.

—Joder, Julian... —susurra, su voz temblando entre el placer y la desesperación.

Mis labios bajan por su cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos, y mis dedos aumentan el ritmo. El sonido de su respiración entrecortada es como gasolina para el fuego que me consume. No puedo más. La sujeto un poco en alto, hasta que sus piernas me envuelven, alineándonos a la perfección.

La penetro de una estocada, y el mundo desaparece. Nos movemos juntos, con un ritmo marcado por la necesidad, por el hambre de más. Cada embestida es más profunda, más intensa, y

sus gemidos se mezclan con los míos, creando una sinfonía que ahoga el sonido del agua.

—Julian... más... —jadea mientras siento sus uñas clavándose en mi espalda.

Y yo obedezco, acelerando hasta que siento que estamos al borde, atrapados en una vorágine de placer. Se tensa a mi alrededor y el clímax la golpea primero, haciendo que sus gemidos llenen el aire. La sigo. El placer explota tan salvaje que me deja temblando.

De repente, todo desaparece. Abro los ojos, jadeante, y me encuentro en mi cama. Estoy empapado en sudor, con la respiración acelerada y una enorme erección más que latente. Miro el techo, tratando de procesar lo que acaba de pasar.

—Joder... —murmuro, pasando una mano por mi cara. La imagen de Clara sigue ahí, tan vívida como en el sueño—. ¡Qué puta condena!

El universo, definitivamente, tiene un sentido del humor de mierda.

Julian

Estoy en mi oficina, luchando por mantener los ojos abiertos mientras reviso un montón de propuestas de marketing que parecen haber sido escritas por un comité de robots sin alma. El tipo de cosas que haría bostezar incluso a Damian.

¡Joder, qué sueño!

Nadie se creería que me he pasado la noche follando... solo en sueños. Tal cual lo pienso, alejo de mi cabeza esas imágenes en el ascensor, porque ya he tenido bastante cuando he entrado en él esta mañana y Clarisse salía de su casa, y todo ha vuelto a mí. He tenido el impulso de esperarla, pero me lo he pensado mejor y he hecho como si no la hubiese visto. No podía empezar el día en la oficina con otro empalme de cojones. Esta mujer va a acabar conmigo sin tan siquiera proponérselo.

¿Qué coño tienes, Clara?

No puedo quitármela de la cabeza por mucho que lo intento. .

Me recuesto en mi silla y estiro los brazos cuando algo capta mi atención. A través de la pared de cristal, la veo. ¡Cómo no! Si es que parece Dios, está en todas partes: la oficina, el ascensor, el pasillo... Ahora se encuentra en la sala de reuniones. Desde aquí la veo con total claridad. Su postura es tensa, parece se está peleando con el portátil. Sus labios están apretados en una línea recta y ese ceño fruncido grita frustración.

Al otro lado de la sala, Adriana conversa animadamente con uno de los diseñadores y lanza miradas furtivas hacia su asistente cada pocos segundos. Drama en el paraíso, de nuevo. Resoplo. La modelito es más difícil de sobrellevar que una patada en los huevos.

Pese a que me he propuesto una cosa, hago otra. Esto me intriga lo suficiente como para abandonar mi silla. Con el café en la mano, cruzo la oficina y empujo la puerta de la sala de reuniones sin pedir permiso.

—¡Buenos días, mi grupo de creativos favoritos! —Mi voz llena el espacio con un entusiasmo que hace que Adriana levante una ceja y el diseñador casi derrame su vaso de agua.

Clara, por supuesto, no levanta la mirada, aunque noto que sus hombros se tensan un poco.

—Julian, estamos en medio de una reunión.

Me lanza una mirada que dice «no estoy para tus tonterías». Una a la que, por otro lado, ya me estoy acostumbrando y que, además, es la misma que me paso por los cojones, porque no le hago ni puto caso. A mí el único que me pone en mi sitio es mi padre... y tampoco es que me lo tome muy en serio. No va a venir esta, por muy famosa que sea, a decirme cómo y cuándo hacer mi trabajo.

Aun así, le respondo con una sonrisa deslumbrante.

—Ah, ¿sí? Qué raro, porque desde allí parecía que estabais analizando los secretos del universo. O el menú del almuerzo, no estoy seguro. —Señalo un garabato en el papel que hay sobre la mesa, frente al diseñador, que me mira con mala cara.

Sin esperar una invitación, me apoyo en el borde de la mesa, justo al lado de Clara, ignorando la protesta visual de Adriana.

—¿Todo bien, *Clarisse*? Pareces a punto de lanzar ese portátil por la ventana. Si lo haces, déjame decirte que mereces algo más dramático. Un balcón, al menos.

Por fin levanta la mirada, sorprendida por mis palabras. Simula, o se esfuerza por hacerlo, que no le incomodan mis palabras, pero el leve rubor en sus mejillas es imposible de disimular.

—Todo bien. —Su forma de hablar es demasiado lineal, es evidente que no me lo trago.

Inclino la cabeza y le dedico mi mejor sonrisa. ¡A ver si así consigue que deje de mirarme como si fuese un extraterrestre feo y deforme!

—¿Segura? Porque, de verdad, si planeas hacerlo, avísame. Quiero grabarlo. Las vistas en redes serían épicas.

Esta vez lo consigo. No puede evitarlo. Sus labios se curvan en una sonrisa que quiere ocultar bajando la cabeza.

Punto para mí.

—No te preocupes. Es solo un problema técnico. Nada que no pueda solucionar.

Adriana, que no ha dejado de observarnos, interviene con su característico tono cortante:

—Julian, si ya has terminado de inspeccionar el estado técnico de los portátiles, algunos de nosotros tenemos trabajo que hacer.

—Oh, claro. No quisiera interrumpir tu importante tarea de supervisar garabatos. —Le guiño un ojo al diseñador, que finge no escucharme, y camino hacia la puerta.

Antes de salir, me detengo en el umbral y la miro.

—Por cierto, deberías probar a sonreír más a menudo, *Clarisse*. Te queda bien.

No espero respuesta, pero mientras vuelvo a mi oficina, me giro un poco y echo un vistazo por encima del hombro. La veo centrarse en su pantalla de nuevo, aunque me pregunto si realmente está trabajando o si está pensando en lo que acabo de decirle.

De regreso en mi escritorio, dejo el café sobre la mesa y saco el móvil. Como siempre, el grupo de chat de los Blackwood está lleno de actividad.

Ethan: ¿Por qué me estás haciendo releer el contrato de los nuevos modelos? Podrías haberlo hecho tú, Julian.

Damian: Se supone que es el director comercial, debería habérselo pasado a Nate, no a ti. ¿Qué sabes tú de eso?

Nathan: La energía del grupo está algo desbalanceada. Tal vez deberíamos hacer una sesión de meditación.

Gabriel: Mejor que Juli organice una fiesta. Es lo único que sabe hacer bien por lo que veo.

Alex: Confirмо. Yo llevo los tragos.

Resoplo, divertido.

Julian: Quizás si Ethan no estuviera obsesionado con ser el más guapo, tendríamos un equilibrio perfecto. PD: La asistente de la señorita de la Vega está

ocupada planeando cómo usar el portátil como arma mortal. Solo aviso para que la noticia no pille a nadie por sorpresa.

Damian: ¿Qué cojones pasa ahí? Es que no puedo estar tranquilo ni un día.

Gabriel: Si no nos hubieses dejado tirado para trabajar en Elysium...

Damian: Trabajo en los dos sitios, idiota. Pero hoy tengo asuntos importantes que atender aquí.

Nathan: Adriana transmite energía negativa. Creo que no ha sido buena idea traerla aquí.

Julian: ¿Ves? Por una vez estamos de acuerdo, Nathan.

La conversación continúa, pero no me molesto en leerla. Una notificación me distrae: Adriana ha solicitado una reunión urgente.

¡Joder con Adriana! Menuda melodramática.

Lanzo el móvil al sofá y me dejo caer en la silla, pensando en Clara y su maldito ceño fruncido.

¿Por qué me importa tanto si está bien? Esa es la pregunta del millón.



Estoy sacando a Max en su paseo nocturno, disfrutando de la calma que trae el frío. Las calles están desiertas, salvo por el eco lejano de un coche perdido. Este ambiente suele despejarme la mente... aunque, si soy sincero, no es que piense demasiado a estas horas. Max tira de la correa, explorando cada rincón como si estuviera en una misión ultrasecreta.

De regreso al edificio, las puertas del portal se abren justo antes de que entre y aparece Clara. Lleva una chaqueta ligera y el pelo un poco despeinado.

—Clarisse, ¿te estás convirtiendo en un espíritu nocturno o qué?
—le suelto mientras Max, ese traidor con patas, tira hacia ella como si fuera su alma gemela.

Ella frunce el ceño, pero no puede resistirse. Se agacha a acariciar a Max, que parece entrar en trance al instante. Sus manos se pierden en el pelaje y las mías se mueren por perderse entre sus bragas.

—Soy Clara, Julian. No Clarisse. Y no, solo voy a salir un momento a comprar un par de cosas que me faltan —dice bajito, mientras mi perro, prácticamente, le lame la mano con devoción absoluta—. No quiero interrumpir.

¿Interrumpir? Pero si encontrármela ha sido lo más divertido de la noche. Ni de coña la dejo ir tan fácil. Por mis santos (o no tan santos) cojones que la retengo un rato.

—¿Interrumpir, tú? —pregunto con curiosidad—. ¿A mí o a Max? Porque él ya está a dos caricias de pedirte que te mudes con nosotros.

Me apoyo en una farola, disfrutando de la escena.

Ella se levanta despacio, alisándose la chaqueta y mirando a cualquier parte, simulando que mis comentarios no le afectan.

—No entiendo cómo puedes estar tan jovial. ¿No te cansas de sonreír?

—Es un talento innato, Clarisse. Quizá porque sé que todo tiene solución... excepto quedarse sin café. Eso sí sería una crisis nacional.

—Le guiño un ojo y ella niega con la cabeza, sonriendo abiertamente.

Al menos, algo es algo.

El aire frío nos envuelve en un silencio breve, roto solo por los gruñidos de Max, que lamenta que nuestra vecina haya dejado de mimarlo.

—Deberías entrar. Hace frío. —Asiento, porque... ¿qué otra cosa puedo hacer?—. Buenas noches, Julian.

—Buenas noches, Clarisse. —Cuando se da la vuelta para seguir caminando, no puedo evitar añadir—: ¿Podemos acompañarte si quieres? Recuerda que Max ya te tiene en su lista de personas favoritas.

Me sonrío y niega con la cabeza. ¡Se ha intentado al menos! Me quedo de pie como un pasmarote viéndola caminar y doblar la esquina. Cuando la pierdo de vista, entro al edificio.

Mientras Max y yo subimos en el ascensor, saco el móvil y reviso los mensajes. Normalmente, hablan. Hoy es que no se callan. ¡Capullos!

Alex: ¿Y si mañana hacemos una barbacoa?

Ethan: Es noviembre, genio.

Gabriel: ¡Hagámosla en el salón de Damian! Es suficientemente grande para eso y seguro que Abi lo aprueba.

Nathan: Fingiré que no he leído nada.

Julian: ¿Qué clase de Blackwood no puede asar costillas bajo la nieve?

Damian: ¿Es mucho pedir que uséis el cerebro antes de escribir?

Sonrío y añado:

Julian: Acabo de descubrir que Max tiene más fans que todos nosotros juntos. Id asumiéndolo.

Ethan: Normal, tú eres insufrible. Max es adorable. ¿A quién va a mirar la gente? Blanco y en botella.

Gabriel: ¿Hora de abrirle una cuenta en redes sociales?

Nathan: No le deis ideas.

Alex: Max tendría más seguidores que Damian.

Damian: Parad de hablar de un perro y dormid.

Cierro el chat con una sonrisa y miro a Max, que me devuelve una mirada inocente.

—Ni se te ocurra creértelo, colega. Si te vuelves insoportable, vamos a tener problemas.

Max ladea la cabeza con aire curioso y yo sacudo la mía. Aunque, pensándolo bien, no estoy seguro de cuál de los dos es peor: si Max o yo.

14

Julian

El día avanza con la lentitud de un lunes interminable y los correos que llevo respondiendo parecen diseñados para agotar el alma. Formularios, aprobaciones y sugerencias absurdas de marketing están a punto de acabar conmigo. Mi cerebro, en un acto de dignidad, decide que ya es suficiente. Me levanto, dejo el despacho y bajo a la sala de cafetería. Necesito un café que me devuelva las ganas de creer en la humanidad.

Ya de vuelta y con el café en mano, entro en el ascensor y me dispongo a volver a la tediosa rutina. Apenas dos plantas después, las puertas se abren, y ahí está Clara, enviada por el destino para complicarme la vida. Lleva una carpeta bajo el brazo, sujeta con esa precisión obsesiva que parece su marca personal, y su expresión es la de alguien que acaba de resolver un rompecabezas imposible.

—Clarisse. —Le dedico mi sonrisa más brillante; nunca es mal momento para descolocarla. Me apoyo despreocupado en la pared interior del ascensor mientras ella entra.

—Julian. —Me lanza una mirada fugaz que parece decir «no tengo tiempo para ti» y luego vuelve a fijar la vista en las luces que marcan los pisos.

El silencio que sigue es casi teatral. El zumbido del ascensor parece disfrutarlo más que nosotros. Otros podrían sentirse incómodos; yo, en cambio, lo veo como una oportunidad.

—¿Cómo va tu día? —pregunto, fingiendo interés—. ¿Descubrimientos trascendentales sobre nuestra encantadora modelo?

Ni siquiera se molesta en girarse

—Algunos no tenemos tiempo de filosofar, Julian. Estamos ocupados asegurándonos de que todo salga como debe.

Ahí está. Esa chispa de desafío que hace que todo esto valga la pena.

—¿Eso es una forma educada de decir que no hago nada? — Levanto una ceja, dejando que la pregunta flote, es una provocación evidente.

—No. Solo digo que tu idea de «trabajo duro» y la mía no tienen nada que ver.

Me echo a reír, genuinamente divertido. No todos tienen la habilidad de responderme sin titubear, y menos aún de disfrutar el intercambio.

—Vaya, suena interesante. ¿Y qué te hace pensar eso, Clarisse?

—Llámalo intuición. —Cruza los brazos, y su postura grita «impenetrable».

No puedo evitar inclinarme ligeramente hacia ella, lo justo para que note que la observo con más atención de la habitual.

—Tienes el don especial de transformar una charla normal en un duelo. Es... fascinante.

Por un instante, su mirada se cruza con la mía, y algo cambia. Hay un desafío inconfundible, pero también un atisbo de vulnerabilidad que no esperaba.

—Quizá sea porque algunos no tenemos tiempo para juegos, Julian. No todos podemos permitirnos ese lujo.

El comentario me toma por sorpresa. No es que no lo haya oído antes, pero viniendo de ella suena distinto. Antes de que pueda responder, el ascensor llega a nuestra planta y las puertas se abren.

Como si el universo conspirara contra mí y mi diversión, uno de los asistentes de Damian aparece, cargado de documentos y con la expresión de quien lleva el peso del mundo sobre los hombros. No sé qué mierda les dan en ese departamento, pero son todos igual de estirados.

—Señor Blackwood, están esperando su aprobación en la sala de juntas. —Ignora a Clara por completo.

—Voy enseguida —respondo sin apartar la vista de ella.

Clara aprovecha la interrupción y sale con rapidez, ajustándose la carpeta con fuerza. No pienso dejar que se escape tan fácil.

—Clarisse, deberíamos repetir esto. Prometo portarme mejor la próxima vez.

No responde, pero juro que sus hombros se tensan justo antes de girar la esquina.

Mientras camino hacia la sala de juntas, no puedo evitar sonreír. Clara es un misterio andante, una tormenta contenida lista para estallar. Y lo peor de todo es que cada vez disfruto más estas pequeñas batallas. Quizá demasiado.



Cinco días después.

El salón de eventos brilla bajo cientos de luces suspendidas como estrellas artificiales. La cena de gala anual de Blackwood C&B siempre es un espectáculo: copas de champán que desaparecen más rápido de lo que los camareros logran rellenarlas y sonrisas más falsas que las monedas de chocolate.

Pese a que siempre he dicho que este es mi terreno, esta noche, algo distinto me mantiene distraído.

Desde mi posición en la barra, tengo una vista panorámica del espectáculo. Sin embargo, mi atención está peligrosamente centrada en un único punto: Clara.

Está al otro lado del salón, hablando con uno de los diseñadores. Lleva un vestido negro, sencillo y perfecto para ella, como si lo hubiera mandado hacer con la intención de no destacar y, aun así, terminara haciéndolo. Su forma de moverse, graciosa e incómoda a la vez, la delata: no quiere llamar la atención, aunque parece no poder evitarlo.

Adriana, por supuesto, está en el centro de todas las miradas, rodeada por admiradores. Aun así, mis ojos no se quedan en ella. Esta noche, todo lo que me interesa está en Clara. Quizá sea por la forma en la que evita mirarme o, tal vez, algo más que aún no quiero analizar.

—Julian, ¿me estás escuchando? —La voz de Ethan me arranca del trance.

—¿Qué?

—Digo que papá está quejándose de no sé qué sobre los nuevos socios. Quizá deberías encargarte antes de que Damian lo haga con su encanto habitual.

Le doy una palmada en el hombro y, aunque me aparto, no tardo en volver a la barra tras cumplir el encargo del más joven de los Blackwood. Desde aquí, la vista es perfecta... para lo que quiero observar.

Damian se acerca con una copa en la mano, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Estás vigilando a alguien en particular o simplemente en tu modo habitual de «no hago nada útil»?

—Digamos que estoy evaluando el ambiente. —Sonrío, tomando un sorbo de mi whisky.

Sigue mi mirada y sonrío de lado.

—No juegues con fuego, Julian. No tienes tiempo para distracciones.

—Yo no me distraigo. Pero... admito que ciertas personas hacen el ambiente más interesante.

Damian no responde, aun así, su mirada lo dice todo antes de alejarse.

La música cambia mientras los camareros despejan los platos principales, marcando el inicio del baile. Es una tradición absurda, no obstante, a todos parece encantarles. Me quedo junto al bar, observando cómo las parejas se forman en la pista.

Entonces la veo.

Clara está al borde de la pista, intentando fundirse con las sombras. Alguien, un tipo del equipo de marketing, la invita a bailar. Ella vacila, pero finalmente acepta. Sus movimientos son muy torpes e incómodos.

No sé qué me impulsa a dejar mi copa en la barra y cruzar la sala.

—¿Te importa si te la robo un momento? —le digo al tipo, interrumpiendo con una sonrisa que no admite réplica.

Clara me mira con una mezcla de sorpresa y algo más que no consigo descifrar del todo.

—¿Qué haces? —susurra cuando el otro se aleja, visiblemente molesto.

Pero... ¡qué cojones!, soy un Blackwood y no podía negarse a mi petición.

Lo sé, a veces puedo ser un capullo arrogante, pero si la vida me ha dado este apellido, no voy a ser yo quién le haga el feo de no usarlo.

—Bailar contigo. ¿Qué parece? —Tomo su mano antes de que pueda protestar, guiándola con suavidad hacia mi hombro.

—Esto no es necesario, Julian.

—Quizá no, pero quiero hacerlo.

Resopla, pero no se aparta. La música es lenta, y la proximidad entre nosotros es inevitable. La calidez de su mano en la mía, el ligero roce de su cuerpo, hacen que mi concentración vacile.

—No estás acostumbrado a que te digan que no, ¿verdad? —pregunta, alzando la mirada. Por primera vez en toda la noche, sus ojos encuentran los míos de verdad.

—Digamos que tengo talento para convencer.

Rueda los ojos, aun así, hay diversión en ellos.

—Eres insoportable.

—Y tú te resistes demasiado, Clarisse.

El apodo la hace tensarse, aun así, no retrocede. Al contrario, sus movimientos se sincronizan con los míos y durante un instante, todo desaparece: las luces, la música, la gente. Solo quedamos nosotros.

—¿Por qué me observabas antes? —pregunta de repente. Su voz apenas es un murmullo que se cuela entre la música y las conversaciones de nuestro alrededor.

—Porque no podía evitarlo.

Mi respuesta la pilla desprevenida. Aparta la mirada, por suerte, deja las manos donde estaban.

—Deberías dejar de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no lleva a nada bueno y los demás pueden pensar cosas que no son.

Estoy a punto de replicar cuando la música cambia a un ritmo más animado. Clara aprovecha y se suelta, rompiendo el contacto

con una rapidez que casi parece una fuga.

—Gracias por el baile —me dice cortante, pero sus ojos revelan...
¿confusión, quizá?

—Clara...

Tarde, ya se ha perdido entre los invitados, dejándome con la sensación de que algo importante acaba de ocurrir y yo no me he percatado de nada.

Clara

Despierto con el presentimiento de que algo anda mal. Es sutil, una sombra que no debería estar ahí. Me cuesta identificar qué es. Tal vez sea el eco de la música de anoche, esa canción lenta que sigue resonando. Sacudo la cabeza, queriendo ahuyentar el recuerdo, y me obligo a levantarme.

«No significa nada», me repito mientras lo hago.

El vestido sigue colgado en la esquina de la habitación, una presencia incómoda que me hace desviar mi atención. Solo verlo me pone tensa, como si al hacerlo pudiera revivir cada detalle de la noche anterior: Julian, su cercanía, su mirada fija en mí, la sensación de que no hubiese nada ni nadie más en la sala.

Salgo rápido. Voy a hacer café, a ver si así me espabilo y me dejo de idioteces.

Pero no. No funciona.

Cierro los ojos y me apoyo en la encimera fría, buscando un poco de estabilidad.

—No tiene sentido —murmuro, pretendiendo que, al decirlo en voz alta, se borre todo de un plumazo—. Fue solo un baile.

Sin embargo, la verdad se filtra entre las grietas de mi autoengaño. En ese instante, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo. Algo que, más que emocionarme, me aterra: una conexión.



Cuando llego al trabajo, el entorno es el mismo de cada día. Adriana de la Vega desfila por los pasillos como si fueran su pasarela personal, rodeada de empleados jóvenes que parecen competir por complacerla. Yo, en cambio, me esfuerzo por pasar desapercibida, nada nuevo.

Me escondo en la sala de descanso con unos informes. El lugar está vacío, silencioso, lo que me permite respirar un poco mejor. O eso creía, hasta que dos asistentes de marketing entran hablando en voz baja.

—¿La viste anoche? —pregunta una de ellas, destilando un interés malsano.

—¿A la ayudante de la modelo? Claro que sí. La verdad, no entiendo qué hacía con Julian en la pista de baile.

Mi corazón se acelera. Me quedo inmóvil, sintiendo cómo me falta el aire.

—Es obvio, ¿no? —responde la otra con una risita venenosa—. Una más que quiere ganarse al jefe.

El suelo se tambalea bajo mis pies.

—Exacto. ¿Sabes? Me dijo... —se callan, supongo que para susurrar el nombre del o la culpable de la acusación— me dijo que no es la primera vez que lo intenta con un superior.

No puede ser cierto. No puede estar pasando otra vez.

—Ah, ¿no? —suena intrigada y alarmada por igual.

—Por lo visto, Adriana lo mencionó hace poco. Dijo que, según su padre, Clara ya tuvo... ¿cómo fue? Ah, sí, una «relación inapropiada» con su anterior jefe en España.

El nudo en mi estómago se aprieta. ¿Adriana? Por supuesto. Claro que ella sería capaz de decir una cosa así.

—Bueno, no me sorprende. Con razón está aquí. Seguro usó eso para conseguir una recomendación.

—Totalmente. Y con Julian... —Hace una pausa, saboreando el cotilleo—. Ya sabes cómo es. No necesita mucho para interesarse por alguien.

Siento cómo el calor me sube al rostro. Sus palabras son cuchillas que rasgan cada parte de mí, de todas las que mantenía intacta.

—¿Y tú crees que lo conseguirá? —pregunta una de ellas, con una malicia apenas contenida.

—¿Con él?, no sé. Tampoco sería raro. Julian no es precisamente un santo.

Ríen, y sus risas resuenan como una sentencia.

Espero a que salgan, incapaz de moverme. El nudo de rabia y vergüenza en mi pecho amenaza con desbordarse. Me esfuerzo por mantener el control. No pueden verme así.



Más tarde, entro en el despacho-camerino de Adriana para entregarle unos informes. Cuando cruzo la puerta, ella ni siquiera levanta la vista, demasiado ocupada hojeando una revista de moda.

—Llegas tarde —dice con esa indiferencia estudiada que solo alguien como ella puede tener, haciéndote creer que el mundo entero está a su servicio.

Respiro hondo y dejo los papeles sobre su escritorio con cuidado.

—Todo está en orden. Si necesitas algo más, avísame.

—Claro que sí. Aunque... —Ahora sí me mira y me analiza de arriba abajo. Siento que mi sola existencia es una ofensa para ella—. Podrías aprender a vestirse mejor, ¿no? La gala de anoche no era un pícnic.

El comentario me daña el orgullo, el poco que me queda después de lo que he oído hace unas horas; aun así, mantengo el rostro impasible.

—Gracias por tu opinión. Procuraré recordarlo.

Ella suelta una risita burlona, volviendo a su revista.

—Solo digo lo que todos piensan. No te preocupes, seguro Julian no es tan exigente.

Me deja sin aire. Me habla con tal desprecio y superioridad que me hace querer gritarle, aun así, no puedo. No puedo darle esa satisfacción.

—Tomo nota. Si no hay nada más, tengo trabajo que hacer.

—Por supuesto, querida. No te detengo.

Salgo de su despacho con las mejillas ardiendo y una presión en el pecho que apenas puedo contener.

De vuelta en mi escritorio, hago el esfuerzo por concentrarme, pero las voces de las asistentes y el veneno de Adriana siguen retumbando en mi cabeza.

No es la primera vez que lo intenta con un jefe.

Me indigno, porque lo que pasó en España es mucho más complicado de lo que nadie aquí podría entender. Lo que pasa es que la gente no quiere conocer la verdad; prefieren la versión más jugosa, la que se ajusta mejor a sus prejuicios.

Cierro los ojos y respiro profundamente, buscando un respiro que no llega.

«No puedo permitirme esto».

No puedo distraerme con alguien como Julian Blackwood. Y mucho menos ahora, cuando todo parece desmoronarse a mi alrededor.

Julian

Desde mi oficina, el espectáculo de Adriana acaparando la atención en el área común es tan habitual como el café de media mañana. Está inclinada sobre el escritorio de Clara, desplegando todo su arsenal de gestos dramáticos y voz melosa, porque sí, está lo suficientemente cerca para deleitarme con su estridente melodía. Los dos asistentes a su lado intentan mantener la compostura, aun así, las risas contenidas los delatan.

Clara, en cambio, parece un bloque de mármol. La espalda recta, la mirada fija en sus notas, pero sus hombros traicionan el esfuerzo que está haciendo para no levantarse y estamparle la libreta en la cara.

Mientras observo la imagen, mi móvil vibra con un mensaje del grupo de los hermanos:

Nathan: ¿Cómo llevas el ajetreo que hay hoy en la oficina, Jules? ¿Ya te has escapado a por algún café de manera elegante para pensar en estrategias?

Julian: ¿Y tú? ¿Ya has alineado tus chakras o te los has dejado en casa?

Nathan: Al menos los tengo. Tú no tienes ni uno alineado ni desalineado. Si necesitas sabiduría, llama.

Julian: Prefiero tirarme por la ventana antes que escuchar tus sermones cósmicos ahora mismo.

Sonrío mientras dejo el móvil y vuelvo la atención a la escena justo cuando la modelo suelta su joya del día:

—No te lo tomes a mal, no todo el mundo tiene talento. Algunas no nacen con esa... chispa creativa.

El ruido del pasillo se apaga. Incluso los asistentes parecen contener el aliento. Clara cierra la libreta con una calma que impresiona, levanta la mirada y la clava en su adversaria con una neutralidad tan perfecta que parece que llevase toda la vida preparándose para encararse con la modelito.

«Bien por ella», pienso, sin ignorar esa punzada de fastidio.

Mis pies ya están en movimiento antes de que termine de procesarlo.

—Adriana, ¿ya has terminado de entretener al departamento? —pregunto al llegar, apoyándome como por casualidad en un escritorio cercano.

Ella se gira, parpadeando.

—Julian, solo pretendía ayudarla con algunos consejos constructivos.

—¿Constructivos? —repito, dejando que el sarcasmo sea bien patente—. Claro, porque tus consejos son una obra maestra de diplomacia y empatía. —Me cruzo de brazos, ladeando la cabeza—. Aunque, ahora que lo pienso, igual podríamos patentar tu método. Lo llamaríamos *Cómo criticar sin tener ni idea*. Seguro que sería un bestseller.

Adriana sonríe, pero es una de esas sonrisas tensas que parece a punto de romperse.

—Solo trataba de ser honesta.

—Perfecto. Ahora, si no te importa, ¿por qué no guardas tu honestidad y se la das a alguien que te la haya pedido? Que yo sepa, Clara está bastante ocupada con cosas más importantes que escuchar tu monólogo.

El silencio que sigue es glorioso. Los asistentes fingen estar muy concentrados en sus pantallas, pero yo sé que están disfrutando el espectáculo. La modelo se rinde con un gesto teatral.

—Por supuesto, Julian. Tú siempre sabes cómo hay que hacerlo todo, por eso eres el director de la campaña.

Y se aleja, dejando tras de sí un rastro de perfume y tensión mal digerida.

Mi mirada se cruza con la de Clara.

—No tenías que hacerlo —dice, en voz baja y firme.

—No, pero me apetecía. —Me encojo de hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

Por un segundo, parece que va a decir algo más, sin embargo, se detiene. Sus ojos buscan en los míos, supongo que una respuesta

que ni siquiera yo tengo clara. Finalmente, asiente despacio y vuelve la atención a sus cosas.



Apenas llevo diez minutos delante del informe que estaba leyendo antes de los consejos constructivos de la señorita de la Vega, cuando me entra otro mensaje:

Nathan: ¿Qué has hecho ahora?

Julian: ¿Cómo cojones lo sabes?

Nathan: El universo está alterado y lo he sentido.

Alex: La gente habla... sobre todo, si sales en defensa de una empleada.

Julian: Joder, he salvado al mundo y no lo sabía.

Nathan: No eres un héroe, Julian. No me robes la tranquilidad de una buena mañana.

Julian: Anda, medita un rato, que te noto estresado.

Nathan: No, mejor nos vemos en la cafetería y me lo cuentas.

Julian: Ese es un plan perfecto. ¿Alguien más se apunta?

Alex: Cuenta conmigo.

Gabriel: Yo ya estoy aquí. Bajad, que me aburro, cabrones.

Ethan: ¿En serio? Creo que me equivoqué de carrera...

Damian: ¡Poneos a trabajar ya!

Julian: Tres, dos, uno... ¡El último paga!



Estoy con los diseños de Clara extendidos sobre el escritorio, tamborileo los dedos contra el borde de la carpeta mientras los examino. Admito que no esperaba mucho al principio cuando,

después del *rapapolvo* de esta mañana, uno de los presentes me abordó y me sugirió que debería ver lo que la modelo había descartado. Está claro que me equivoqué. Estas propuestas no son solo buenas; tienen un toque especial, un aire fresco y una creatividad que hace tiempo no veía.

Además, tengo ganas de ver esos labios rojos que tanto material le dan a mi imaginación por las noches. Levanto el teléfono.

—Clara, necesito que vengas a mi despacho.

Minutos después, la tengo frente a frente.

—¿Querías verme? —pregunta, cruzando los brazos.

—Sí. Entra y cierra la puerta.

Duda por un segundo, al final, lo hace. Al acercarse, noto esa mezcla de cautela y determinación que son tan propias de ella.

—He revisado las propuestas que hiciste ayer.

Me mira sorprendida y me da en la nariz que no sabía que esto había llegado a mi poder. Golpeo la carpeta ligeramente contra la mesa, dejando que el sonido llene el espacio entre nosotros, sin apartar los ojos de ella.

—¿Ocurre algo? —le pregunto al ver su gesto de incredulidad. Niega demasiado rápido, lo que me indica que me está mintiendo—. He de decir que me han sorprendido. Y mucho —añado, para que no malinterprete mis palabras.

—Es solo que... no sé, quizá, no me lo esperaba. —Y sonrío un poco forzada.

—Pues no entiendo por qué no te lo esperabas. Son buenas. Muy buenas.

—Gracias...

—No te lo digo por cumplir. Es una realidad. ¿Tú has visto esto? —Le señalo un par de hojas mientras me inclino hacia adelante—. Es cierto que hay detalles que ajustar, aun así, las ideas son geniales. Quiero pedirte que trabajes en esto y que las enfoques más hacia el impacto visual.

Ella asiente, a pesar de que sigue rígida. Me da la impresión de que duda de si esto es una trampa o un elogio real.

—¿Alguna cosa más? —pregunta, más fría de lo que esperaba, aunque a mí esta actitud me divierte.

Me recuesto en la silla, observándola, con una sonrisa que pretende descolocarla.

—Sí. No dejes que Adriana, ni nadie, te diga cómo hacer tu trabajo. Eres mucho mejor de lo que crees.

Sus hombros se tensan aún más. ¿Qué le pasa? ¿No se cree lo que le digo? Podré ser un salido, soñar con ella y sus labios rojos envolviéndome, podré pensar en mil maneras de empotrarla contra la pared cada vez que la tengo delante, pero... soy profesional cuando debo serlo. Por eso, decido añadir algo más ligero y así rebajar la intensidad de mis palabras y pensamientos...

¿Por qué cojones siempre lleva el pintalabios rojo?

—Aunque si no quieres que la próxima vez tenga que intervenir, quizá podrías empezar a venir a trabajar con un escudo de verdad. Uno dorado, acorde con tu puesto aquí. O una espada... Ya sabes, para darle un buen coscorrón...

Ella parpadea, sorprendida, y aunque intenta ocultarlo, una tímida risa se le escapa.

—Gracias —murmura de nuevo, recogiendo la carpeta.

Cuando se da la vuelta, dejo que mi mirada la siga. Aún estoy en proceso de saber qué cojones me atrae tanto de ella.

Y si soy honesto, estoy disfrutando demasiado descubriéndolo.

Julian

Hace diez años.

La música de la fiesta retumba en el pequeño departamento, tan fuerte que hace vibrar el suelo y amenaza con derribar cualquier pensamiento coherente. Es una de esas noches en las que nadie parece preocuparse por el mañana. Latas de cerveza y botellas vacías decoran cada superficie, y las risas se mezclan con canciones mal entonadas.

Estoy en un rincón, apoyado contra la pared con una cerveza medio caliente en la mano, observando el puto caos existente. Nathan, que por alguna razón ha decidido acompañarme, está a mi lado, revisando su teléfono con la expresión de quien preferiría estar en cualquier otro lugar.

—¿Dónde está Sophie? —pregunta de repente, sin levantar la vista del móvil.

Miro a mi alrededor, fingiendo buscarla entre la multitud.

—Ni idea —respondo, encogiéndome de hombros.

Mi hermano levanta la cabeza y me lanza una de esas miradas tuyas inquisitorias, demasiado habituales en él, sobre todo, cuando está conmigo. Este cada vez se parece más a Damian. ¡Vaya par de aburridos y amargados los dos!

—¿Ni idea? ¿No se supone que es tu novia?

—Lo es. Pero mi chica hace lo que quiere, ¿sabes? Es libre. —Le doy un sorbo a mi cerveza y sonrío—. No soy su niñera. Además, ¿a qué viene ese interés repentino por ella?

Nate suspira. Finalmente, tras volver a echarle un vistazo al móvil, se lo guarda en el bolsillo. Frunce un poco el ceño y me mira con seriedad.

—No es interés, es solo que... —se calla de repente—. Da igual. No sé cómo lo haces, Julian.

—¿Hacer qué? —pregunto, pese a que sé exactamente a qué se refiere.

—Tomártelo todo con tanta... calma.

Sonrío. No respondo. La verdad es que no estoy tan tranquilo como parezco, sin embargo, eso no se lo voy a decir. Desde hace semanas, algo entre nosotros no encaja. Su risa ya no suena igual, sus mensajes llegan con más pausas y aunque no quiero pensarlo, esa pequeña voz en mi cabeza insiste en recordármelo: nuestra relación está cambiando.

—Mira, ahí la tienes —me dice, señalando hacia la otra esquina del salón.

—Querrás decir que la tienes tú. No he sido yo quien ha preguntado por ella.

Nathan rueda los ojos y no dice nada. Sé que se calla información. No sé qué, pero estoy seguro de que su pregunta no ha sido cosa del azar y eso es lo que me pone en alerta, aunque él no se percate de mi estado.

Sophie está junto a un grupo de chicos, riéndose como si el mundo no existiera nada más allá de esa conversación. Lleva un vestido para llamar la atención y, pese a que siempre se ha visto increíble, esta vez es diferente.

Miro a mi hermano y lo veo observando la escena y parece disgustado. Vuelvo de nuevo mi atención hacia allí y entonces me topo con lo que parece molestarle. Uno de los chicos tiene la mano apoyada en la pared, inclinándose hacia ella con demasiada confianza. Y ella, lejos de apartarse, sonríe.

—¿Ves? Está bien —le digo, buscando sonar convincente.

Él no responde, pese a que tampoco necesita hacerlo. Con la mirada que me dedica dice más de lo que debería. Ya es suficiente.

—Haz lo que te dé la gana, Jules. Deberías saber que la gente habla y...

—Voy a buscar otra cerveza —anuncio, alejándome antes de que continúe con alguna observación que no estoy listo para escuchar.

En el camino a la cocina, trato de sacarme de la cabeza esa imagen. Es Sophie, me recuerdo. Siempre ha sido así. Sociable,

extrovertida, imposible de atrapar. Es parte de lo que me atrajo de ella desde el principio, ¿no?

Mientras abro otra lata, siento que una parte de mí no está safistecha. Desearía que fuera diferente. Que al menos una vez, en un lugar lleno de gente, sus ojos me buscaran a mí y no a todos los demás.

Sacudo la cabeza, como si con eso pudiera disipar la idea, y regreso al salón. Nathan ya no está en el rincón; seguramente se ha hartado y se ha ido. Me apoyo de nuevo contra la pared, con la cerveza en la mano y los pensamientos más destructivos de lo que me gustaría admitir.

Sigo observándola desde la distancia, su risa ligera y su facilidad para conectar con cualquiera.

«Es Sophie siendo Sophie».

Sin embargo, esta vez, esa frase no me reconforta en absoluto.

Clara

Otra mañana más de trabajo y otra mañana más en mi frustrado propósito de esquivar a Julian Blackwood. Llevo días intentándolo, sobre todo, después de lo que escuché en la oficina y de su intervención con Adriana. Pero no es fácil. Está en todas partes. Literalmente.

Hoy ha sido el único día que, a unos minutos de acabar la jornada, no lo he visto. Estoy sentada organizando los bocetos de la campaña. Casi estoy a punto de anotarme el punto por el hecho de que mi mal estudiado e improvisado plan de huida ha dado sus frutos cuando escucho su voz, segura y un tanto arrogante, esa que tiene el don de ponerme nerviosa y de hacerme rodar los ojos por la desesperación al mismo tiempo.

—¿Ya te has decidido a conquistar el mundo o prefieres empezar con una pequeña victoria? —dice desde la puerta de mi espacio de trabajo.

¿Pero de qué habla?

Respiro hondo y me giro. Al hacerlo, contengo el aliento. Está apoyado contra el marco y luce una sonrisa que parece diseñada para desarmar a cualquiera, o al menos a mí.

—Si por pequeña victoria te refieres a terminar esta presentación antes de mañana a mediodía, entonces sí, ese es el plan —respondo, esforzándome por sonar tranquila.

Julian entra sin esperar invitación y examina los bocetos. Por supuesto que lo hace. A él nadie le dice qué puede y qué no puede hacer.

—Interesante —comenta, tomando uno de los papeles y girándolo entre sus dedos.

—¿Interesante? —repito, cruzándome de brazos.

—Sí, interesante. Aunque me esperaba algo más atrevido viniendo de ti.

Lo miro, incrédula. ¿Cómo se las arreglará para que cada palabra suene extremadamente seductora? ¿Estamos hablando del boceto? ¿O hay otra cosa que se me escapa?

—Es publicidad, no un concurso de valentía —respondo, quitándole el papel de las manos, no de muy buenas maneras, todo hay que decirlo.

—Publicidad y valentía no son dos cosas tan dispares, ¿sabes? — replica, inclinándose un poco hacia mí, lo suficiente para que mi corazón se acelere sin querer.

Le sostengo la mirada, negándome a retroceder.

—¿Acaso usted es un experto en ambas cosas, señor Blackwood?

—Solo en la última. Podrías enseñarme la primera.

Pongo los ojos en blanco, sin embargo, una sonrisa fugaz se me escapa sin poder evitarlo. Este hombre es increíble.

Antes de que pueda responder, le suena el teléfono.

—Tienes suerte —dice, revisándolo—. Me reclaman.



Horas más tarde, vuelvo al edificio después de un día agotador. El trabajo se alargó demasiado y he salido bastante después de mi hora. Tengo los hombros tensos y la cabeza me martillea incesante mientras que desfilan una a una las imágenes de los bocetos.

El ascensor llega rápido, y entro. Aprieto el botón de mi piso y cierro los ojos un momento, disfrutando la soledad.

Claro que quien rige los hilos de mi vida tiene otros planes.

—¿Vecina?

La voz de Julian rompe mi breve e insulso momento de paz. Los abro justo cuando se cuele en el ascensor antes de que las puertas nos aíslen del resto del mundo.

¿Por qué no puede borrar esa maldita sonrisa de su cara?

—Ah, siempre tan amable conmigo. Clarisse, Clarisse... —Se apoya despreocupado en la pared del ascensor. Me sorprende que no vaya Max con él, aunque todavía lleva la misma ropa que en el trabajo. Quizá, está llegando ahora.

—Pensé que ser amable era una de las cláusulas de mi contrato —respondo sin fijarme en él. Al menos, esa es mi intención.

—No lo es, sin embargo, sería un buen complemento. Se lo sugeriré a Nathan de cara a las nuevas contrataciones.

Me cruzo de brazos, aguantando la sonrisa que lucha por salir al escuchar la cantidad de bobadas que puede decir en menos de un minuto. Y es que me doy cuenta de que me cuesta demasiado resistirme a entrar en su juego.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Como, no sé, ¿pasear a Max?

—Pues no. Mi perro está más interesado en dormir que en socializar esta noche, así que he bajado a dar un paseo y recoger la comida del chino. —Alza la bolsa que lleva en una de sus manos y de la que yo no me había percatado—. ¿La compartimos?

—No quiero quitarle su parte a Max; es muy probable que no me lo perdone jamás.

Se ríe, con una sonrisa sincera y preciosa que resuena en el reducido espacio. La siento en el pecho, como si me hiciera vibrar por dentro.

Antes de que pueda decir algo más, el ascensor da un pequeño salto, y la luz parpadea justo en el momento en el que se detiene.

—¿En serio?! —murmuro, presionando el botón del panel.

Nada.

—Parece que el universo tiene un extraño sentido del humor —dice Julian, observándome, y tengo la impresión de que ese comentario es más comprensible para él que para mí.

—¿Y qué tiene que ver el universo contigo?

—Quizá también cree que deberías darme una oportunidad.

Suelto una risa seca y sin humor. Me giro hacia él.

—¿Una oportunidad para qué?

Sus ojos, intensos y llenos de una convicción que me descoloca, se clavan en los míos.

—Para demostrarte que no soy el hombre que piensas que soy.

No sé qué decir a eso. Trago saliva y el silencio se hace incómodo, al menos, así lo siento yo. Bajo la mirada y, sin haber podido decidir aún cómo actuar ante esto, siento su presencia más

cerca de lo que debería, lo suficiente para que mi corazón empiece a latir con fuerza.

—Clara...

—No empieces, Julian.

El corazón se me acelera otro poquito más, cuando se planta pegado a mí, tanto, que si levanto la mano podría tocarlo... apartarlo, quizá. Sin embargo, no hago ni lo uno ni lo otro. Tan solo me miro los pies.

—¿Por qué siempre haces lo que sea por evitarme? —Me agarra el mentón y me levanta el rostro, obligándome así a que no huya del contacto visual.

—Porque... porque no puedo permitirme esto —contesto casi sin pensar, hipnotizada con el brillo de sus ojos

—¿Esto?

Baja un tono al hablar y, después, pasea la vista por mi rostro.

—Esto no tiene sentido —añado, como si con esa explicación ya estuviese todo aclarado.

—Lo que no tiene sentido es que sigas peleando contra lo que ambos sabemos que sucede —dice con una suavidad inesperada.

Se inclina despacio hacia mí, y el mundo desaparece. Lo único que escucho es mi respiración, rápida y entrecortada, y el martilleo frenético de mi corazón.

—Julian...

Quiero detenerlo, replicarle, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta. Su atención se desplaza hasta mis labios y un escalofrío me recorre cuando me roza el brazo con los dedos. Apenas es un toque, un leve roce, aun así, es suficiente para que todo mi cuerpo reaccione.

Trago saliva mientras lo encaro y asiento. Sí, asiento sin mi consentimiento.

¿Por qué lo hago?

Por mi mente empiezan a desfilar palabras, imágenes y excusas absurdas que no llegan a ir más allá, porque sus labios tocan los míos, impidiéndome así que diga una tontería de la que me arrepentiré más tarde.

Cierro los ojos, y el tiempo se detiene. Todo lo que siento es a él: el calor de su cuerpo y el agarre firme y agradable de su mano en mi cintura. Su boca me devora con tal delicadeza que me hace olvidar todo lo demás, todo queda reducido a este instante.

Su boca es cálida y experta. Su lengua juguetona me enciende sin esfuerzo mientras se pasea curiosa por mi labio inferior. Me esfuerzo por recordar todas las razones por las que esto es una mala idea. Nada. Me rindo. Aparto cualquier pensamiento y me dejo llevar.

Cuando nuestras lenguas se encuentran, se me escapa un suspiro. Sube la otra mano hasta mi rostro y sus dedos me acarician el pómulos con una ternura que no esperaba.

Me inclino hacia él y, en un acto reflejo, le rodeo el cuello con la mías.

Y es entonces, al acariciar su cabello, que soy consciente de lo que estoy haciendo.

Me aparto con brusquedad y con la respiración entrecortada.

—Esto... no, no, no... no puede pasar —murmuro, evitando su escrutinio.

Sigue anclado a mi cintura, aferrándose a mí, sin ser consciente del miedo que acaba de invadirme el pecho. Vuelvo a clavar mis ojos en el suelo del ascensor. No me atrevo a mirarlo, aun así, sé que los suyos no se apartan de mí.

—Clara...

Mi nombre es un susurro, que amenaza con hacerme caer de nuevo si no soy fuerte.

Intento recomponerme. No puedo. El calor de su mano aún atraviesa la tela de mi blusa.

Quiero apartarme. No lo hago. No puedo. Estoy contra la pared, literalmente hablando.

—No, Julian. Esto no está bien.

—¿Por qué no?

Hay frustración en su pregunta. Me atrevo a levantar la vista antes de hablar.

—Porque no soy ese tipo de mujer.

Frunce el ceño y parece molesto... o desconcertado. No lo sé, en estos momentos no puedo pensar con claridad.

—¿Qué tipo?

—El tipo que tú quieres.

Las palabras salen con más ímpetu del que pretendía. Pese a ello, por dentro me siento frágil, al borde de romper mi determinación y mandarlo todo a paseo. Él me estudia y, por un instante, su habitual máscara de confianza se tambalea. En sus ojos veo un destello diferente, uno que no sé cómo interpretar.

—¿Y qué tipo crees que quiero? —cuestiona despacio y haciendo hincapié en cada palabra.

Su mirada busca una respuesta que ni yo misma tengo.

—El tipo que puede darte lo que necesitas sin complicaciones. Alguien sin un pasado que la persiga... o un presente que la limite —contesto, soltando de golpe más de lo que tenía intención de decir.

Inclina la cabeza, siento que evalúa mis palabras. Luego se pasa una mano por el cabello, supongo que sin saber qué responder.

—Eso no lo decides tú, Clara.

—No me hagas esto, Julian. Por favor...

Se me quiebra la voz, y odio lo vulnerable que suena. Me cruzo de brazos, pues es lo único que puedo hacer para poner distancia entre nosotros.

De repente, el ascensor da un leve tirón y se pone en movimiento de nuevo.

—No eres lo que busco ni necesito en estos momentos —digo, aunque el temblor en mi voz me delata.

—Puede ser. Pero eso no significa que no me hayas encontrado.

El ascensor se detiene, y las puertas se abren en nuestro piso. Lo esquivo y salgo al pasillo.

—Buenas noches, Clara —dice con tranquilidad.

Me obligo a caminar mientras el corazón me late desbocado.

Cuando cierro la puerta de mi apartamento, me dejo caer contra ella, con la respiración agitada. Sus palabras siguen resonando en mi mente.

No significa que no me hayas encontrado.

«¿Qué acabo de hacer?».

Clara

Han pasado un par de días desde la gala y solo uno desde lo del ascensor. El beso. Procuro no pensar en ello, pero mi cuerpo no parece haber recibido la noticia. Cada vez que cierro los ojos, revivo el momento exacto: su boca, su cuerpo, su calor pegado a mí... Todo. Ahora mismo lo siento como un enorme lío en mi cabeza y yo no soy buena resolviendo, nunca lo he sido.

Hoy, Adriana me ha dado un respiro. Se encuentra en una sesión de fotos y no necesita que esté encima de ella. Sin embargo, mi «respiro» significa quedarme en la oficina, lidiando con todo lo demás: coordinar reuniones, revisar correos y hacer seguimiento a las solicitudes de vestuario para los próximos eventos. Es más trabajo del que esperaba al principio, pero no me quejo. Al menos, aquí siento que soy útil.

Mientras reviso unas notas en mi mesa, una sensación extraña me invade. Es esa impresión de que alguien me está observando. Al levantar la vista, me encuentro a dos compañeras de otro departamento hablando entre ellas. Disimulan muy mal. Sus miradas se desvían hacia mí. Una de ellas la aparta de inmediato, pero la otra no. Me observa con una media sonrisa que no logro descifrar.

¿Están hablando de mí? No debería importarme, pero lo hace. Desde la gala he notado esas miradas: sutiles, pero constantes. A veces me convengo de que son producto de mi imaginación. Otras, como ahora, sé que no lo son.

Hago todo lo posible por ignorar ese pensamiento y volver a concentrarme. No tiene sentido desperdiciar energía en conjeturas. Estoy aquí para trabajar, no para preocuparme por lo que otros piensen.

Un movimiento capta mi atención desde el otro lado de la sala. Julian acaba de salir de una reunión. Su expresión es seria mientras conversa con uno de los diseñadores y su presencia llena el espacio.

Siempre consigue llamar la atención de todos sin esforzarse por hacerlo. Supongo que tiene años de experiencia en eso.

Aparto mi atención antes de que se dé cuenta, pero su reflejo en la pantalla de mi ordenador lo delata. Está caminando hacia mí. Mi corazón acelera el ritmo, y trato de parecer concentrada.

—Clara —dice al detenerse junto a mi mesa.

Levanto la vista, procurando mantener la calma.

—¿Sí?

—Necesito hablar contigo sobre unos ajustes en los diseños de Adriana. ¿Tienes un momento?

Asiento, recogiendo mi libreta mientras él se dirige a una sala de reuniones cercana. Su andar es relajado, seguro, pero la forma en la que se para a esperarme junto a la puerta que me hace ponerme nerviosa.

Una vez dentro de la sala, Julian toma asiento frente a mí. Sin esperar, comienza a hablar de los ajustes que ya me había señalado y me sugiere otros detalles que podrían mejorarse. Su manera de hablar es profesional, pero su mirada no lo es. Al menos, no la siento así.

—Esto puede esperar hasta que Adriana regrese, ¿verdad? —comento, queriendo desviar la atención, porque estoy demasiado alterada aquí dentro con él a solas.

—Podría —responde con un ligero encogimiento de hombros—, pero prefiero discutirlo contigo ahora. Me fío más de tu criterio.

—Gracias, supongo.

Una pequeña sonrisa se le dibuja en el rostro y por un instante, olvido dónde estamos. Esa sonrisa es peligrosa, el tipo de sonrisa que invita a confiar, pese a saber que no deberías. La que te hace caer en sus redes y cuando quieres escapar es demasiado tarde.

Él sigue hablando y yo divagando de cosas aleatorias: el beso, su boca, el diseño que me muestra, mi historia en España, qué voy a cenar hoy... Cuando termina, me levanto para salir, y él también lo hace. Avanza más rápido y llega a la puerta antes que yo. Al colocarme a su lado para abrir, me roza el brazo con la mano como si fuese fortuito. Es un contacto mínimo, pero que logra su cometido: detenerme en seco. Me giro hacia él y su expresión es....

—Clara —dice, susurrando.

—¿Qué? —pregunto, y noto que la voz me tiembla.

—Nada. Solo quería agradecerte tu implicación.

El comentario es inocente, pero la calidez con la que me observa contradice sus palabras y me enciende por dentro. El corazón me late desbocado, y cuando por fin salgo de la sala, siento que todos los ojos están puestos en mí. Sé que es absurdo, pero no puedo evitarlo.

De vuelta en mi mesa, hago todo lo posible concentrarme. Las palabras en la pantalla se mezclan, borrosas. Entre las miradas de los demás y los gestos de Julian, siento que estoy a punto de llegar a mi límite. No quiero este tipo de atención. No la necesito. O eso quiero pensar.

Julian

El salón de eventos parece más un escaparate de museo que un lugar para socializar. Todo está calculado al milímetro, desde el brillo exagerado de los suelos hasta las sonrisas prefabricadas de los asistentes. Es el típico sarao que busca ser distendido, pero en el fondo te hace sentir parte de una exposición.

No me malinterpretes: una buena fiesta con vino decente y poca palabrería siempre tiene mi voto. El problema es que esta gala tiene tanto protocolo que hasta respirar se siente un delito y desde que Adriana se dio a conocer como la cara de nuestra campaña, los eventos no paran de sucederse. Accionistas, posibles inversores, galas benéficas... todos están interesados en acercarse a la modelo. Está claro que no la conocen, de lo contrario, huirían en sentido contrario.

Encuentro a Damian junto a la barra. Por supuesto, si alguien puede llevar con orgullo el título de Perfecto Blackwood, es él. Traje sin una arruga, postura de anuncio, mirada que calculada con regla. Un auténtico manual de estilo. Me abro paso entre la gente, dándole una palmada en el hombro, lo bastante fuerte para que pierda un poco el equilibrio.

—¿No crees que esta gala necesita menos discursos y más diversión? —pregunto mientras me apoyo en la barra, adoptando mi pose más despreocupada.

Me mira como si estuviera decidiendo entre ignorarme o responderme con una pulla. Al final, gana lo segundo, porque, seamos sinceros, nadie puede resistirse a mi encanto.

—Si por diversión te refieres a que montes otro numerito, prefiero los discursos.

—Tío, qué poca fe tienes en mí. —Le suelto una sonrisa de las mías, amplia y exagerada, mientras hago un gesto al camarero, indicándole que me sirva lo mismo que a mi hermano—. Una buena

copa con una charla interesante... y lo mismo esta noche empieza a tener algo de chispa.

Mientras espero mi bebida, noto que Damian desvía la mirada hacia el otro lado del salón. Ahí está Abi, su novia, rodeada de un grupo de invitados. Habla con esa naturalidad que tiene y que hace que todo el mundo se incline hacia ella, es un imán para cualquiera que sea un poco listo.

—Relájate un poco. Anda, ve y baila con Abi o haz algo. Si sigues aquí con esa cara de estatua, la gente va a pensar que eres parte del mobiliario.

Mi hermano se gira hacia mí, levantando una ceja con la precisión de un reloj suizo.

—Alguien tiene que mantener las apariencias.

—Pues te aviso: las apariencias son un coñazo. —Levanto la copa que el camarero por fin me pone delante y le doy un buen trago, dejando que el vino haga más llevadero este entierro de lujo.

Desvío la atención hacia la sala como quien no quiere la cosa; en realidad, sé a quién estoy buscando. Y ahí está. Clara. Apartada en un rincón, con una copa de champán que creo que ni ha probado. Tiene esa expresión de estar pisando un campo de minas, midiendo cada paso.

Damian sigue mi mirada antes de que pueda disimular. Una media sonrisa se dibuja en su cara, y eso nunca es buena señal.

—¿Vas a quedarte mirándola toda la noche o vas a hacer algo?

Parpadeo, fingiendo confusión.

—¿De qué demonios hablas?

—De Clara, obviamente. —Bebe con toda la calma del mundo, disfrutando demasiado de esto—. No sé qué pasó exactamente en el baile de la otra noche, pero desde entonces, Nathan y yo hemos notado que la tienes en el punto de mira.

—¿Nathan también? —Frunzo el ceño—. Me alegra saber que tenéis tiempo libre para debatir sobre mi vida.

—No hace falta mucho tiempo para darse cuenta. Con esas miraditas furtivas que lanzas es más que evidente.

Le advierto que no continúe por ahí, pero él sigue con su análisis exhaustivo; como siempre, va un paso por delante.

—No estoy mirando nada. —Bebo otro sorbo largo, exagerando la indiferencia.

—Ajá. —Arquea una ceja, siempre listo para ser condescendiente —. Haz lo que quieras, pero si no vas a moverte, deja de ser tan obvio.

Me quedo callado, aunque sé que tiene razón. Clara me importa más de lo que quiero admitir y eso empieza a ser un problema.



Después de un rato, reúno el «valor» y me acerco. Está en una esquina, observando el salón sin interés. Me acerco con calma, copa en mano.

—No pareces muy fan de las galas.

Gira la cabeza hacia mí, tensa.

—No es precisamente mi plan ideal.

—¿Por qué no? Tienes buena compañía, champán caro y a medio salón observándote. Lo tienes todo.

—Exacto. Encantador.

Si es más irónica va a necesitar hasta ella de un manual para entenderse. Me ha quedado claro que no se siente a gusto.

Intento relajar el ambiente con una sonrisa.

—Quizá te falta algo. Un baile, por ejemplo.

Me mira como si estuviera loco.

—¿En serio?

—Claro. Nada de bailes aburridos. Uno de esos que hacen que todo el mundo se pregunte quiénes somos.

—No lo creo.

—¿No? —Extiendo la mano, ignorando su negativa. Por un segundo creo que duda, pero acaba alejándose sin más.

Me quedo allí, viendo cómo se pierde entre la gente, con una sensación incómoda que ni el vino consigue apagar.

Julian

Nathan: He hablado con Damian.

Julian: Enhorabuena. Seguro que ha sido una conversación apasionante.

Nathan: Ha mencionado algo...

Julian: Ah, ¿sí? ¿Qué perla de sabiduría ha soltado esta vez el siempre brillante Damian? ¿Que tengo un peinado sospechosamente irresistible?

Nathan: No te hagas el idiota, Jules. Dice que llevas semanas mirando a Clara como si estuvieras perdido en un bosque y ella fuera tu única brújula.

Julian: Poético, Nathan. Si no supiera que meditas todas las mañanas, pensaría que te dedicas a ver pelis románticas.

Nathan: Julian, en serio. ¿Qué está pasando?

Julian: Nada. Absolutamente nada. Solo reviso sus diseños y me aseguro de que Adriana no la use como saco de boxeo. Fin del asunto.

Nathan: Pues no parece nada cuando te pones a defenderla delante de medio departamento o cuando no puedes apartarle los ojos en los eventos.

Julian: Vaya, veo que ahora sois detectives. ¿Cuándo abrimos la agencia Blackwood&Hermanos Cotillas?

Nathan: ¿Sabes lo que creo? Que te llama la atención. Y no quieres aceptarlo porque eso te hace sentir vulnerable. Pero, Jules, la vulnerabilidad no es mala. Puede abrir puertas que ni siquiera sabías que estaban ahí.

Julian: Gracias por el consejo, Yoda. Pero no necesito filosofar sobre mis emociones ni abrir ninguna puerta. Estoy estupendamente como estoy.

Nathan: Claro, siempre dices eso. Hasta que no lo estás.

Julian: Déjame adivinar, ¿ahora viene la parte en la que me sueltas que todo sucede por una razón?

Nathan: Exacto. Pero el universo no puede trabajar por ti si no haces tu parte.

Julian: ¿Y cuál sería mi parte, oh, sabio gurú?

Nathan: Deja de huir y aclárate. Si Clara significa algo para ti, no la dejes pasar. Y si no, deja de enviar señales cruzadas.

Julian: Me encanta cómo os habéis montado todo un culebrón con esto. Clara y yo trabajamos juntos, punto. Fin del drama.

Nathan: Como quieras, Jules. Pero si sigues así, acabarás haciendo algo de lo que te arrepientas. Y entonces me tocará soltarte eso de «Te lo dije».

Julian: Espero con ansias ese momento, hermano. Ahora, si me disculpas, tengo una copa de vino que disfrutar mientras me aílo de este ambiente de sofisticación y aburrimiento. Y, ¿sabes qué?, prefiero disfrutarla escondido entre las cortinas y sin reflexionar sobre brújulas ni caminos espirituales.

Nathan: Que la disfrutes, Julian. Pero recuerda: las brújulas no solo señalan el norte. También te llevan donde debes estar.

Julian: Que sí, que sí. De verdad, si sigues así de intenso hasta el universo te va a pedir que te relajes. Buenas noches, Nathan.

Nathan: Buenas noches, Jules.



Arranco el coche y pongo rumbo a casa. Esta gala benéfica ha sido, sin duda, una de las peores de la historia.

La puerta se cierra detrás de mí con un clic metálico, aun así, el eco de la noche sigue persiguiéndome. ¿Qué demonios me pasa? El evento terminó hace horas, sin embargo, la imagen de Clara, evitándome mientras rechazaba mi ayuda, o compañía, para volver a casa, se repite en mi cabeza como un puto disco rayado.

Max, mi perro, me observa desde su rincón junto al sofá, ladeando la cabeza. A veces pienso que entiende todos mis problemas.

—¿Qué miras? No me juzgues, tú estás enamorado de esa pelota vieja y destrozada.

Él responde con un leve gruñido antes de tumbarse. Al menos alguien en esta casa sabe cómo relajarse. Yo, en cambio, necesito

aire. Quizá un paseo con Max despeje este lío mental. Decido no complicarme: un paseo corto por el edificio será suficiente, ya que la noche está debatiéndose entre caer el diluvio universal y congelarnos las pelotas como a los pingüinos.

En el garaje, las luces se encienden automáticamente, iluminando un espacio donde el silencio es ensordecedor. Mi perro se mueve inquieto, con la correa tirante en mi mano.

Max camina a mi lado con energía inagotable, moviendo la cola mientras inspecciona cada rincón. ¡Ni que fuera su primera vez aquí! Intento dejar la mente en blanco, pero esos ojos marrones no dejan de invadir mis pensamientos.

—Esto no sirve de una mierda —gruño—. Venga, chico, nos subimos a casa —le digo. Max mueve la cola, contento.

Apenas he llegado al ascensor cuando las puertas de la entrada se abren y entra Clara. Lleva unos vaqueros y una chaqueta ligera, muy diferente al vestido elegante de hace unas horas. Vuelve de alguna parte, porque lleva una bolsa pequeña, probablemente de alguno de los súper de veinticuatro horas de la zona.

—¿Tú también tienes problemas para dormir? —pregunto, con una sonrisa que debe ser provocativa, y me quedo donde estoy, esperándola para subir juntos.

Clara levanta la mirada, sorprendida al verme, y por un instante creo que se debate entre responderme o ignorarme. Finalmente, suspira.

—He salido a comprar algo.

—¿A estas horas? —Señalo la bolsa, fingiendo interés—. ¿Chocolate? ¿Galletas? ¿O algo más emocionante?

No responde, aunque leve rubor en sus mejillas la delata. Genial. Ahora quiero saber exactamente qué la ha llevado a salir casi a medianoche.

Ambos entramos en el ascensor, y Max, como buen compañero, se sienta entre los dos, marcando territorio. Clara, sin embargo, está más interesada en el suelo que en cualquier cosa que yo pueda decir.

—¿Qué pasa, Clara? —Me inclino ligeramente hacia ella, buscando sus ojos—. ¿Soy tan insoportable que ni siquiera puedes

mirarme?

Eleva los ojos y el impacto de ese gesto me deja sin palabras, aunque intento no demostrarlo. Menos mal que ya no lleva el pintalabios rojo, porque, ¡madre mía!

Me la pone dura del modo que sea.

—No es eso —susurra, me da la impresión de que admitirlo es más complicado de lo que parece.

—Entonces dime qué es. Porque desde que nos conocemos, tienes un muro enorme a tu alrededor. Por lo menos, cuando yo estoy cerca.

«Por favor, ¿qué me pasa? ¡Desde cuando tengo esta intensidad? Parezco Nate, icojones!».

Clara resopla, cruzando los brazos frente a su pecho y no dice nada.

Las puertas del ascensor se cierran y el silencio que sigue es palpable. Max, ajeno a los dramas humanos, bosteza y se tumba en el suelo, pasando un poco de nosotros.

—Clara... —Mi voz suena más suave de lo que esperaba. No suelo buscar momentos serios; con ella, no obstante, todo es distinto—. Sé que tienes tus razones, pero estoy cansado de verte escapar cada vez que estoy cerca.

No responde de inmediato. Sus dedos juegan con la bolsa, como si buscara algo que decir y no encontrara las palabras.

—Julian, no es tan sencillo.

—No, claro que no. Aunque tampoco considero que sea justo.

Me inclino, reduciendo la distancia. Mis dedos rozan los suyos por un segundo y, a pesar de que no llego a tocarla como me gustaría, la electricidad que surge entre nosotros es innegable.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Lo que llevas días evitando. —Bajo el tono, lo suficiente para que sea consciente de a qué me refiero.

No se aparta, tampoco avanza. Está atrapada y lo sé. Mis dedos finalmente tocan su mejilla, subiendo despacio hasta enredarse en un mechón de su cabello.

—Julian... esto no...

—Shh. —No sé si es lo más inteligente que he dicho, pero por alguna razón funciona.

El ascensor llega a nuestra planta y las puertas se cierran de nuevo porque ninguno de los dos hace el movimiento de salir.

Se acabaron las gilipolleces.

Hago lo que de verdad quiero y lo que ella espera. De lo contrario, se habría ido.

La beso.

Empiezo despacio, probando, esperando que responda. Y cuando lo hace, cuando siento cómo sus labios se mueven sobre los míos, mi calma se va al carajo. La agarro de la cintura, tirando de su cuerpo hacia mí.

El ascensor continúa parado... o eso creo. Yo solo tengo en mente una cosa. Y voy a por ella. Mi idea se va al traste cuando Clara me coloca las manos en el pecho y me empuja un poco. Noto que tiene la respiración agitada mientras me mira con los ojos llenos de dudas.

—Esto no puede pasar, Julian.

—Ya ha pasado. —Mi sonrisa quiere romper la tensión, pero ella niega con la cabeza y recoge su bolso del suelo.

—Buenas noches.

Pulsa rápido el botón y sale, dejándome con la cara de idiota más grande de toda mi puta existencia. Salgo al pasillo y la observo hasta que cierra la puerta de su piso. Max me mira como si esperara una explicación, aun así, lo único que puedo hacer es suspirar.

—Parece que no va a ser tan fácil, amigo.

Clara

Cierro la puerta de mi piso soltando un suspiro y dejo la pequeña bolsa sobre la mesa de la entrada. Lo único que quiero es quitarme la ropa, meterme en la ducha y olvidar la noche. No porque haya sido horrible, sino porque ha sido... demasiado. Demasiadas miradas, demasiados comentarios y, sobre todo, demasiado Julian. La forma en la que me escrutaba en la gala todavía me quema. Había algo en sus ojos, algo que no debería importarme, pero lo hace. Y no sé por qué. Deslizo la chaqueta por mis hombros y comienzo a quitarme las zapatillas, disfrutando de la sensación de libertad en mis pies. Justo entonces, el sonido del timbre me sobresalta.

Miro la puerta, aturdida. No espero a nadie a estas horas. Quizá... El corazón me da un vuelco y, sin pensarlo demasiado, abro.

Julian, con el cabello algo desordenado, la camisa con un par de botones abiertos y esa mirada intensa que me deja sin aliento, está de pie en el umbral. No me da tiempo a reaccionar.

—¿Qué...?

Antes de que pueda terminar la frase, cruza el umbral y cierra la puerta tras de sí con rapidez. Me toma por la cintura y se abalanza sobre mí con un beso feroz, cargado de una necesidad que podría consumirme.

—Julian... —debería protestar, pero mi voz se quiebra entre sus labios.

Hay algo diferente en él esta vez. No es el juguetón de siempre. Es más intenso, más decidido. Mis manos, casi por inercia, se enredan en su cabello, y mi cuerpo, traidor, se pega al suyo, respondiendo sin permiso.

—No podía esperar más —murmura contra mi cuello, dejando un rastro ardiente con sus labios.

Soy consciente de que tendría que detenerlo. Debería decirle que esto es una locura. Pero en lugar de eso, mi mente se pierde en la

sensación de su proximidad, en la seguridad con la que me toca, en el ardor que me hace sentir, en....

—Julian, espera... —digo, titubeando.

—¿Esperar qué, Clara? —susurra, deteniéndose justo lo suficiente para mirarme a los ojos—. ¿Que me vuelva loco cada vez que te vea? ¿Que siga fingiendo que no quiero esto?

Sus palabras me toman por sorpresa y me dejan sin excusas. Antes de que pueda responder, vuelve a besarme, esta vez con más suavidad. Sí, ya sé que voy en contra de todo lo que le digo. Que no me aparto, al contrario, me acerco más a él. No puedo alejarme porque una parte de mí también desea esto. Y es una parte bastante fuerte.

El pequeño espacio de la entrada desaparece cuando me alza ligeramente y me lleva hacia el sofá. Mi cabeza es un despropósito de ideas que no conectan entre sí. Quiero decirle que esto está mal, que no deberíamos, pero antes de poder hacerlo sus manos acarician mi piel por dentro de mi camiseta. Lo hace con una delicadeza que me hace olvidar todo lo demás.

—¿Sabes que... —suspiro, confundida por sus caricias— eres... imposible? —logro decir, mandando al traste mi idea de decirle que se alejase.

—Lo sé. —Su sonrisa, tan descarada como tierna, acaba con la poca cordura me quedaba.

Dejo escapar una risa nerviosa. Vuelve a besarme, esta vez con más intensidad. Su lengua me acaricia con un ritmo pausado pero decidido, enviando un escalofrío que me recorre de pies a cabeza. Su cercanía me envuelve; todo huele y sabe a él, como si hubiera invadido todos mis sentidos. Una de sus manos sube lentamente por mi costado, mientras la otra se acomoda en la curva de mi cintura, atrayéndome más hacia él.

Mis dedos, que antes no terminaban de decidirse, ahora lo hacen y se deslizan hasta su cuello, enredándose en su cabello. La suavidad de sus rizos contrasta con la firmeza de su cuerpo. Con cada caricia y cada beso se van borrando un poco más las dudas que intentaban aferrarse en mi mente.

—Julian... —murmuro pegada a su boca.

No estoy segura de qué quiero decir. Es más bien como si su nombre escapase de mis labios en un suspiro, uno cargado de anhelo y rendición.

Me observa por un segundo y su respiración se entrecorta. Tiene los labios hinchados, húmedos por los besos. Sus pupilas denotan deseo. Sin embargo, lo que hace que mi pecho se apriete es el destello de ternura que esconde bajo la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz ronca y cargada de preocupación.

Sus manos no se detienen, aunque ahora sus movimientos son más lentos, casi como si me estuviera dando tiempo para reaccionar.

—Sí... —contesto casi con un jadeo.

El rostro está ardiendo, pero no hago nada por apartarme. Al contrario, mis dedos trazan líneas invisibles en la piel de su nuca, una invitación silenciosa para que continúe.

Su sonrisa se ensancha y con un movimiento ágil, tira de mi camiseta hacia arriba. La prenda se desliza por mis brazos y cae al suelo en un desorden olvidado. El aire frío me roza. El calor de sus manos lo compensa al instante. Va trazando un camino lento por mis costillas, deteniéndose justo antes de llegar al borde de mi sujetador.

—No te imaginas la de veces que... —murmura y sus palabras se pierden contra mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que me hacen arquearme hacia él.

Sus palabras, tan directas y anhelantes, me hacen temblar y no es de frío.

Me gustaría ser capaz de contestarle algo acorde al momento, pero lo único que escapa de mis labios es un gemido bajo cuando su boca encuentra el hueco entre mi clavícula y mi hombro. Su lengua me acaricia con un ritmo lento y tortuoso, mientras sus manos exploran cada centímetro que tienen a su alcance.

—Julian, no... —susurro, pero mi tono carece de convicción. Lo sé.

Intento empujar ligeramente su pecho y lo único que consigo es sentir los músculos tensos bajo mis dedos.

—Dime que de verdad quieres que pare y lo haré. —Su voz es un susurro bajo, pese a que sus palabras resuenan con fuerza.

Me mira de nuevo, sus ojos están oscuros y cargados de emoción.

Todo lo que quería decir se vuelve confuso por el deseo.

—No puedo...

Mis palabras se pierden cuando su mano encuentra mi muslo, sube y deja un rastro de calor a su paso. Mis pensamientos se convierten en un borrón cuando sus labios vuelven a encontrar los míos y esta vez, no queda nada entre nosotros excepto el hambre compartida de lo que está por venir.

Dejo escapar una risa nerviosa y justo cuando estoy a punto de rendirme, la realidad me cae como un jarro de agua fría.

—¡Espera, espera! —Me aparto ligeramente, notando cómo mi rostro arde de vergüenza.

Julian frunce el ceño, claramente confundido.

—¿Qué pasa?

—Yo... —Miro hacia la bolsa que dejé en la mesa y me ruborizo aún más. Apenas puedo creer lo que estoy a punto de decir—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque... —trago saliva y termino soltándolo de golpe—. Porque he salido a comprar tampones.

El silencio que sigue es incómodo.

Por un momento, Julian me mira como si no hubiera entendido bien, hasta que una sonrisa lenta empieza a formarse en sus labios. Y luego suelta una carcajada que llena toda la habitación.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Cruzo los brazos sobre mi pecho, buscando mantener algo de dignidad—. Y no te rías.

—No me estoy riendo de ti. —Se inclina, sonriendo—. Es solo que... tienes un talento único para bajarme la libido de un plumazo.

—¡No lo hago! —protesto, dándole un leve golpe en el brazo. Pero mi sonrisa lo traiciona.

—Claro que no. —Ironía en estado puro. Se encoge de hombros, con una expresión que no ayuda en absoluto.

Me levanto del sofá, a ver si así me recompongo un poco.

—Eh, eh, dame tiempo, estoy procesándolo. Y ella también —me dice, echando un vistazo de reojo a esa enorme prominencia que se le marca en los pantalones.

—Pues procesa rápido, porque esto se acabó.

Se pone de pie también. Se acerca a mí y me agarra por los brazos.

—Clara, escucha. Esto no cambia nada.

—¿Cómo que no?

—Te deseo igual. —Siento el escalofrío que me produce su voz, baja, seria y ronca. Noto el modo en el que mi cuerpo reacciona a esas palabras—. Y esto no va a desaparecer porque tengamos que esperar un par de días.

Sus palabras me hacen tragar saliva con fuerza, no puedo ceder.

—Lo que acaba de pasar... No va a ser fácil. Esto no...

—Nada es fácil contigo. —Su sonrisa regresa, esta vez más cálida—. Y me encanta.

No sé qué responder, así que lo empujo hacia la puerta, intentando ignorar el calor en mis mejillas.

—Vete a casa, Julian.

—Como quieras. —Levanta las manos en un gesto de rendición, aunque la chispa en sus ojos me dice que esto no termina aquí.

—Buenas noches, Clara.

Cuando cierro la puerta tras él, me dejo caer contra ella, dejando escapar un largo suspiro. No sé en qué me estoy metiendo, pero si algo tengo claro es que Julian Blackwood podría ser mi perdición.

Julian

La puerta del piso de Nathan está entreabierta. Clásico de mi hermano: un eterno anfitrión que ni siquiera se molesta en cerrarla del todo, piensa que el resto del mundo es tan de fiar como él. Entro sin llamar. ¿Por qué lo haría?

Lo que no espero es encontrar más compañía. Aquí están Damian y Abi, sentados en la mesa del comedor. Él tiene la atención fija en la pantalla de un portátil, con las gafas ligeramente caídas en la nariz. Ella, en cambio, luce una expresión mitad concentrada, mitad aburrida. Al fondo, Nathan revolotea por la cocina, parece el chef estrella de un programa de televisión, con un delantal y una cuchara de madera.

—Vaya, reunión de alta cúpula y no me han invitado. —Me apoyo en el marco de la puerta con la chaqueta al hombro y una sonrisa ladeada.

Abi es la primera en alzar la vista. Me dedica una sonrisa traviesa. Si es que esta chica siempre me ha caído bien.

—Julian, tú tan oportuno.

—Es una de mis múltiples virtudes. —Camino hasta el sofá, dejo caer la chaqueta y me desplomo sobre el cojín con todo el peso—. Así que, decidme, ¿qué conspiraciones tramáis?

Damian suspira, sin apartar la vista del portátil.

—Estamos ayudando a Nathan con un proyecto. Algo que no es tu especialidad.

—Oh, claro. Porque trabajar gratis en mi tiempo libre es lo que más me apetece hacer en la vida. —Levanto las manos en señal de rendición—. Pero, oye, puedo supervisar. Lo mío es dar órdenes, no ejecutar.

Abi ríe y cierra el portátil despacio.

—Bueno, creo que aquí ya he hecho mi parte. Me voy antes de que empecéis a discutir y me salpique.

Damian frunce el ceño.

—¿Ya te vas?

—Es tarde, y mañana madrugo. —Abi se levanta y recoge el bolso. Se inclina para darle un beso en la mejilla a mi hermano, que la sigue con la vista, evaluando si dejarla ir o largarse con ella. ¡Qué asco dan!

—Nos vemos, Julian. —Me lanza una sonrisa burlona—. Procura no liarla demasiado mientras estás aquí.

—No prometo nada. —Le devuelvo la sonrisa justo antes de que salga.

Damian tarda menos de cinco segundos en levantarse del asiento para seguirla.

—Voy a acompañarla abajo. Ahora vuelvo.

—Claro, adelante. No os preocupéis por mí. Yo me quedo aquí, perfectamente atendido por el chef Nathan.

El aludido me observa de reojo desde la cocina mientras revuelve algo en una cazuela.

—¿Vienes a cenar o solo a molestar?

—Lo segundo. —Me pongo en pie, me acerco a la cocina e inspecciono lo que cocina.

—Aunque si insistes, tampoco voy a rechazar la comida gratis.

Nathan niega con la cabeza, pero no comenta nada.

—¿Qué pasa, Julian? —pregunta colocando un plato humeante sobre la encimera— Qué te ronda por la cabeza?

—¿Por qué asumes que pasa algo?

—Porque estás aquí, y no en cualquier otro lugar donde estarías un viernes por la noche.

—Tú siempre tan observador. —Cojo un tenedor y empiezo a picar del plato—. Tranquilo, no vengo a pedir consejo espiritual.

Se apoya en la encimera frente a mí y se cruza de brazos.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Suspiro y dejo el tenedor a un lado.

—Vale, a lo mejor estoy un poco... disperso.

—¿Clara?

Levanto la vista, haciéndome el sorprendido.

—¡¿Qué...?!

—No soy idiota, Julian. —Sonríe, aun así, está serio—. Y no hace falta ser un genio para ver que algo pasa.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros, adoptando el tono despreocupado que uso como armadura—. Solo... complicaciones laborales, ya sabes.

Nathan arquea una ceja, escéptico.

—¿Complicaciones laborales? Suena a excusa barata.

—Bueno, no todos podemos ser tan correctos.

—No es cuestión de corrección, Julian. Es cuestión de pensar en las consecuencias antes de actuar.

Sus palabras me molestan más de lo que me gustaría admitir. Sin embargo, antes de que pueda responder, Damian regresa.

—¿De qué habláis?

—De lo impulsivo que es Julian. —Nathan le dedica una mirada significativa.

Damian se acerca al sofá y se deja caer con un suspiro.

—¿Esto tiene algo que ver con Clara?

—¿Por qué todo el mundo piensa lo mismo?

—Porque no eres tan sutil como crees, hermano. Y deberías tener cuidado. No quiero que la empresa acabe salpicada por tus... decisiones.

Frunzo el ceño al sentir la irritación que sube por mi pecho.

—¿Decisiones? Perdona, me veo en la obligación de recordarte que no soy el único aquí que se ha liado con alguien del trabajo. —Le devuelvo la mirada con dureza—. ¿O ya no te acuerdas cómo empezó lo tuyo con Abi?

Veo que se tensa, sin embargo, Nathan interviene antes de que la situación escale.

—Basta. Esto no es una competición para ver quién se equivoca más. —Se detiene en seco y me mira, confuso—. Espera... ¿te has liado con Clara?

Me levanto y me cruzo de brazos. Estoy molesto. Mucho.

—¿Y te extraña?

Él, cómo no, siempre metiendo el dedo en la llaga.

—¡Joder, Jules! ¿No puedes tenerla en los pantalones?

—Pero... pero... ¿no erais vosotros los que me animabais a hacerlo?

—No —responde Damian, bufando—. Lo que queríamos era que... pensábamos que...

—¿Sabéis qué? No necesito este sermón. Lo último que quiero es parecerme a vosotros dos.

Damian me lanza una mirada gélida, aun así, no dice nada. Nathan, por su parte, suspira y sacude la cabeza.

—Julian, no se trata de nosotros. Se trata de ti. Piénsalo bien.

No respondo. En lugar de eso, cojo mi chaqueta y me dirijo hacia la puerta, dejando a mis hermanos atrás.

Julian

Han pasado días desde aquel intento frustrado en casa de Clara, y juro que aún puedo sentir el calor de su piel bajo mis manos. El eco de su respiración entrecortada sigue rondando en mi cabeza, justo antes de que su bolsa de la compra —puta realidad— arruinara el momento. No soy de los que se obsesionan fácilmente, pero ella tiene algo. Algo que me hace considerar romper las pocas reglas que tenía impuestas.

Sin embargo, no lo me está poniendo fácil para acortar distancias. Desde esa noche, parece haber perfeccionado su casi mágica habilidad para desaparecer. La veo por los pasillos de la empresa, siempre desde lejos, y cuando quiero acercarme, de repente, de la nada, surge una tarea, una llamada, un correo urgente o cualquier excusa para escabullirse. Y, para colmo, cuanto más se aleja, más me atrae la idea de ir tras ella.



Hoy, mi plan es simple: que coincidamos en la cafetería. Sé que suele pasar por allí después de sus reuniones con Adriana o entre sesiones de fotos. Así que me he adelantado y he tomado asiento cerca de la puerta, en la barra, de manera que no se me escape su entrada. Finjo que presto atención a mi teléfono mientras llega.

Cuando lo hace, lleva una carpeta en una mano. Parece distraída, inmersa en sus pensamientos. Aprovecho el momento.

—¿El café de siempre? —pregunto, con una sonrisa ladeada.

Alza la vista, sorprendida, aunque recupera la compostura en cuestión de segundos.

—Sí, gracias. —Me doy cuenta de que, pese a su evidente esfuerzo por mantenerse neutral, el leve rubor en sus mejillas aparece cuando me mira de frente.

—¿Lo tomamos juntos?

—Julian, estoy trabajando.

—Mi intención es invitarte a cenar, pero ya que me lo estás poniendo tan difícil, me conformo con un café.

Me lanza una mirada que podría congelar el infierno, aun así, lo único que consigue es hacerme sonreír más.

—No estoy huyendo —replica, indignada.

—Ah, ¿no? Pues lo parece. Al final va a tener razón mi madre y no soy muy bueno captando señales.

No dice nada. Curva los labios sin poder evitarlo, toma el café y me deja con las ganas de seguir conversando con ella, pues sale deprisa, dejándome más confuso de lo que estaba.

Como no soy de los que se rinden con facilidad, decido buscarla en el set donde sé que está trabajando con Adriana. Al llegar, me encuentro con la modelo en plena sesión, posando con una intensidad casi teatral. Entre el ajetreo, distingo a Clara al fondo, concentrada en su tablet. Me acerco con paso firme.

—No sabía que también tenías habilidades como directora de arte.

Levanta la mirada y suspira con evidente exasperación.

—Julian, ¿qué haces aquí?

—Interesándome por el trabajo de nuestra estrella.

—Adriana es la estrella. Yo solo procuro hacer bien mi trabajo para que lo demás funcione.

—Y lo haces de maravilla. Pero ¿sabes? Quizá deberías tomarte un descanso.

—¿Un descanso? —repite, arqueando una ceja.

—Sí, conmigo. Esta noche.

Niega con la cabeza, sin poder evitar que se le escape una pequeña sonrisa.

—No, gracias.

—¿No gracias? Vamos, Clara, ¿qué es lo peor que podría pasar?

—Que acabe arrepintiéndome —responde, dándose la vuelta antes de que pueda replicar.

La sigo con la mirada mientras se aleja, con esa mezcla de frustración y diversión que parece haberse convertido en mi nueva

normalidad desde que ella ha entrado en mi vida.

El día da un giro inesperado cuando el destino (como diría Nathan), que a veces tiene un sentido del humor peculiar, decide que nos veamos de nuevo en el ascensor.

—Clarisse, qué casualidad.

—Sí, qué casualidad... —murmura a la vez que pulsa el botón de nuestra planta.

—¿Sabes? Podríamos ahorrarnos todo este juego del gato y el ratón si simplemente aceptaras a cenar conmigo.

—Julian, no estoy jugando.

—Yo tampoco.

La oigo bufar mientras que agacha la vista.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Conmigo? —replico, sin dejar de sonreír.

—Eres... desesperante.

—Y tú demasiado cabezota.

Nos quedamos en silencio, uno muy tenso. Quiero pulsar el botón de STOP. Quedarme aquí con ella, hacerla entrar en razón y, de paso, cumplir una de mis fantasías nocturnas, empotrándola contra la pared y hacer que se corra mientras nos miramos a los ojos a través del espejo que rodea el ascensor. Sin embargo, no digo ni hago nada. Las puertas se abren antes de que pueda hacerlo y Clara sale como alma que lleva el diablo.

Clara

Hay días en los que siento que he reconstruido mi vida, días en los que el pasado parece un recuerdo borroso. Aunque hoy no es uno de ellos.

El teléfono vibra sobre la mesa, otra vez, un zumbido molesto que me altera los nervios. Cuando lo miro, mi corazón vuelve a dar un vuelco. Víctor de la Vega. El nombre ilumina la pantalla y, por un instante, vuelvo a repetirme que se ha equivocado, al igual que las dos veces anteriores.

Podría no contestar. De hecho, es lo que hice antes, aun así, la curiosidad por su insistencia me puede y mis dedos actúan por cuenta propia.

—¿Sí? —Creo que parezco más segura hablando de lo que en realidad me siento.

Camino hacia la sala de reuniones, así nadie podrá escuchar lo que digo.

—Clara.

Esa voz... No importa cuánto tiempo haya pasado, todavía tiene el poder de hacerme sentir pequeña, como si volviera a estar atrapada en aquella oficina, rodeada de silencios incómodos y miradas que duraban demasiado.

¿Por qué mierda he contestado? Debería de bloquearlo de inmediato. No sé en qué universo paralelo pensaba que, tal vez, quería disculparse o algo parecido.

Me arrepiento de inmediato.

No, Víctor jamás se disculparía y, mucho menos, conmigo.

«¡Idiota!», me reprendo.

—No tengo nada que decirte —suelto, lo que de verdad pienso después de demasiado tiempo callándome y sin darle opción a hablar.

—Pero yo sí. Escúchame, por favor.

Sus modales, casi suplicante, me sorprenden. Víctor nunca fue de los que suplican. Su arma era la manipulación, el retorcer las palabras hasta hacerme dudar de mí misma.

—Te he estado siguiendo la pista, ¿sabes? Nueva York, una empresa importante... Sabía que tenías potencial. Guau, y con mi Adriana. Eso sí que me ha sorprendido. Hay que tener mucho valor para trabajar con la hija de...

—¿Qué quieres? —lo corto. No tengo tiempo ni paciencia para sus juegos.

—Quiero disculparme. Sé que las cosas... se nos escaparon de las manos.

El nudo que se forma en la garganta no me deja responderle. Escaparse de las manos no es cómo yo describiría las insinuaciones, los comentarios inapropiados, el sentirse atrapada cada vez que cerraba la puerta de su despacho. Y no, no se nos escapó nada. Al menos, no a mí.

—Lo que pasó fue inaceptable. No sé qué esperas conseguir llamándome; no voy a permitir que sigas metiéndote en mi vida.

—Clara, por favor, solo quiero que hablemos. He cambiado. Las cosas serían diferentes si volvieras.

Mi risa es amarga, podría decirse que casi histérica.

—¿Diferente? ¿Tienes idea del daño que me hiciste? ¿De lo que me costó empezar de nuevo? No quiero volver a estar en la misma habitación que tú nunca más. De hecho, si por mí fuera, tampoco estaría en la misma que tu hija.

Hay un silencio al otro lado de la línea. Aun así, su mutismo no me engaña. Sé de lo que es capaz Víctor, y no, no voy a ceder ni un ápice.

—No quería que te sintieras incómoda. Pensé que teníamos algo especial.

La sangre me hierve. ¿Algo especial?

—Nunca hubo nada. Ni lo habrá. Todo fue invención de tu mente enferma. No quiero saber nada de ti. Y si vuelves a llamarme, tendrás noticias de mi abogado.

Cuelgo de golpe. La sensación de victoria dura poco. Mis manos están temblando. El teléfono cae sobre el escritorio y yo lo hago en

la silla, intentando recuperar el aliento.

El pasado nunca se queda donde pertenece. Siempre encuentra la manera de alcanzarte, de recordarte quién fuiste y cuánto te costó escapar.

—¿Clara?

La voz de Julian me sobresalta. Levanto la vista y lo veo en la puerta, con el rostro preocupado y la palabra curiosidad escrita en la frente, dudando si acercarse o no.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, lo más normal que sé mientras me limpio las lágrimas lo más rápido que puedo.

—Podría preguntarte lo mismo. —Da un paso hacia mí, y luego otro, hasta que está lo bastante cerca como para que su presencia me abrume, como siempre me sucede.

—No es asunto tuyo.

—¿Por qué eres tan terca?

Detecto un deje de frustración en él.

—Julian, por favor, vete.

No es el mejor momento para mantener un tira y afloja de los que le gustan.

—No voy a irme.

Esa respuesta me desconcierta. Lo tenía por el tipo de persona que evita las complicaciones. ¿Por qué insiste ahora?

—No necesito tu compasión.

—¿Compasión? —Se ríe, sin embargo, suena amarga. Hasta yo, con el estado de ánimo por los suelos y sin ganas de nada, me doy cuenta de la incredulidad que destilan esas dos palabras—. Clara, no tengo ni idea de lo que te pasa, pero te aseguro que la compasión es lo último que me mueve.

«Por favor, que se calle. No puedo escuchar eso, no ahora», rezo en mi interior.

Este hombre tiene la capacidad de desconcertarme cuando está cerca y lo está... demasiado. Y Yo... yo necesito pensar con claridad. Aun así, no lo echo. Antes de que pueda decir algo al respecto, termina de acercarse, colocándose frente a mí y me ofrece un pañuelo.

—Toma. Así evitamos que la oficina piense que Julian Blackwood te ha roto el corazón.

Pese a todo, una pequeña sonrisa se asoma en mis labios. Es frustrante cómo consigue sacarme una reacción positiva incluso en momentos como este.

—Gracias —murmuro, aceptando el ofrecimiento.

No dice nada más. Simplemente se queda allí, esperando. Por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien está dispuesto a quedarse junto a mí, a apoyarme, pese a que no sepa cómo hacerlo. El problema está en que no sé si yo estoy lista para dejarme ayudar.

—Estoy bien. De verdad.

—Claro que lo estás. Por eso estabas llorando sola en la oficina.

—Julian...

—Vale, vale. No insisto. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. —Hace una pausa y me mira directamente a los ojos—. Y si ese algo es pegarle a alguien, solo dime dónde y cuándo. Tengo cinco hermanos bastante camorristas.

No puedo evitar reírme entre lágrimas.

—Gracias, no creo que sea necesario.

Asiente, satisfecho. Luego se da la vuelta y se dirige hacia la salida, pero antes de salir, se gira.

—Clara, no importa cuánto te esfuerces por evitarlo: algunos somos demasiado tercos como para dejarte sola.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, me dejo caer en mi silla, agotada. No sé qué pensar de Julian ni de lo que acaba de pasar. Sin embargo, al menos siento que puedo respirar.

Julian

Hace diez años.

La música retumba con fuerza en las paredes, envolviéndome mientras me abro paso entre la multitud. Mi chica suele decirme que no sabe cómo me manejo en estos eventos, que soy un imán para las miradas. Claro que a ella eso no le molesta en absoluto. Le encanta ser la chica de un Blackwood y todo lo que conlleva.

Con una copa de whisky en la mano, sonrío a mis amigos y lanzo un comentario que los hace reír. No obstante, mi mente no está aquí. Llevo un buen rato buscándola y el hecho de que no la haya visto en casi hora y media empieza a molestarme.

—¿Has visto a Sophie? —pregunto a Nathan, que está recostado en la barra con cara de «no sé qué carajo hago aquí». Cada vez que viene a una de estas fiestas le sucede lo mismo, aun así, me acompaña. Empiezo a creer que papá le paga para que me vigile o algo parecido.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Subió hace un rato —dice encogiéndose de hombros—. Iba sola. Supongo que iría al baño...

No lo dejo terminar. No es raro que se vaya de un lado a otro en fiestas o reuniones, pero lleva más tiempo de lo normal desaparecida.

Subo las escaleras con paso decidido, procurando no hacer caso del pequeño murmullo que empieza a sonar en mi cabeza. Esto es nuevo para mí. Nunca me he planteado opciones tan descabelladas. ¡Es Sophie! ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué pienso de este modo? Probablemente, estará en una de las habitaciones con sus amigas, como ha dicho mi hermano. Líos de chicos, seguro. Las mujeres y sus complicaciones. Creo que nunca las entenderé.

La primera puerta está cerrada. Llamo, no hay respuesta. La segunda también, aunque escucho risas desde dentro. No es la de

mi chica. Continúo.

Cuando abro la siguiente puerta, el aire se me congela en los pulmones.

Sophie está ahí, pero no sola, no con una amiga. La imagen es tan clara, tan impactante, que se graba en mi cerebro al instante. Ella, mi novia, la chica en la que confiaba, está enredada con otro tipo en una especie de sofá a los pies de la cama. Sus risas se detienen de golpe cuando me ven y la culpa en sus ojos lo dice todo. Deslizo la mirada para ponerle cara a ese desgraciado y... Es Daniel.

Mi primer impulso es entrar, gritar, pedir una explicación. ¡Partirle la cara! Aun así, no lo hago. En lugar de eso, me doy media vuelta y me voy en silencio.

—¡Julian! —exclama Sophie.

Mis músculos se tensan al oírla, pero sigo avanzando.

—¡Julian, espera! —escucho su voz detrás de mí.

No me detengo.

Agudizo el oído. No, no escucho los pasos de Daniel. Ese detalle me enerva aún más. Cobarde.

Bajo las escaleras corriendo, atropellando a todo el que se me ponga por delante. Cuando salgo al jardín, el aire frío me da de lleno, pero no basta para calmar el volcán que tengo dentro. Sigo sintiendo que me asfixio. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Las piernas no me sostienen y me dejo caer sobre el césped, con las manos enterradas en el cabello, respirando entrecortadamente.

—¿Qué coño ha pasado? —La voz de Nathan me sobresalta. No me había dado cuenta de que me estaba siguiendo.

—Nada. —Mi respuesta es seca, aunque sé que no es de los que se rinden con facilidad.

—No mientas.

Levanto la vista y me doy de lleno con su expresión seria y preocupada. Tiene esa maldita calma que pretende contagiar, pero no, esta vez no quiero que me calme. Quiero... ni siquiera sé lo que quiero.

—Déjalo, Nate. No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. —Se acerca, mirándome a los ojos. Es molesto lo bien que sabe cuándo empujar y cuándo retroceder.

—He dicho que lo dejes. —Me pongo de pie, con la intención de imponerme físicamente, pese a que él me saca dos cabezas.

—¿Ha sido Sophie? ¿Con Daniel? —pregunta, y la mención de sus nombres me enciende aún más.

—¡Sí! ¿Contento? ¡Sí, los encontré juntos! —Las palabras salen de mi boca como un rugido. Mi hermano retrocede un paso, aunque no aparta la mirada—. He sido un gilipollas. ¡Cornudo y gilipollas! Confiaba en ellos. Y...

Grito. Mucho. Mi hermano solo me observa en silencio. Me deja soltarlo todo. No interviene.

—Julian... —Se acerca a mí cuando dejo de darle patatas al césped—. No puedes hacer nada. No es tu culpa ni tu responsabilidad.

—¿Crees que no lo sé? —escupo, sintiendo que las lágrimas amenazan con salir, aun así, las detengo. No les voy a dar esa satisfacción, ni a Sophie ni a Daniel, aunque no estén aquí para verlo—. Me jode no haberte hecho caso, me lo advertiste varias veces. Soy idiota.

Nathan suspira y saca su móvil.

—¿Qué haces?

—Voy a llamar a Damian. Con el partido va a ser difícil conseguir un taxi.

—No lo necesito. Estoy bien.

—No, no lo estás, y no voy a quedarme de brazos cruzados. Nos vamos a casa.

Mientras marca el número, noto movimiento en la puerta trasera de la casa. Están ahí, los dos, observándome. Sophie parece a punto de llorar, mientras que Daniel... Daniel ni siquiera tiene el valor de mirarme a los ojos.

—Julian, por favor... —Ella da un paso hacia mí, pero levanto una mano, deteniéndola en seco.

—No digas nada. No quiero escucharte.

—Solo quiero explicarte... —insiste. La mirada que le lanzo debe ser lo suficientemente fría porque se detiene.

—No hay nada que explicar. He visto suficiente.

Daniel levanta la vista, pero no dice nada. ¡Cobarde de mierda! ¡Traidor! Nunca pensé que la amistad que compartíamos terminaría así.

Nathan regresa a mi lado, aún con el móvil en la mano.

—Damian está de camino. Le dije que se diera prisa.

—No hacía falta.

—Sí, sí hacía falta. —Nathan coloca una mano en mi hombro.

Sophie abre la boca para decir algo más, aunque no lo hace, porque Daniel la toma del brazo y la lleva de regreso a la casa. Los observo desaparecer entre la multitud, sintiendo un extraño alivio de no tenerlos cerca.

Ninguno de los dos dice nada más. Nos quedamos en el jardín, con el aire frío rodeándonos, mientras esperamos a que Damian llegue.

Julian

Julian: Vale, ¿por qué de repente tengo 43 notificaciones de este chat?

Damian: Porque es hora de que hables. Nathan y yo estamos preocupados.

Julian: ¿Por qué? Estoy perfecto.

Nathan: Perfecto no es la palabra que usaría para describirte últimamente. Estás... diferente.

Julian: ¿Diferente? De Verdad, no sé qué mierda os estáis imaginando. Y si esto va por lo de Clara del otro día, déjame decirte que estáis muy equivocados y viendo cosas donde no las hay.

Ethan: Vaya, vaya. Ya sale a colación la famosa Clara.

Julian: ¿Y por qué carajo tú también estás aquí?

Damian: Porque necesitamos una opinión imparcial. Ethan no está metido en este asunto y tiene un gran talento para leer entre líneas.

Ethan: Detecto demasiado sarcasmo ahí.

Damian: ¿Ves? Sabes leer entre líneas.

Ethan: Voy a hacer como que no he leído eso. Julian, sabes que soy el único de los que está aquí que no da sermones aburridos.

Julian: Esto es ridículo. Os habéis inventado una telenovela donde no hay nada.

Nathan: ¿Nada? Por supuesto, por eso cada vez que mencionamos a Clara, te pones a la defensiva.

Julian: No estoy a la defensiva

Damian: Y por eso ayer, cuando te pregunté por el error en la campaña, alabaste como un imbécil su trabajo.

Julian: Porque lo estaba resolviendo. No pierde tiempo en rodeos ni se detiene con tonterías. Es eficiente, precisa. Pero con vosotros todo eso da igual. Veis lo que os da la gana.

Ethan: ¿Y también es eficiente en ponerte nervioso cada vez que está cerca?

Julian: ¿Por qué no vuelves a Grindelwald, Ethan? Deja que los adultos trabajen y vete a jugar a papás y mamás con la vecinita.

Ethan: Veo que te has quedado sin excusas. Eso confirma mi teoría.

Julian: ¿Qué teoría?

Ethan: Que estás pillado por ella.

Nathan: Es evidente, Julian. No hace falta ser un genio para verlo

Julian: ¿Por qué os importa tanto? ¿No podéis preocuparos de vuestras propias vidas? Damian, ¿no tienes que preparar alguna reunión importante? Nathan, ¿no tienes que meditar o alguna de esas movidas místicas que tanto te gustan?

Damian: Esto es importante. Ya sabes, después de lo de Sophie...

Julian: ¿Qué cojones tiene que ver Sophie ahora?

Nathan: No cerraste bien ese capítulo y te dejó marcado.

Julian: ¡Vaya puta sesión de psicología barata! Lo cerré del modo correcto. Ella me engañó. Punto. No voy a cometer el error de confiar en alguien así otra vez, así que no os pongáis pesados.

Ethan: Y si no vas a confiar en nadie de ese modo, ¿por qué insistes tanto con Clara? Un polvo lo tienes cuándo y con quién quieras.

Julian: Tengo que sacar a Max.

Damian: Julian, si te escaqueas, te juro que esta noche duermo en tu casa.

Julian: No está interesada. ¿Contentos?

Nathan: ¿Y tú?

Julian: No lo sé, ¿satisfecho?

Ethan: Pues tendrás que aclararte. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Julian: Nada. No voy a hacer nada. Porque es una tontería vuestra y Max se va a mear en la moqueta y vais a venir vosotros con vuestras teorías de mierda a limpiarlo.

Damian: Tú mismo. Si sigues así, tarde o temprano te explotará en la cara.

Nathan: O en la oficina, que es peor.

Ethan: Yo digo que no consigues que acepte cenar contigo antes del viernes.

Julian: ¿Quieres apostar?

Ethan: ¿Botella de whisky suizo?

Julian: Hecho.

Damian: ¿Y si pierdes tú?

Ethan: Eso, ¿qué pasa si pierdo?

Damian: Te quedas en Nueva York para arreglar el desastre.

Ethan: Qué considerados sois.

El teléfono brilla en la penumbra del salón. El chat ilumina la pantalla, un recordatorio constante de las palabras que no puedo dejar de releer, de la presión que siento. Maldita sea, Nathan y Damian no saben callarse. Y Ethan, siempre tan *sabio* el mocoso, eso sí, cuando no le toca a él lidiar con las cosas. Todos opinan, sueltan bromas, pero el blanco soy yo.

Siente algo por Clara.

Cierro el chat y dejo el móvil sobre la mesa. Me paso las manos por el pelo, tratando de sacarme a Clara de la cabeza. Es inútil. La imagen de sus ojos, su forma de apartarse cuando intento acercarme, la manera en que su boca tiembla al responderme... No puedo con esto.

¿Por qué narices me afecta tanto?

Me levanto del sofá, con el corazón latiéndome en la garganta. Camino hasta la puerta, decidido. No sé qué voy a decirle, pero necesito... algo.

Me detengo.

¿Qué cojones estoy haciendo? No es buena idea. No a estas horas, no después de todo lo que ha pasado.

Doy media vuelta y vuelvo a sentarme. Paso las manos por el rostro, como si eso pudiera borrar esta frustración. Resoplo. Miro la puerta otra vez. No me puedo quedar quieto. Me levanto de nuevo.

El pasillo está en penumbra y la distancia entre mi puerta y la suya parece interminable. Me quedo quieto frente a mi entrada, con la mano en el pomo. Vuelve la maldita duda. ¿Y si la cago? ¿Y si es solo un capricho y me estoy haciendo un lío mental por nada?

Cruzo el pasillo antes de pensármelo más. Estoy delante de su puerta, con el pulso acelerado como un chaval a punto de cometer una locura. Antes de que mi mente encuentre más excusas para echarme atrás, llamo.

La puerta se abre, y ahí está ella. Su mirada se alza hacia la mía, desconcertada. Ni una palabra. Ni una maldita explicación. Me acerco sin pensarlo, acortando la distancia entre nosotros.

Mi boca encuentra la suya y, durante unos segundos, todo desaparece. Su aliento, cálido y lleno de sorpresa, se mezcla con el mío. Es como si el tiempo se detuviera, cada célula de mi cuerpo enfocada en la textura suave de sus labios, en la forma en que su cuerpo tiembla, apenas perceptiblemente, contra el mío. No existe nada más allá de este contacto. No hay dudas, no hay pasado, no hay reproches. Solo el sabor de Clara, su calor, el leve jadeo de sorpresa que me invita a continuar.

Cuando me separo, la miro. No hablo. No hace falta. Me doy media vuelta y regreso a mi apartamento.

De nuevo en mi salón, cojo el móvil. El chat sigue ahí, esperándome. Escribo rápido, antes de arrepentirme.

Julian: Creo que ya tengo mi respuesta.

Clara

La puerta de mi apartamento se cierra tras Julian, pero la sensación de su beso aún flota en el aire. Me quedo paralizada unos segundos, sin saber si reír, gritar o fingir que no ha ocurrido. Al final, suelto el aire contenido y me dejo caer en el sofá. ¿Qué se supone que debo pensar de esto?

Él no ha dicho ni una sola palabra. Ni siquiera un «hola» o un «¿cómo estás?». Solo ha aparecido, me ha besado y ha desaparecido como si todo estuviera clarísimo entre nosotros. Para él, tal vez lo esté. Para mí, es justo lo contrario.

Intento concentrarme en cualquier otra cosa, pero mi mente regresa una y otra vez a ese momento: sus ojos, su cercanía, la intensidad del beso. Me dejo caer hacia atrás y hundo la cabeza en los cojines. No puedo permitirme pensar en él, no, al menos, de esa forma.



El día empieza caótico, con Adriana dando órdenes cual diva todopoderosa reina del modelaje. Cada día la soporto menos. Aun así, este trabajo es una buena oportunidad. Con suerte, cuando acabe la campaña, podré pedir un cambio en la empresa y que me asignen a otra modelo.

Alrededor del mediodía decido salir a despejarme un poco, porque juro que esta mujercita insoportable va a acabar con mi paciencia y, de verdad, si de algo puedo sentirme orgullosa es de la que tengo. Es difícil sacarme de mis casillas, sin embargo, tan solo escuchar su timbre de voz me enerva. Mientras camino hacia la máquina de café en una de las áreas comunes, termino de rematar el día. Me equivocaba: si hay alguien capaz de alterarme los sentidos sin tan siquiera hablar, ese ese Julian.

—Clarisse —me saluda, con mueca simpática que me pone de los nervios y, al mismo tiempo, me hace querer sonreír.

—Julian —respondo y trato de mantener la compostura.

—¿Te apetece un café? —pregunta a la vez que señala la máquina delante de mí.

—Ya tengo uno. —Le enseño el vaso que sujeto.

Él se ríe, con un sonido suave y despreocupado que parece formar parte de él.

—Siempre tan encantadora.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir algo más y regreso al set.



Ya es de noche. Por fin en casa.

Me descalzo nada más entrar, me doy una ducha y me preparo un sándwich rápido. Estoy agotada, por lo que me voy a la cama de inmediato. Mientras se supone que leo un rato antes de dormir, su imagen invade mis pensamientos. No puedo dejar de recrear sus palabras, sus gestos, su sonrisa... ¿Qué demonios me ocurre?

Opto por cerrar el libro de golpe y apago la luz. Mañana será otro día y haré todo lo posible por centrarme solo en lo que vine a hacer aquí: trabajar y reconstruir mi vida. No hay espacio para distracciones. No, no hay espacio para Julian Blackwood.

Julian

Hace diez años.

Estoy en el campus, sentado en uno de esos malditos asientos de madera que parecen bancos de tortura. Mi teléfono vibra otra vez, paso de mirarlo. Sé quién es, sé qué quiere, y la verdad es que no me quedan fuerzas para lidiar con nadie.

Levanto la vista hacia el lago artificial que hay frente a la biblioteca. El sol brilla sobre el agua con una calma que yo no sé cuándo podré recuperar. Solo siento un nudo en el pecho que no hace más que apretarse. Un grupo de compañeros pasa cerca, ríen y están hablando de la próxima fiesta de la fraternidad, de los exámenes... de cosas irrelevantes. Algunos me miran de reojo, otros con respeto y otros con interés. La mayoría me envidia, y no tienen ni puta idea de mi vida. Para ellos, lo tengo todo: el apellido, el dinero, la chica. Si supieran...

El teléfono vibra de nuevo. Es Nathan. Siempre es Nathan. Al final lo cojo con una mueca, porque sé que no va a dejar de insistir.

—¿Qué? —mi voz suena seca, sin ganas de nada.

—Julian, ¿dónde estás? —pregunta, con una paciencia que no merezco ni de lejos.

—En el campus. —No le doy más detalles. No los necesita.

Diez minutos después, aparece delante de mí con una bolsa de papel marrón que huele a café y *croissants*.

—Toma. —Me la tiende y yo niego con la cabeza, cruzándome de brazos igual que un crío.

Suspira, se sienta a mi lado y la abre él. Saca un *croissant*, lo parte por la mitad y me tiende un trozo. Esta vez lo acepto. Sería demasiado borde incluso para mí.

—Gracias —murmuro, a la vez que le doy un mordisco sin ganas.

El silencio se alarga, aun así, no es incómodo. Nathan tiene esa habilidad de hacer que hasta el vacío sea soportable.

—Tu madre llamó esta mañana. Preguntó por ti. Quiere saber si vas a ir a su casa este fin de semana.

Me río, aunque sin ganas. Es más un ruido sarcástico que otra cosa.

—No creo que sea buena idea. No me apetecen cenas familiares. Nathan me observa.

—No puedes esconderte para siempre, Julian.

—¿Quién dice que lo hago? —replico a la defensiva.

—Lo que te hizo Sophie es una mierda y no te lo merecías. Pero no puedes dejar que eso te defina.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Actuar como si no hubiera pasado? —La frustración me hierva dentro.

Nathan asiente despacio. Da la impresión de que sabía lo que iba a contestarle.

—No. Se trata de aceptarlo y aprender a vivir con ello. De no dejar que te controle. Lo sé, suena más fácil de lo que es.

—Porque lo es para ti. —Las palabras me salen cargadas de amargura.

Para todos es fácil. Damian es el serio, el responsable, al que nada le afecta, ya que nada escapa a su estudiado control; Nathan es el fuerte, el que siempre tiene las respuestas, pues, según él, si no es su responsabilidad lo que ha ocurrido y no puede cambiarlo, no tiene sentido perder el tiempo. Sin embargo, yo soy el desastre con patas, el que no puede mantener nada sin que acabe en ruinas.

—No creas que no sé lo que es sentir que todo se desmorona —me dice en voz baja, y sé que tiene razón—. Pero tienes que decidir: ¿vas a dejar que esto te hunda o vas a usarlo para aprender y construir algo mejor?

Miro el trozo de croissant que tengo en la mano, sin saber qué responder. Sus palabras me irritan porque son verdad y no estoy listo para aceptarlas.

—Julian, mírame. —Alzo la vista a regañadientes, encontrándome con sus ojos firmes y comprensivos.

—Eres un Blackwood. Tenemos muchas cosas en contra, pero también una ventaja: somos muchos y no estamos solos.

Julian

Julian: ¿Estás despierto?

Nathan: Siempre para ti. ¿Qué pasa?

Julian: Creo que Clara me odia. O algo peor.

Nathan: ¿Qué sería peor?

Julian: Que le sea indiferente.

Nathan: ¿Y qué has hecho tú para merecerte eso?

Julian: Nada. Bueno, creo que nada. Pero desde hace días me esquivo. No me mira, no me habla más de lo estrictamente necesario. Está fría, distante. No sé qué le pasa.

Nathan: ¿Estás seguro de que no tiene nada que ver con ese beso que le plantaste y luego te largaste como si no hubiera pasado nada?

Julian: No creo que sea eso.

Julian: De acuerdo, puede que sí. Pero fue solo un beso. ¿Acaso es motivo suficiente para que me trate como si fuera un desconocido?

Nathan: Julian, para ti fue solo un beso, ¿pero te has planteado en algún momento qué ha sido para ella?

Julian: ¡¿Qué?! ¿Qué cojones dices? Pues qué va a ser: un beso. Está claro, creo yo.

Julian: ¿O no?

Nathan: No soy un experto en mujeres. No es que las entienda mejor que otro. Sin embargo, me da en la nariz que ir a besar a una chica y después irte por donde has venido sin una sola explicación... es motivo para estar molesta.

Julian: No lo sé. Yo no le veo el problema. No me importaría que llamase a la puerta y me zampase un beso en los morros.

Nathan: Te olvidas de algo.

Julian: ¿De qué?

Nathan: No eres una mujer.

Julian: Vale, esa parte la capto. Aun así, no sé qué hacer con ella. No quiero que se aleje, pero tampoco quiero presionarla.

Nathan: Pues deja de pensar tanto. Te obsesionas, le das mil vueltas y, mientras tanto, sigues en el mismo sitio. Habla con ella.

Julian: A veces eres insoportable con tus lecciones zen. Pero gracias.

Nathan: Para eso estamos, hermano.

Julian

Paso la mañana haciendo lo que mejor se me da: hablar con todo el mundo, sonreír, fingir que nada me afecta. Funciona. Al menos, hasta que la veo.

Está en la sala de reuniones con Adriana. Me enfado al darme cuenta de cómo me atrae. Me cabrea y me excita por igual.

Me quedo en el pasillo, como un pasmarote, mirando a través del cristal.

—Déjate llevar, ¿eh? —murmuro para mí mismo.

«Claro, Nathan. Seguro que es tan fácil», añadido en mi cabeza

Sin pensármelo más, empujo la puerta y entro. Adriana ni siquiera se molesta en esconder su fastidio. Ella y yo llevamos una tregua incómoda desde casi su llegada, pero hoy no me interesa si la diva de la moda está contenta o no. Me la suda.

—¿Clara, puedes venir un momento? —le pido, directo. Mi determinación no admite muchas opciones.

Ella duda; finalmente, asiente y me sigue fuera.

Estamos solos en el pasillo. Miro a todas partes antes de apoyarme en la pared.

—¿Qué pasa, Julian? —pregunta, cruzando los brazos en vistas de que parezco lelo y no digo ni una palabra.

—Quería verte. —Sonrío, porque eso es lo único que me sale.

¡Vaya gilipollez!

Clara entrecierra los ojos, creo que no entiende bien lo que quiero decirle. Normal, yo tampoco me entiendo.

Me rasco la nuca, buscando algo más que añadir... Nada. Lo que me muero soltarle no encaja en palabras. No conmigo, al menos.

El lugar se queda en calma tras nuestro cruce fugaz.

—Pues ya me has visto.

Se da la vuelta y vuelve a entrar en la sala de reuniones, y me deja aquí plantado con cara de idiota.



De vuelta en mi despacho, la situación no mejora. Cojo un informe, lo ojeo, pero no me entero de una mierda. Mi cabeza está en otra parte.

Tiro los papeles sobre el escritorio y abro el móvil. Ni siquiera sé qué quiero hacer. ¿Escribirle? ¿A ella? No. Descartado. ¿A Nathan, quizá? De un tiempo a esta parte se ha convertido en el oráculo de mi caos emocional, como él lo llama. No me hace gracia pedir consejo, sin embargo, él tiene una forma de ver las cosas que me da perspectiva, a pesar de que a veces me saque de quicio.

Después de un rato, decido subir a su despacho. Es mejor hablar cara a cara; me ayudará a aclarar este lío. Dos pisos después, estoy llamando a su puerta.

—Adelante.

Entro. Nathan está tecleando algo en el portátil. En cuanto me ve, se recuesta en su cómodo sillón y me observa con su típica expresión tranquila.

—Vaya, vaya, ¿a qué debo el honor? —dice, alzando las cejas.

—Necesito un consejo, pero no te flipes —respondo, cerrando la puerta tras de mí y dejándome caer en la silla.

Mi hermano suelta una risa suave.

—No me lo digas.

—¿Sabes que te odio? —pregunto, frustrado.

—Pareces un crío enamorado.

Lo fulmino con la mirada.

—Primero, no soy un crío. Y segundo, no estoy enamorado.

No dice nada, aunque lo deja claro con su expresión.

—Mira, es simple —continúo—. Hoy me la he cruzado en el pasillo, le he dicho que quería verla y me ha contestado como si le importara un carajo. Está distante, siento que todo lo que ha pasado no significa nada.

—¿Y qué esperabas? —pregunta, sin perder su calma—. ¿Que se abalanzara sobre ti en agradecimiento por tu interés?

—No, pero... no sé, algo más.

Nathan apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos.

—Julian, ¿qué quieres de ella exactamente?

Abro la boca para contestar, sin embargo, no tengo una respuesta clara. ¿Qué quiero? No lo sé. Todo esto empezó como un juego, una atracción física, hasta una absurda obsesión podría decirse, y ahora... ahora es otra cosa.

—Quiero... quiero saber por qué actúa del modo en el que lo hace.

Nathan suelta una risa breve.

—¿Y tú cómo actúas? Porque, desde donde yo lo veo, sigues siendo tú quien pone los muros.

Frunzo el ceño.

—¿Muros?

—Sí, muros. Esa actitud despreocupada de que todo te da igual. Pero no es así, ¿verdad? De lo contrario, no estarías aquí, preguntándome qué hacer.

Me quedo callado, porque tiene razón, aun así, me jode admitirlo.

—¿Y qué sugieres? ¿Que me lance sin pensar?

Él se encoge de hombros.

—No. Sugiero que seas honesto contigo mismo. Deja de preocuparte tanto por lo que podría pasar y vive el momento. Tú siempre has sido bueno en eso, ¿por qué ahora te cuesta tanto?

Ruedo los ojos.

—Porque no es lo mismo.

Nathan sonríe de lado.

—No, no lo es. Por eso deberías tomártelo en serio.

Resoplo, levantándome de la silla.

—Eres un coñazo, ¿lo sabías?

—Y tú un caso perdido.

Salgo de su despacho con más preguntas que respuestas.

32

Julian

Gabriel: ¿Quién se apunta a salir el viernes? Ya es hora de hacer algo divertido.

Alex: ¡Yo! Hace tiempo que no hacemos una de las nuestras.

Damian: ¿No tenéis cosas más productivas que hacer?

Gabriel: Tío, no puedes ser tan aburrido siempre.

Julian: Habrá que preguntarle a Abi...

Alex: En serio, Dam. Salir un rato no va a acabar con tu reputación de hombre perfecto.

Damian: No es cuestión de reputación, es que algunos tenemos responsabilidades.

Nathan: Todos tenemos responsabilidades y encontramos el equilibrio. Lo tuyo son excusas.

Julian: Venga, Damian, hazle caso al gurú del karma. Si él dice que hay que salir, es que el universo lo aprueba.

Nathan: Julian, no me pongas nombres. Y esto es una invitación al desmadre no una predicción cósmica.

Ethan: Desde Suiza, apoyo la moción. Damian necesita desoxidarse.

Damian: Muy gracioso. Qué fácil opinar cuando estás a kilómetros de distancia, Ethan.

Ethan: Por supuesto. Nosotros vamos a pasar una agradable noche frente a la chimenea viendo una peli y haciendo manitas bajo la manta.

Julian: ¡Estás hecho un abuelo!

Ethan: No, tan solo me cansé de vivir la noche.

Julian: Descanse en paz, míster Ethan.

Ethan: ¡Vete a la mierda!

Gabriel: Me está encantando esto. Seguid.

Nathan: En serio, chicos, ¿no podemos tener una conversación sin pelear?

Alex: Técnicamente no estamos peleando, es parte de nuestra dinámica.

Damian: Igual que también es parte de la dinámica que Julian la lee cada vez que tiene oportunidad.

Gabriel: ¡Y sin tenerla!

Julian: ¡Eh! Eso es difamación.

Ethan: No. Es experiencia.

Gabriel: Lo dice el tío que acabó subido a un escenario cantando con un grupo de turistas noruegos en Nochevieja.

Ethan: ¡¿Qué?! No estabas allí.

Gabriel: Me lo contó Julian. Y saliste en redes sociales. Muchas redes sociales.

Julian: Esto es lo que me gusta, hermanos: que compartamos momentos así. Son los que nos unen y no tanta cenita familiar.

Damian: Salir está bien, pero con moderación.

Julian: Qué sorpresa. Moderación es tu palabra favorita, ¿no? De verdad, tengo que hablar con Abi. No puedes ser siempre así.

Nathan: Damian tiene razón. Quizá podríamos hacer algo que no implique a Julian liándola.

Julian: ¡Yo nunca la leo!

Alex: ¿En serio? ¿Eso crees?

Gabriel: Casi me atraganto leyéndolo.

Julian: Sois todos unos traidores.

Ethan: Pero te queremos.

Nathan: Julian, ¿por qué no propones algo más tranquilo para variar?

Julian: Porque algo tranquilo no va conmigo.

Damian: Por fin algo en lo que todos estamos de acuerdo.

Alex: A ver, luego discutimos sobre si la lees o no, pero ahora ¿podemos decirnos ya?

Gabriel: Yo digo que salgamos, pero sin pasarnos. Una cena y unas copas.

Julian: Eso suena aburrido.

Ethan: ¿Y qué propones tú, entonces?

Julian: Ir a cortarte el rollo a ti.

Ethan: Muy gracioso. Ja, ja, ja. Mira cómo me río.

Alex: ¿Algo con más acción? ¿Un karaoke?

Damian: Ni de broma.

Gabriel: Yo voto por karaoke.

Alex: Yo también.

Nathan: ¿Y luego os quejáis de que Julian la lía?

Julian: ¿Tú también te has dado cuenta, no?

Ethan: Qué pena que no pueda estar. Me gustaría ver cómo acabáis esta vez.

Julian: Tranquilo, hermano. Haré algo memorable en tu honor.

Nathan: Eso es justo lo que nos preocupa.

Gabriel: Vale, entonces... ¿viernes a las ocho?

Alex: Por mí perfecto.

Julian: Cuenta conmigo.

Damian: Lo pensaré.

Julian: Eso es un sí encubierto.

Damian: No te hagas ilusiones.

Nathan: Dejad de discutir. Nos vemos el viernes.

Julian: Y yo prometo... bueno, no prometo nada.

Ethan: Mientras no acabes cantando con los noruegos...

Julian: No puedo garantizar nada, hermano. No puedo garantizar nada.

Clara

Hoy el estudio está muy ruidoso. Las últimas sesiones fotográficas han sido caóticas, con cambios de última hora y una modelo que no deja títere con cabeza.

El reloj marca casi las siete cuando Laura, una de las maquilladoras, aparece detrás de mí con su eterna sonrisa.

—Clara, vamos a tomar algo. ¿Te apuntas?

—Está bien, aunque no voy a quedarme mucho rato. Ha sido una semana muy dura y estoy agotada —digo, autoconvenciéndome de que tengo que hacer amigos aquí. No puedo seguir huyendo de todo.

Laura sonríe.

Primero vamos a comer a un sitio de esos de comida rápida, porque, para qué engañarnos, todos estamos cansados y no queremos alargar el tiempo de forma innecesaria. Poco después, estamos camino al *pub*.

Una vez dentro, me sorprende. No sé por qué, pero esperaba ir a un antro con música rock, en el que es difícil mantener una conversación. No es así, el lugar es acogedor, con luces cálidas y un ambiente bullicioso. Laura y Jorge lideran al grupo, que lo componen tres maquilladoras, una ayudante de vestuario y dos fotógrafos, además de mí, hacia una mesa en la esquina.

—Clara, ¿qué quieres tomar? —me pregunta Jorge, inclinándose sobre mí con una sonrisa que me hace sentir un poco incómoda.

—Un agua con gas está bien —respondo. Él niega con la cabeza.

—Nada de agua. Hoy toca desmelenarse.

—Un cóctel, entonces —cedo, consciente de que discutir va a ser inútil.

El grupo sigue charlando y, pese a que logro soltar alguna que otra sonrisa, la sensación de que no encajo sigue ahí. Miro hacia la puerta un par de veces, valorando si sería grosero escabullirme antes de que llegue mi bebida. Justo cuando estoy a punto de

decidirme, Jorge se sienta a mi lado, cortándome la vía de escape e incluyéndome en la conversación.

Sin duda esta noche va a ser más larga de lo que esperaba.



Cuando los Blackwood entran al bar, es imposible no notarlo. Al menos, para mí. Alex y Gabriel, siempre sonrientes, lideran el grupo, seguidos por Damian con su porte serio y Nathan, que siempre parece estar de buen humor. Julian, en cambio, camina detrás, despreocupado, como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte.

Hago lo posible por desviar la mirada. Fallo. La familiaridad con la que se mueven en el espacio me resulta hipnótica. Me concentro en mi vaso y en la conversación de mis compañeros, aunque mi mente vuelve una y otra vez hacia ellos, a él para ser más exactos. Se sientan todos juntos en una mesa apartada, lo suficientemente lejos como para no interferir en nuestra velada, pero a la vez cerca para que me sea imposible ignorarlos.

En más de una ocasión, nuestras miradas se cruzan. No sé si es casualidad o si ambos somos conscientes de la presencia del otro. Cada vez que ocurre, desvío la vista. Aun así, noto que él no hace lo mismo. Sus ojos permanecen fijos un segundo más de lo necesario, consiguiendo ponerme en un estado de nervios bastante preocupante.

Decido ignorar lo que pasa a mi alrededor y concentrarme en mis compañeros, que no parecen haberse dado cuenta de nada. Mi propósito es complicado y me cuesta mantenerme firme en mi decisión.

«Necesito un respiro», me digo, sintiendo sus ojos sobre mí.

—Voy al baño —indicó en voz no muy alta, justo antes de levantarme y buscar una vía de escape.

El pasillo que conduce a los baños está oscuro y la luz tenue de emergencias apenas ilumina su figura cuando aparece delante de mí. Julian está apoyado contra la pared, con esa pose que a veces

pienso que ensaya cada día frente al espejo. Su mirada me encuentra, intensa y directa, y se me acelera el pulso.

—¿Huyendo?

—No estoy huyendo de nada —replico, a la defensiva—. Solo voy al baño.

Busco pasar a su lado, pero extiende el brazo, bloqueándome el paso. No me toca, aun así, la cercanía es suficiente para descolocarme.

—Clara... —murmura, y el modo en el que pronuncia mi nombre hace que me tense.

—Julian, déjame pasar. —Mi voz suena débil, casi como un ruego.

Él me estudia, supongo que buscando algo en mi expresión que le diga lo contrario que mis palabras. Por eso, desvío mis ojos y me miro los pies.

—No quiero que sigamos fingiendo.

Levanto la vista, confusa por lo que dice y por cómo lo dice. Veo en sus ojos una honestidad que no esperaba.

—¿Fingiendo qué? —respondo, queriendo ganar tiempo.

—Que no me miras igual yo te miro a ti.

Mi respiración se detiene por un segundo. No puedo contestar, porque no salen las palabras y, lo peor, creo que lo sabe. Julian da un paso hacia mí.

—Si no quieres que te bese... dímelo. Ahora.

Mis labios se entreabren para responder, sin embargo, antes de que pueda formar una excusa, me agarra por la cintura. Me atrae. Baja el rostro, pega su frente a la mía, y espera. Al darse cuenta de mi silencio, su boca baja hasta la mía. Desesperado, así es como lo siento. Hambriento. Su sabor es una mezcla de whisky y algo que solo puedo describir como puro Julian: peligroso, adictivo. Mis manos suben a su pecho con la idea de empujarlo, pero en lugar de eso, me aferro a él.

—Déjame llevarte a casa —susurra sobre mis labios.

Abro los ojos despacio y me encuentro con su mirada cargada de deseo.

Asiento.



Estamos en silencio mientras subimos en el ascensor, al igual que llevamos así todo el trayecto. No sé por qué no habla; yo, porque no paro de pensar en qué acabo de hacer y en el motivo por el que he accedido.

Cuando salí del baño, le dije a mis compañeros que estaba muy cansada y que iba a pedirme un taxi. A ninguno le pareció extraño, porque era una mentira bastante cierta. Salí del pub y en menos de dos minutos, Julian me estaba poniendo la mano en la espalda para indicarme que lo acompañase hasta su coche.

Ninguno de los dos dijo nada. Y tampoco lo hacemos ahora.

Nos paramos en la puerta de mi piso. No sé qué decir o cómo actuar ahora. Me quedo quieta, indecisa. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué espera él? ¿Qué quiero yo? Antes de que encuentre respuesta, noto el sutil roce de sus dedos sobre los míos.

Trago saliva.

—Clara... —murmura.

Su voz ronca provoca estragos en mí y, aunque es probable que me arrepienta de lo que estoy a punto de hacer, lo hago.

Lo tomo por la camisa y tiro de él mientras abro la puerta.

Justo cuando su boca y la mía se encuentran, todo se convierte en un torbellino de besos, caricias y susurros.

Julian

El primer contacto es como encender una chispa: un beso salvaje y desesperado. En el instante en el que su lengua se adentra en mi boca, sé que estoy perdido. Esto es mejor que mis sueños y solo es un puto beso!

Caminamos unos pasos a trompicones, cierro de un portazo e, incapaz de contenerme ni esperar, la agarro de la cintura y la pongo contra la pared.

No puedo evitar apretar un poco, reclamando la fricción de sus pezones contra mi torso, mientras continúo besándola como si esta fuese nuestra primera y última noche. Deslizo una mano hacia abajo y mis dedos recorren la tela de su vestido, explorando sus contornos con lentitud. Su respiración se vuelve irregular y el leve temblor en su cuerpo me dice más que cualquier palabra.

—Julian... —susurra. La forma en que mi nombre cuelga de sus labios me enciende.

Coloca una de sus manos en mi pecho. La atrapo con la mía y la bajo hasta mi erección.

—Tócame —le pido y suena más a orden que a sugerencia.

Y lo hace. No titubea. Un calor asfixiante me recorre de arriba abajo.

—Así me gusta... —murmuro, intentando no deleitarme en el subibaja de su mano.

¡Joder! Y eso que no me he quitado aún los pantalones.

Deslizo mis labios hacia su oído, dejando un beso en el camino que la hace estremecer.

—Deshazte de esto —digo, tirando un poco de mi camisa para dejar claro a qué me refiero.

Sus manos se mueven torpes de repente al tratar de desabrocharla con una concentración que, si no estuviese tan cachondo, me resultaría adorable. Me río, bajo, desde lo más profundo de mi pecho.

—Clara. Si vas a quitármela, hazlo bien.

El desafío cala en ella, que sonrío justo cuando sus ojos se encuentran con los míos. Con un tirón inesperado, me arranca la camisa, haciendo que los botones vuelen por el cuarto. Mi risa llena el espacio, pero pronto se desvanece cuando comienza a acariciar mi pecho desnudo.

Busco su boca de nuevo y la beso despacio, más lento, más intencionado. Paseo la lengua por sus labios arrancándole el primer gemido. Al oírla, mi polla salta, demasiado satisfecha por ese sonido, al igual que mi ego. Mientras tanto, mis dedos viajan por la cremallera del vestido. Bajo el cierre con deliberada lentitud, disfrutando de cada centímetro de piel que queda al descubierto. Cuando cae al suelo, me separo para mirarla.

Es tan jodidamente perfecta y está tan ajena a lo que me está haciendo, que aún me vuelve más loco. La habitación se siente más pequeña y el aire más denso; el mundo acaba de desaparecer en este momento. Solo existimos nosotros.

—Mírate —susurro, bajando la voz hasta convertirla en un gruñido.

La tomo de la cintura y deslizo mis dedos por la curva de sus caderas, acercándola contra la mía.

Me acerco a su cuello, lamiendo y dejando un rastro de besos firmes y húmedos. Se le escapa otro gemido y, ¡joder!, uno más y mi autocontrol se va a la mierda.

No espero más. Nuestras lenguas se enredan una con la otra. Mientras las manos de Clara me acarician, deslizo una mano curiosa por la curva de su muslo, levantándoselo para anclarlo en mi cadera. Me clava las uñas en los hombros y no me hacen falta las palabras, con ese gesto me dice todo lo que necesito saber.

—Dios, Clara...

Vuelvo a besar su cuello y me aseguro de dejar una marca que quiero que vea mañana cuando se mire al espejo. La presiono contra la pared con mi cuerpo, deseoso de sentirla. Baja la mano y la coloca sobre mi polla, acariciándola despacio, enloqueciéndome.

La miro, pícaro, desesperado. El sonido de su risa nerviosa me confirma que está sintiendo lo mismo.

—Estás jugando con fuego, preciosa —le susurro contra el cuello —. Pero déjame decirte algo... —Mis dientes rozan su clavícula—: Yo siempre gano cuando arde.

Deslizo los dedos por el interior de su muslo y percibo cómo se tensa. Sus gemidos se van a convertir en un puto vicio; estoy seguro de que no podré olvidarme de ellos.

—Dime qué quieres —le pido, mordiéndole la oreja y posando la palma de mi mano sobre sus pliegues. Tiembla en respuesta. Deslizo los dedos alrededor de su entrada—. Dime que me quieres dentro.

Desliza las uñas por mi espalda, arañándose, y maldigo justo cuando mueve las caderas, rozándose más con mi mano, mojándola con su humedad.

Bajo el rostro y tomo en mi boca uno de sus pezones, aún envueltos con el sujetador.

—Julian...

Me detengo un segundo, con la intención de oírla suplicar.

—Dímelo.

—Te quiero dentro —contesta, cerrando los ojos, al sentir cómo se hace realidad su deseo.

Me deleito mirándola, gimiendo de placer.

—Eres jodidamente perfecta —susurro entre jadeos.

Con una sonrisa de triunfo, vuelvo a acariciar sus pechos, los cuales ella misma ha liberado.

Me inclino hacia su rostro, saco los dedos de su interior y apoyo la frente contra la suya.

—Necesito follarte ya.

—¿Y qué has estado haciendo? —murmura, con una sonrisa traviesa y la respiración entrecortada.

—Eso solo era el calentamiento.

Mientras le digo esto, saco del bolsillo un condón. Se apresura a desabrocharme el cinturón, el botón y me baja el pantalón junto al bóxer. Suspiro al verme liberado, sin presión, sin nada que nos separe.

Pego mi cuerpo al suyo y, mientras la beso, vuelvo a poner su pierna a mi alrededor. Guío mi polla hasta su centro y de una estocada entro, haciendo que gimamos juntos.

Me quedo quieto un instante, deleitándome con el calor con el que me envuelve. Trago saliva y me concentro en no irme en dos envites. Clara menea las caderas y se frota contra mí. Sonrío, porque... ¡me lo está poniendo difícil!

Empiezo a moverme en su interior y mis dedos la provocan aún más. Quiero que se venga conmigo. Trazo círculos sobre su clítoris, arrancándole un gemido tras otro. La miro a los ojos mientras lo hago. Aguanto.

Se deshace justo al tiempo en el que yo ya no soy capaz de contenerme. Me dejo ir, satisfecho, mientras que la oigo jadear en mi oído.

Nos quedamos así, entrelazados, con la respiración entrecortada, durante un par de minutos.

—No ha estado mal para un primer encuentro, ¿no? —comento, sonriendo.

Clara deja escapar una risa suave, todavía sin aliento, pero no responde, tan solo juega distraídamente con mi pelo. No hacen falta palabras. La química entre los dos ha llegado al límite. Y yo solo tengo por seguro una cosa: la noche es larga, nos pertenece y pienso aprovecharla.

Julian

Hace diez años.

El eco de mis pasos retumba en el pasillo. Estoy aquí para hacer lo que debería haber hecho desde el principio. Me detengo frente a la puerta de su apartamento, el que solíamos compartir tan a menudo y que ahora me resulta ajeno, extraño e incómodo.

Tomo aire y llamo. La espera es corta. Sophie abre con una sonrisa que se desvanece al verme.

—Julian —dice, con sorpresa y... ¿Miedo, tal vez?

—¿Podemos hablar? —le pido con firmeza, sin rastro de la calidez que solía reservar para ella.

Duda por un instante. Luego, asiente y me hace un gesto para que pase. La sigo al interior.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, girándose hacia mí con esa mirada que antes me bastaba para rendirme. Ahora, solo consigue enfurecerme.

La rabia que llevo acumulando durante semanas burbujea bajo la superficie, pero la mantengo a raya. No he venido aquí para perder el control.

—¿Por qué? —cuestiono en voz baja y cortante.

—Por qué, ¿qué? —responde.

¿Acaso pretende fingir, hacerse la inocente y salir ilesa después de todo lo que nos ha hecho?

Doy un paso adelante, cerrando la distancia entre nosotros.

—No hagas eso, Sophie. No me tomes por idiota. No me digas que no sabes a qué me refiero: ambos sabemos que no cuela. Hablo de ti y de Daniel.

La mención de su nombre la hace retroceder. Perfecto. Quiero que se sienta expuesta, tan desnuda como me sentí yo al descubrir la verdad.

—No quería que te enterases así... —empieza, con el timbre quebrado.

La corto antes de que pueda terminar esa frase inútil.

—No me importa cómo querías que lo supiera. Lo que quiero entender es por qué. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué él?

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no siento nada. Ni un atisbo de compasión.

—Fue un error —dice.

—¿Un error? —repito, dejando que la palabra rebote entre nosotros, sintiéndola como una burla cruel—. Un error es olvidar las llaves, Sophie. No acostarte con mi mejor amigo repetidas veces. ¿Cuánto tiempo lleváis haciéndolo?

Ella empieza a llorar desconsolada, aun así, no hago nada por calmarla. Ya no. Que llore, al igual que también lo he hecho yo.

—Te di todo. Creí en ti, en nosotros. Y lo mandaste todo a la mierda. ¿Tan difícil era decirme que no me amabas?, ¿que preferías estar con otro?

—Yo te amaba, pero... no iba a durar —balbucea, y eso me hace reír.

—No, Sophie. No lo hacías. Porque si lo hubieras hecho, no estaríamos aquí.

El silencio que sigue es agobiante. Ella me mira como si buscara algo, pero no tengo nada para darle.

—Lo siento —murmura entre sollozos.

Doy un paso atrás, aumentando la distancia entre nosotros.

—No estoy aquí para perdonarte. Solo quería decirte que no quiero volver a verte en mi puta vida.

Ella intenta hablar, pero no estoy dispuesto a escucharla. Me doy la vuelta y salgo sin mirar atrás. Al cruzar el umbral, siento dolor. Demasiado para soportarlo.

Esa noche camino sin rumbo por la ciudad, las luces y los sonidos de Nueva York me envuelven, sin embargo, yo los oigo como un lamento distante. Me pregunto cómo llegué a ese punto de ceguera, cómo no me di cuenta. Nathan me lo advirtió. Damian lo apoyó. Yo, gilipollas enamorado, no confié en mis hermanos. Ellos jamás me

harían daño, siempre han estado, están y estarán conmigo. Papá tiene razón: los Blackwood siempre permanecen juntos.

Me esfuerzo por buscar un lado positivo a toda esta historia, es lo que me diría Nate que hiciera. Tan solo encuentro que esto me ha servido para centrarme en lo que de verdad importa: mi futuro.

Y mientras mi reflejo me devuelve la mirada desde un escaparate, me hago una promesa: nadie volverá a verme débil. El amor no es tan importante como todos quieren creer.

Clara

El sol empieza a filtrarse a través de las cortinas, arrojando un resplandor cálido sobre la habitación y sobre mí. La presencia del cuerpo de Julian junto a mí es imposible de ignorar. Llevo despierta un buen rato, mirando el techo, intentando poner orden en el desorden que trae consigo, porque cada vez que lo siento, me estremezco de pies a cabeza. Y no, no tendría que ocurrir... otra vez.

Me giro despacio, lo justo para observarlo. Está boca abajo, con un brazo extendido sobre mi cintura, como si incluso en sueños necesitara marcar su territorio. Tiene el cabello desordenado y su rostro posee una expresión de paz que me resulta tan diferente en comparación con la vorágine que lo rodea... es... cuanto menos, desconcertante.

Mientras lo miro, mis mejillas se calientan al recordar la noche que hemos pasado. Sin embargo, ahora, a la luz del día, las dudas regresan con más fuerza que nunca. ¿Qué significa esto? ¿Qué espero yo de él? Y, lo más inquietante, ¿qué espera él de mí?

Julian se mueve a mi lado y me aprieta más contra él. Abre los ojos despacio y una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios antes de que yo pueda articular palabra.

—Buenos días, Clarisse.

Su voz, grave y con un deje burlón al pronunciar ese maldito nombre que se empeña en adjudicarme, me provoca una calidez que me remueve por dentro y me hace contener la respiración.

—Clara —lo corrijo, como siempre, aunque carezco de firmeza al hacerlo.

—Ya lo sé, Clarisse... —repite, alargando el apodo más de lo necesario.

Su sonrisa se ensancha aún más a la vez que sus ojos se clavan en los míos, con ese encanto tan arrogante que me resulta igual de exasperante que adictivo.

Hago además de apartarme un poco y él no me lo permite. En su lugar, se inclina y deja un beso lento en mi cuello. Me recorre un escalofrío traicionero.

—Julian... —empiezo, sonando más débil de lo que quisiera.

Menudo intento más patético de imponer unos límites que ni yo misma me creo.

—¿Sí? —murmura contra mi piel, sin tan siquiera fingir interés por mis palabras, mientras sus manos trazan un camino deliberado por mi vientre.

—No podemos seguir haciendo esto. —La frase sale casi como un ruego, dejando al descubierto una vulnerabilidad que odio mostrar.

Se detiene, aunque no se aleja. Se incorpora sobre un codo y me mira. Serio. Muy serio. Demasiado diría yo.

—Ah, ¿no? Dame un motivo... a ser posible, creíble.

«Porque no. Porque no sé si puedo confiar en ti, en tus intenciones. Porque temo que solo sea un juego para ti», pienso, aunque no lo digo,

—Es que esto no tiene sentido. —Elijo la respuesta más sencilla, la más cobarde, aunque ambos sabemos que no es la verdad.

Julian ladea la cabeza, su sonrisa reaparece, pese a que la sombra de seriedad continua en su mirada.

—¿Sabes qué más no tiene sentido? —replica, con desafío y un toque de ternura—. Cómo alguien como tú puede ser tan jodidamente complicada y, aun así, conseguir que no pueda dejar de pensar en ti.

No tengo respuesta para eso. Pero tampoco parece que la espere. En lugar de insistir, me besa de nuevo, lento, profundo, y temo que quiere borrar de ese modo cada una de mis dudas.

Y lo peor es que, por un momento, lo consigue.

Julian

Me apoyo sobre la barandilla que da al set de fotografía y miro hacia abajo, donde el revuelo habitual se despliega en todo su esplendor. Entre luces, cámaras y gritos de «¡Otra toma!», la veo. Clara está junto a Adriana, revisando datos (o yo qué cojones sé) en la tableta. Su postura es firme y profesional. Sonrío cual imbécil al darme cuenta de que se percata de mi presencia y eleva la mirada. Esos ojos... ¡Joder! es que no puedo sacármelos de la cabeza y, además, desde aquí puedo ver el brillo que despunta en ellos. El mismo de que tenían la mañana del sábado cuando me despedí de ella con idea de volver a verla en unas horas. Eso no pasó. Fui dos veces ese día a su casa, pero no abrió la puerta. El domingo, después de la comida familiar, fue más de lo mismo. Y esta mañana, pese a que me apresuré para estar listo antes de la hora, fui a buscarla para llevarla al trabajo y ya se había ido. ¡Es que me crispa los nervios su actitud!

También soy consciente de que esa manera de rechazarme es solo una treta para evitar algo que no tengo muy claro que es. Aunque lo averiguaré o dejaré de llamarme Blackwood. ¿Y qué se cree que va a conseguir con esta distancia impuesta? ¿Que me dé por vencido y no la busque? ¡Ja! Es más, voy a hacerlo en el trabajo, ya que aquí no puede escudarse tras la puerta y fingir que no escucha mis llamadas. Sé que no me lo va a poner fácil, ni siquiera por la noche que pasamos juntos, aun así, tengo una cosa segura en esta vida: soy muy cabezota si algo me interesa y Clara, pese a que vive en un constante tira y afloja consigo misma, me interesa. Y mucho. Lo que sucede es que después de haber probado su cuerpo no sé si la paciencia va a ser mi aliada durante mucho tiempo.

Me doy cuenta de que ha dejado de mirarme y camina hacia la salida.

¡Adiós paciencia!

Sabía yo que no íbamos a ser muy amigos.

Respiro hondo y bajo tras ella, intentando parecer calmado, pero apresurando el paso todo lo que puedo.

Es hora de mover ficha de nuevo.

—Clara, ¿puedes quedarte un momento al terminar? —Hablo lo suficientemente alto para que Adriana me escuche, pero mi mirada está fija en su asistente. No quiero que se entrometa la modelito de las narices.

Alza la vista, incrédula. Supongo que ya se imagina que mis intenciones no son buenas. O sí, depende de donde sitúe la línea entre el bien y el mal.

—¿Es urgente? —pregunta.

—Por supuesto.

Asiente, más por quitarme de en medio que por interés real, pero eso me basta. Me aparto, dejando que salga a los vestuarios con Adriana. Mientras espero, porque no me pienso mover de aquí y darle la posibilidad de que me dé esquinazo de nuevo. Me apoyo en una mesa cercana, fingiendo revisar unos papeles que no me importan lo más mínimo.

Cuando al fin se acerca, distingo la resistencia en su manera de caminar hacia mí. Aun así, le indicó con la cabeza que me siga. Lo hace. Juego con ventaja y lo sé. Además, me encanta.

Los fotógrafos, las maquilladoras y demás personal nos miran de reojo, probablemente piensan que quiero echarle una bronca. ¡Ilusos! ¡Si de verdad supiesen lo que deseo echarle!

—¿Qué quieres, Julian?—me cuestiona directa con los brazos cruzados al entrar en mi despacho. Me llama la atención que, a pesar de su distanciamiento al hablar, no retrocede al ver que me inclino un poco hacia ella.

—Hablar. —Lo digo como si no fuese nada, aunque ambos sabemos que sí.

—No estoy segura de que tengamos de qué hablar.

—¿De verdad? Porque yo tengo muchas cosas en mente. —Le sonrío, esa sonrisa que sé que la saca de quicio.

Entrecierra los ojos al escucharme.

—No sé qué esperas conseguir con esto, Julian, pero no podemos...

Hace una pausa, mira hacia fuera, ya que la puerta sigue abierta, y yo la presiono a que continúe:

—¿Qué? ¿Hablar?

Doy un paso más hacia ella, me acerco lo suficiente para notar cómo su respiración se acelera un poco y con un gesto sutil, empujo la puerta con la mano, dejándonos encerrados.

Clara retrocede un par de pasos, pero se topa con la madera, yo sigo pegado a ella, sintiendo el deseo y las ganas de poseerla aquí mismo.

—No puedes hacer esto.

—¿No puedo hacer qué? —pregunto, deslizando la mano por su cuello y bajando despacio el dedo índice por su escote.

Clara contiene la respiración y me mira. Se muerde el labio inferior y ese gesto es más de lo que puedo soportar ahora mismo. Me lanzo a por él, con ansias y casi desesperado por volver a probar su sabor.

Me responde. De inmediato. Noto cómo su lengua se abre paso entre mis labios, juguetona y traviesa.

—No puedes... —jadea sobre mi boca—. No puedes... acorralarme contra la pared y besarme de esta manera.

—Sí que puedo. Observa —le indico, sonriendo con soberbia justo antes de volver hacerlo.

Pero esta vez no está tan dispuesta a seguirme el juego. Me pone las manos en el pecho y me empuja con suavidad. Me separo unos centímetros.

—¿Por qué no?

—La gente habla, Julian. Y yo... yo no puedo volver a pasar por lo mismo.

Sus palabras me impactan.

—¿A qué te refieres con «lo mismo»?

Clara aprovecha mi confusión y se escapa de entre mis brazos. Me giro, buscando una explicación.

—Significa que tú no tienes que preocuparte por nada, porque eres un Blackwood. Pero yo no seré el centro de los rumores.

—¿Crees que mi apellido me hace inmune?

Me jode que piense que he tenido la vida fácil por ser hijo de quien soy. La rabia y el recuerdo de Sophie me invaden de repente.

—Tengo cicatrices, Clara. Muchas putas cicatrices... y algunas aún me duelen. Y no, no han sido más fácil de llevar por ser un Blackwood.

Me observa y, durante un instante, veo algo titilar en su expresión: duda, vulnerabilidad, tal vez, incluso, curiosidad. Pese a ello, se mantiene firme.

—No lo entiendes, Julian.

—No, tú no lo entiendes. —Bajo la voz y doy unos pasos en su dirección—. No puedo sacarte de mi cabeza.

Sus labios se separan, como si fuera a hablar, pero antes de que pueda hacerlo, me inclino hacia ella y los junto de nuevo.

El beso ahora es más desesperado por mi parte e indeciso por el suyo. Me vuelve a colocar las manos en el pecho.

—No vuelvas a empujarme —le advierto, aún pegado a su boca, de manera burlona.

Ella sonríe y retoma el beso.

Y eso es todo cuanto necesito.

Estamos tan entregados en el momento que el golpe en la puerta nos toma por sorpresa.

—Julian, ¿estás ahí?—La voz de Nathan suena al otro lado.

Clara se aparta con el rostro encendido y la respiración entrecortada.

—Clara... —Empiezo, pero ella levanta una mano, negando con la cabeza.

—No. No ahora. —Su voz es apenas un susurro, antes de girarse y salir del despacho, dejándome solo con el eco de sus pasos y un Nathan impaciente que nos observa en silencio y con cara de póker.

Esto no se ha acabado, ni de lejos.

Clara

El sonido de la puerta cerrándose tras de mí me persigue incluso cuando ya estoy fuera de su oficina. Mi corazón sigue desbocado y la piel me arde recordando aún su tacto. Intento concentrarme, recuperar el control mi cuerpo y de mis emociones. Sus palabras siguen retumbándome: *No puedo sacarte de mi cabeza.*

«Te estás metiendo en un jardín del que no vas a salir ilesa, Clara», me digo o, más bien, me advierto.

Tengo que ser fuerte y firme en mis decisiones. Julian no es consciente de lo que su capricho puede ocasionar y yo debería ser tajante al respecto. Al fin y al cabo, es mi reputación la que está en juego. Soy yo la que sufrirá después. Me enfado conmigo misma. ¿Cómo puedo dejarme arrastrar así? Para él, todo parece un juego, una broma sin consecuencias. No tiene ni idea de lo que significa que te señalen, que hablen a tus espaldas, que te quiten algo más que la confianza: la dignidad. Y, mucho menos, huir de tu casa, dejarlo todo atrás y empezar de cero... Sola, tan sola que asusta de pensarlo.

Camino sin fijarme en nada. Me sorprendo al oír el pitido del ascensor al detenerse en la planta del vestíbulo, ini siquiera recuerdo haber entrado!

Al abrirse las puertas, dudo si salir o no, al final, vuelvo a pulsar el botón y marco la tercera planta. Allí hay una sala pequeña, donde suelen celebrarse reuniones informales con algunos empleados, cosas rápidas y sobre la marcha, y a estas horas, a punto de acabar la jornada, espero que esté vacía. Necesito sentarme, respirar, pensar en cualquier cosa que no sea él y, por supuesto, hacerlo sin que nadie me vea.

Al llegar al final del corredor, mi mirada se cruza con una escena que no debería importarme; inexplicablemente, lo hace.

Julian está ahí, en una sala de descanso con Adriana. No es raro verlos juntos, debatiendo o discutiendo temas de la campaña, sin

embargo, esta vez la cercanía entre ambos me eriza la piel. Ella está de pie junto a él, que se encuentra apoyado sobre la mesa. La puerta está abierta, por lo que tengo una panorámica completa de lo que sucede.

—Solo te lo digo porque me preocupo por ti —le dice Adriana, con esa voz melosa.

Me detengo en seco, escondiéndome tras el marco de la puerta abierta. Sé que no debería escuchar, pero mis pies se niegan a moverse.

—¿Preocuparte por mí? —responde, con esa manera de hablar que tanto lo caracteriza. Es decir, como si todo en esta vida le importase una soberana mierda.

Miro de reojo y rezo para que no me descubran.

Adriana ladea la cabeza, fingiendo inocencia.

—Por supuesto. La gente siempre encuentra de qué hablar, ya sabes cómo es este mundillo. Y con Clara... bueno, hay rumores.

Mis músculos se tensan, como si un hilo invisible me estuviera estrangulando.

—¿Rumores? —le pregunta, frunciendo un poco el ceño.

—No me malinterpretes, no tengo nada contra ella. Es que su historia en España... ya sabes, no es lo que se dice un secreto. Deberías tener cuidado.

Espero que Julian diga algo. Que le ponga freno, que la detenga, que haga más que quedarse ahí como si le hubieran contado el pronóstico del tiempo.

—La gente siempre encuentra de qué hablar —murmura, encogiéndose de hombros y repitiendo las palabras de Adriana.

El calor me sube al rostro y no, no es vergüenza lo que siento, es rabia. ¿Eso es todo? ¿Ni una palabra para desmentirla? ¿Ni una sola que me defienda?

Me separo de la puerta. Doy un paso atrás y luego otro, hasta que estoy lo bastante lejos y me giro. Salgo de allí rápido y sin que me vean.

Mis pies me llevan al ascensor de nuevo y esta vez no dudo en apretar el botón de la planta baja. Mi mente es un torbellino de pensamientos que no logro organizar.

¿Qué esperaba exactamente?

¿Que saltara en mi defensa como un caballero andante?

Claro que no. Solo me quiere para cumplir el objetivo de saciar su capricho. ¡Todos son iguales!

Las puertas se cierran y mientras bajo, hago un soberano esfuerzo por apartar las imágenes de mi cabeza: la cercanía entre ellos, la insinuación en las palabras de Adriana, la falta de respuesta de Julian. Todo eso se va mezclando con el recuerdo de un pasado que nunca podré dejar atrás.

Ya estoy en la entrada principal. El frío del exterior me da de lleno al salir, aunque no es suficiente para calmar el fuego que me quema por dentro.

Quizá Julian tenía razón en una cosa: me preocupo demasiado por lo que piensan los demás. Pero no es porque quiera hacerlo, sino porque ya sé cómo termina cuando no lo haces.

Julian

Hace diez años.

El gimnasio está vacío a estas horas, justo como me gusta. Necesito sacar esta mierda antes de que me consuma. El saco de boxeo se balancea frente a mí y con cada golpe imagino sus rostros: Sophie riendo con Daniel, mintiéndome con esa puta facilidad que todavía me quema por dentro.

Mis nudillos están al rojo vivo, pero prefiero este dolor al otro.

«No iba a durar». ¿Quién coño dice eso después de tres años? Después de hablar de un futuro juntos. Sus palabras no paran de taladrarme la cabeza y las siento como un puñal que se clava una y otra vez y no me deja respirar.

La puerta del gimnasio se abre y me entra un maldito tic en el ojo al ser consciente de que mis ganas de estar sin compañía acaban de irse al carajo. ¡Mierda! Sabía que tendría que haberme ido a un gimnasio de barrio no al de casa. Me giro a desgana y ahí está Nathan, claro. Siempre aparece cuando menos quiero verle la cara.

—Sabía que estarías aquí.

Lanza su bolsa al suelo, se cruza de brazos, con esa mirada de hermano mayor que consigue irritarme.

—No estoy de humor para tus sermones, Nate.

—Tranquilo, no he venido a darte uno. —Se acerca al saco, lo detiene con una mano y me estudia de arriba abajo—. Deberías parar antes de romperte los nudillos.

—¿Y qué más da? —espeto, empujándolo con fuerza.

Suspira. Lo conozco; está buscando las palabras adecuadas para no cabrearme más.

—Julian, sé que esto duele. Pero no puedes dejar que te arrastre.

—Ah, ¿no? —Le lanzo una mirada cargada de rabia—. Me traicionaron. Ella. Y él. Mi mejor amigo, Nate. ¿Cómo cojones se digiere eso?

No responde enseguida, asiente. Sé que me da la razón sin hablar, así evita empeorar las cosas.

—¿Qué te dijo Daniel?

—¿Daniel? —Río sin ganas, amargo—. Nada. Es un puto cobarde y lo prefiero, porque si lo veo, acabaré en la cárcel.

La puerta se abre otra vez. Perfecto, el comité al completo. Damian entra con su típica expresión de aburrimiento y desaprobación.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta, directo al grano.

—Nada que no sea obvio —responde mi hermano, mirando mis nudillos ensangrentados—. Un poco de terapia de ira.

Damian frunce el ceño y cruza los brazos.

—¿Y eso te está ayudando?

No le contesto y Nate hace un gesto de negación con el rostro. El otro deja escapar un suspiro y tengo la impresión de que se siente lidiando con un niño caprichoso. Se acomoda en un banco cercano, inclinándose hacia adelante.

—Julian, todos hemos pasado por cosas. Lo que importa es cómo lo manejas. Sophie...

—No digas su nombre —lo corto amenazante para que se calle.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Vale.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a lo sucedido y no me refiero a darle de hostias a un saco.

—O a Daniel —añade Damian, ocasionado que lance un bufido al escuchar el nombre de ese malnacido.

—Lo que Dam quiere decir es que, por mucho que duela, esto es una lección. No puedes dejar que lo que pasó te defina.

Nathan, fiel a su papel de mediador, pone todo su empeño en suavizarlo.

—¿Y cómo sugieres que haga eso, eh, listillo? —pregunto, sarcástico.

El mayor de los tres me observa por un segundo, antes de responder. Sin embargo, el gesto de mi otro hermano hace que se lo piense mejor y se calle.

—Empieza por perdonarte a ti mismo, Julian. No eres culpable por confiar en quienes no lo merecían.

Miro a Nate. Cómo me jode que tenga las palabras perfectas para cada momento. Y es que, aunque no quiera reconocerlo, sé que tiene razón.

Nathan se separa del saco, al darse cuenta de que he cejado en mi empeño de romperme las manos, y se sienta en el banco, apoyando los codos en las rodillas.

—Julian, no tienes que cargar con esto solo.

—No necesito ayuda, Nate. Lo que necesito es que la mierda desaparezca.

Empiezo a caminar de un lado a otro, sintiendo cómo la presión crece en mi pecho.

Damian suspira mientras me observa.

—Mira, no soy fan de los discursos emocionales —me dice muy serio—, pero esto es lo que hay: Sophie y Daniel te traicionaron. Eso no va a cambiar. Y si sigues dejando que esta porquería te controle, les estás dando poder sobre tu vida.

Me detengo en seco y me vuelvo hacia él.

—¿Y cómo sugieres que haga eso, oh, sabio mayor?

Alza una ceja. No se molesta en responder. Nate toma el relevo.

—Empieza por hablarlo con nosotros. Desde que pasó, estás encerrado en ti mismo, fingiendo que no te afecta. Aun así, ambos sabemos que no es cierto. Solo hay que verte.

—¿Y qué queréis que os diga? ¿Que soy un idiota por no darme cuenta antes? ¿Que cada vez que pienso en ellos me hierve la sangre?

—Exacto —dice Nathan, mirándome a los ojos—. Porque decirlo en voz alta es el primer paso para dejarlo ir.

Damian asiente.

—No se trata de admitirlo, Julian. Se trata de procesarlo. Lo que Sophie y Daniel hicieron habla más de ellos que de ti.

Me dejo caer en un banco frente a ellos, sintiendo cómo la rabia empieza a ceder, dejando paso al agotamiento.

—No es tan fácil como lo pintáis.

Los dos me miran con paciencia.

—Nadie dijo que fuera fácil. Pero no estás solo.

Levanto la vista y veo comprensión.

Damian rompe el silencio primero.

—Jules, sé que no soy perfecto y que nos llevamos mejor o peor según el día, sin embargo... estoy aquí. Todos lo estamos.

—Solo tienes que quererlo —añade Nate, sonriendo.

—Además —agrega—, boxeas como la mierda. Déjame eso a mí.

Julian

Han pasado tres días desde que Clara salió de mi oficina sin decir una palabra y, desde entonces, se las ha apañado para esquivarme. No soy tonto. Sé que Clara está huyendo de mí y eso me toca los cojones. Si hay algo que odio más que un café frío, es que alguien me evite sin una maldita explicación.

Los dos primeros días intenté darle un poco de espacio, pero después de que ayer se las arreglase para desaparecer al finalizar la reunión de equipo cuando le pedí educadamente hablar con ella, mi paciencia se agotó. ¡Joder, era cierto que tenía que tratar ciertos asuntos laborales! ¡A la mierda! ¡Ya lo habrá leído en el correo que le envié!

Estoy hasta los huevos de esta situación. No me explico cómo no la veo ni siquiera en los pasillos. ¡Por amor de Dios, vive en el piso de enfrente!

Desquiciado, salgo de la sala de juntas. Menudo tostón de cuatro horas. No me despido ni de mi padre. Como ya he dicho, estoy hasta los cojones y voy a arreglar esto o dejaré de llamarme Julian Blackwood.

Una vez que llego a nuestro edificio, dejo el coche estacionado y subo en ascensor. Al llegar a nuestra planta, tuerzo a la izquierda, dirección: su apartamento.

Cuando abre la puerta —con cara de que no me esperaba ni de lejos— voy directo al grano.

—Necesitamos hablar.

—¿Hablar de qué?

Entro antes de que pueda echarme, entro de un movimiento rápido y cierro tras de mí.

—De por qué carajo llevas días evitándome. Otra vez —recalco.

—No te evito, estoy ocupada, que no es lo mismo.

—Eso es una puta mierda de excusa y lo sabes.

Después de mi respuesta, Clara se queda en silencio. Quiero gritarle unas cuantas verdades, pero sé que va a pasar de mí.

—No tienes ni idea de nada —me espeta, y noto cómo suena a la defensiva.

¿Qué me he perdido?!

—Entonces explícamelo. Porque no entiendo qué cojones te pasa conmigo.

Clara duda. Su mirada se oscurece un segundo antes de girarse y darme la espalda.

—Nada, es mejor que te vayas.

—Ah, ¿sí? ¿Qué pasa, que solo me quieres para follar y no sabes cómo decírmelo? ¡Pues venga, acepto el trato!

Ni siquiera sé el motivo por el que grito. ¿Muñeco sexual de Clara? ¿Acaso no es lo que quería?

—No puedo hablar contigo. Julian, vete, por favor.

Sigue de espaldas a mí. El hecho de que no me mire a la cara mientras me da la patata me está hinchando los huevos demasiado.

—¿Por qué? ¿Porque soy un Blackwood y todo me resulta fácil?

Se tensa. Lo noto en sus hombros. Sé que he tocado un punto sensible y es lo que deseaba, a ver si así se gira de una puta vez.

—No pongas palabras en mi boca que no he dicho.

—¿En serio?

Por fin, Clara se gira hacia mí. Pero no me gusta lo que veo. Está dolida por lo que le he dicho y me siento peor que la mierda al ver su rostro y sus ojos llorosos. ¿Por qué coño no confía en mí? ¿Qué es lo que le sucede?

—Clara, yo... —susurro, intentando arreglar mi metedura de pata temperamental—. ¿Quieres saber la verdad? Estoy desquiciado porque... porque no entiendo qué siento por ti —lo digo de carrerilla y sin pensar demasiado.

Clara me mira sin saber si estoy tan perdido como parezco o es un paripé. Me parece mentira que tenga que plantearse semejante dilema. ¿Acaso no es obvio?

—Estoy jodido, Clara —suelto, expresando en voz alta lo que pasa por mi mente.

—Julian... no puedo hacer esto.

—¿Por qué no? —empiezo a desesperarme.

Por un instante, su mirada se ablanda y creo que va a ceder. Sin embargo, se aparta cuando alzo la mano para acariciarle la mejilla.

—Creo que deberías irte —susurra, dando unos pasos hacia atrás, poniéndose de ese modo fuera de alcance por completo.

Gruñendo por lo bajo, enfadado y con ganas de liarme a patadas con algo, salgo y me encierro en mi casa. Al verme, Max levanta la cabeza, pero se da cuenta de mi estado de ánimo y se acerca despacio, recostándose a mi lado en el sofá.

—Gracias, chico —le digo, acariciándolo mientras intento recuperar la calma.



Julian: Chicos, necesito soltar esto porque si no reviento.

Los puntos de que alguno está escribiendo no tardan en aparecer.

Ethan: Venga, dispara.

Nathan: ¿Qué sucede?

Damian: ¿Ya la has liado otra vez?

Gabriel: Que sea algo bueno y divertido, por favor, que estoy aburrido como una abuela.

Alex manda un emoji de aplausos. Ni idea de si es en serio o de coña.

Julian: Me he dado cuenta de que he estado haciendo el gilipollas durante diez años.

Nathan: ¿Y ahora te das cuenta?

Ethan: Enhorabuena, has llegado al nivel experto.

Julian: Sí, soy un puñetero genio que lleva diez años de retraso. Pero lo importante es que ya no quiero seguir metido en este puto círculo. He discutido con Clara, y creo que me importa más de lo que pensaba.

Damian: Ah, qué sorpresa. Todos lo veíamos...

Gabriel: Espera, espera... ¿Clara?

Alex: Sí, idiota, la que lo pone más cachondo que ver porno.

Julian: Sí, esa misma. Y ahora no sé qué hacer con todo esto. Me temo que estoy... jodidamente pillado.

Nathan: ¿Y dónde está el problema?

Ethan: ¿Y qué hay de malo en eso? Me he perdido.

Julian: Ethan, dile a Ava que deje de hacerte manitas y atiende a la conversación, capullo.

Ethan: ¿Qué? No veo el problema en que te guste una mujer... A ver, que si con los años quieres cambiar de gustos, te voy a querer igual.

Julian: ¿Has vuelto a meterte cosas raras?

Ethan: Vete a la mierda, Julian.

Gabriel: Haya paz, por favor.

Damian: Jules, te has pasado.

Julian: Tenéis razón. Ethan, lo siento.

Ethan: Vete a la mierda otra vez.

Gabriel: A ver, retomemos. Jules, yo no soy muy de complicarme, por lo que te diría que pasases del tema, pero si estás tan jodido como dices, haz algo más que echar un polvo.

Alex: ¡Lo ha dicho Gabriel! ¡Histórico!

Gabriel: Cállate, Alex. Es un consejo para Jules, no algo que vaya a aplicarme a mí mismo.

Nathan: ¿Julian?

Julian: La he cagado. Y no sé cómo arreglarlo. He ido a su casa y le he dicho una cantidad de gilipolleces que no os hacéis una idea.

Ethan: Sí, sí que nos hacemos una idea de la cantidad de gilipolleces que dices cuando estás enfadado... y cuando no lo estás, también.

Alex: No te preocupes. No hay nada que un buen polvo no consiga.

Gabriel: ¡Di que sí, hermanito!

Damian: Ni caso a estos dos. ¡Menuda panda de hermanos! Lo primero es admitirlo, Julian.

Nathan: Y luego, hablar con ella. No hay más truco.

Julian: ¿Y si me manda a la mierda otra vez?

Ethan envía un meme de terapia grupal.

Gabriel: Pues nos reiremos a tu costa otro rato.

Clara

No puedo más. Definitivamente.

Cierro el portátil de golpe.

No, no voy a huir otra vez. Además, ¿a dónde iría? Da igual lo lejos que me marche, me encontrará. Lo sé. Miro el teléfono y vuelvo a sentir el vuelco en el estómago. No hace ni media hora que colgué la llamada, y... aún tengo escalofríos.

Otra vez él.

Fui ingenua al pensar que, por amenazarlo con denunciarlo y con un abogado que no tengo, me dejaría en paz. Adriana es su hija, siempre dará con la manera de localizarme.

Contengo las ganas de llorar y de gritar. El miedo y la frustración no son buenas compañeras y, mucho menos, consejeras.

—Estoy en Nueva York —me dijo y note cómo su voz grave me hacía temblar—. Y quiero verte. Por las buenas. Nada de abogados. Solo tú y yo. Tenemos que hablar.

Me negué, me negué en rotundo, solo que él no se dio cuenta, porque fui incapaz de hablar. Una cosa es plantarle cara por teléfono y alardear de algo que no tienes, sabiendo que él está a miles de kilómetros de distancia y otra muy distinta querer hacerlo siendo consciente de que puede llamar a tu puerta de un momento a otro.

Sé que necesito ayuda, que no podré lidiar con esto sola. En España no pude... ¿por qué sería diferente ahora?

Salgo de casa sin preocuparme de ir en zapatillas y con la pinta de auténtica loca que debo tener, ya que fuera hace un frío de narices y yo voy en pantalón corto. Tan solo, lo hago.

—Clara —dice con incredulidad al verme plantada frente a su puerta

—¿Puedo pasar? —pregunto, tensa, aunque no es por Julian es por mí y la situación de mierda en la que de nuevo me veo metida.

Él asiente de inmediato y se aparta para dejarme entrar. Lo hago y me quedo en el centro del salón, sin saber por dónde empezar.

—¿Qué pasa? —pregunta sin salir de su asombro.

Y, claro, teniendo en cuenta de que la última vez que lo vi, lo eché a gritos de mi casa... ¿quién puede culparlo?

Mis pensamientos chocan unos con otros. Me quedo callada, mirándolo de frente, sin tapaderas. Es el momento. Ahora o nunca.

—Víctor, mi exjefe, está aquí.

—Y eso... ¿qué tiene que ver conmigo? —Frunce el ceño.

—Contigo nada. Con nosotros, todo.

Julian se queda callado, observándome. Quiero que diga algo, pues no me salen las palabras que de verdad necesito soltar. El nudo de la garganta cada vez me aprieta más y más.

—¿Con nosotros? Explícate mejor —me pide, aún más serio que antes.

—Quiere que me reúna con él. Y no puedo... No quiero, Julian. Me da miedo... —suelto, conteniendo un sollozo—. Necesito ayuda...

Me tapo la boca con una mano para no hacer ruido con mi llanto. Aprieto los labios y la mandíbula en un vano intento de contener mi dolor.

—Clara —se acerca hasta mí y me pone las manos en los hombros. Yo sigo con la mirada gacha. No soy capaz de levantarla—, si no me explicas qué sucede, no puedo ayudarte.

—Siempre dará conmigo —entro en una especie de verborrea incontrolable—. Lo sé, nunca me libraré de Víctor. Y Adriana... Yo...

—¿Qué pasa con Adriana?

—Es su hija. —Levanto la vista y lo veo procesando lo que acabo de decir.

—¿Por qué no nos sentamos y empiezas por el principio?

Asiento y me dejo guiar hasta el sofá. Me acomodo y Julian desaparece. En cuestión de un par de minutos vuelve con un vaso de agua en la mano.

—Gracias —le digo al tomarlo.

—Empieza cuando quieras.

Respiro hondo y me armo de valor. Es la primera vez que le cuento esto a alguien que no son ni mis padres ni mi amiga Elena.

—Víctor era mi jefe. En España. Me acosó durante meses, pero nadie me creyó al denunciarlo. Al final, se encargó de arruinarme la

vida. Me quedé sin trabajo, sin referencias y con la reputación destrizada.

Julian

No sé qué esperaba cuando abrí la puerta y la vi allí, de pie, con esa expresión tan seria que parecía venir a darme un puñetazo en vez de hablar. Pero ahora... estoy más confundido aún. Por un momento, no soy el Julian Blackwood que siempre tiene la broma perfecta o la respuesta adecuada para aligerar el ambiente. Tan solo soy un hombre que escucha cómo alguien que no merece ni una mínima parte de lo que ha sufrido ha tenido que cargar con todo sola.

La observo mientras cruza los brazos y evita mirarme. Esa rigidez en los hombros, los dedos tamborileando contra su brazo... Clara está aguantando, no sabe hacer otra cosa.

—Así que... —empiezo, ya que el silencio se está volviendo más incómodo que un trago de ginebra barata—. El cabrón de Víctor no solo te arruinó la carrera, sino que encima es el padre de Adriana. Esto parece una telenovela y, encima, de las malas.

—¿De verdad tienes que bromear con esto?

—Sí. Si no lo hago, probablemente salga corriendo a buscarlo y partirle la cara, y eso no ayudaría a nadie.

—Julian...

—No, en serio. —Alzo las manos en señal de rendición, mientras que empiezo a andar en dirección a la mesa. Si sigo a su lado, no me resistiré a tocarla—. Estoy intentando asimilarlo, ¿vale?

Suspira y se mantiene callada, se ve que está agotada. Me paso la mano por el rostro.

—De ahí viene eso de que todos seamos iguales... —deduzco en voz alta.

Y me siento como la mierda al darme cuenta de que Clara llegó aquí huyendo de un jefe acosador y se encontró conmigo, que me masturbaba cada noche pensando en sus labios rojos. ¡Con razón me rehuía como a la peste! No sé si estoy más enfadado con ese puto de Víctor o conmigo por ser un salido de manual.

—Julian, yo... No eres...

Levanto la mano para que no siga por ahí. Sí, lo soy. Además, me da igual, ahora quiero saber todo lo que tenga que ver con ese malnacido.

—Ahora no. Continúa, por favor —le indico, pese a que el pensamiento de que ambos no somos tan diferentes me taladra la mente sin cesar.

—Todo empezó con bromas, comentarios a veces fuera de lugar, cosas que si las decía en voz alta, sonaban insignificantes, aunque a mí me parecían incómodas. —Se frota las manos como si intentara borrar algo invisible que sigue ahí—. Poco a poco, fue subiendo de tono. Miradas que no eran normales. Insinuaciones... Intenté ignorarlo. Me lo callé todo. ¿Quién iba a creerme? Era la nueva. Una chica de clase media que había conseguido un buen puesto en una gran empresa, gracias a que se dedicaba a estudiar cada maldito minuto del día. Soñaba con diseñar joyas y entrar ahí a trabajar me abriría muchísimas puertas.

Me muerdo el interior de la mejilla, conteniendo una maldición. Sé cómo funciona esto. Cabrón de manual.

—No eran las puertas lo que él quería abrirte. —Clara me mira molesta y niega—. Lo siento. Comentario inoportuno.

—No has dicho nada que no sea verdad —admite con pena.

—¿Lo denunciaste? —pregunto. La respuesta ya la sé.

—Claro que lo hice. —Suelta una risa amarga—. Fui a Recursos Humanos. ¿Sabes lo que me dijeron? Que lo investigarían, aun así, era probable que yo estuviese exagerando, que «Víctor era un hombre casado, profesional y respetado» y que era yo quien había malinterpretado sus intenciones. Poco después, me tacharon de conflictiva sin saber el motivo. —Hace una pausa y traga saliva—. Él empezó a esparcir rumores sobre mí. Que yo era la que lo acosaba, que estaba loca y que me alteraba con facilidad. Se llegó a decir que sufría trastorno de la personalidad, claro que con carácter despectivo y no como una enfermedad.

—Hijo de puta.

—Se hizo insostenible, Julian. La gente me miraba mal. Nadie quería trabajar conmigo. Terminé por dejar el trabajo, pero ya era tarde. Ninguna empresa quería contratarme: él había destrozado mi

reputación. Tuve que salir de España para empezar de nuevo. Por suerte, el tío de mi mejor amiga, Elena, vive aquí. Fue tirando de hilos hasta que me consiguió el puesto de asistente. Quería empezar de cero. Nunca pensé que mi nuevo empleo me pondría otra vez en el radar de Víctor.

—Adriana.

La veo tragar saliva mientras asiente.

—Por eso me importa tanto lo que se diga de mí aquí, no puedo soportar que ella o quien sea siga alimentando rumores de ese tipo.

—Joder... —Me paso una mano por el pelo, frustrado. Estoy a punto de estallar. Contra todo lo que la ha hecho dudar de sí misma. Contra ese tal Víctor, Adriana y cualquiera que se haya cruzado en su vida.

—No sé qué hacer con él ni con Adriana.

—A Adriana... podemos echarle agua bendita a ver si funciona.

—Julian...

—Vale, vale. —Levanto las manos otra vez y me acerco al sofá.

Me pongo de rodillas frente a ella y contengo las ganas de apoyarme en sus rodillas.

—¿Y qué hacemos con él? —susurra.

Sonríó. Esto sí lo tengo claro.

—Primero, asegúrate de no volver a coger llamadas que no conozcas el número. Segundo, déjame a mí, yo me encargo. —Levanta una ceja. No la dejo que me interrumpa—. No, en serio. Tengo contactos, Clara. Sé cómo usar el sistema y la ley para darle una lección sin despeinarme ni un rizo.

—¿Y su hija? El agua bendita está descartada.

Suelto una carcajada que me sale de dentro y ella me sigue. Al menos, mis idioteces han servido para calmarla un poco y que no solo vea la parte negra del asunto.

—Adriana es otro tema. Pero te aseguro que si su padre sigue metiendo las narices donde no debe, no me va a importar lo que piense ella. Ni mi padre... —La miro directamente a los ojos—. Lo único que me importa eres tú. ¡Al carajo la modelito de las narices! Uy, qué a gusto voy a ir a la oficina el día que la pierda de vista.

Clara contiene las ganas de reír. Lo sé, lo veo en sus ojos. Me mira con atención y se inclina un poco hacia mí.

¡A la mierda la idea de que este no era el momento! Para mí, siempre lo es.

La agarro por la nuca.

Ella sonríe, invitándome a continuar.

Cuando sus labios se encuentran con los míos, es como si todo estuviese en su lugar. Nada más importa.

Clara

Su lengua invade mi boca sin pedir permiso y un gemido se escapa de mi garganta.

¡Dios, cómo lo he echado de menos!

Sube la mano, que tenía apoyada en mi rodilla, hasta mi rostro, sosteniéndome con firmeza mientras me besa como si quisiera devorarme.

Cuando finalmente nos separamos, estoy jadeando.

Su frente se apoya contra la mía y sus dedos trazan círculos suaves en mi mejilla. Me aferro a su camisa y tiro de los botones hasta que logro desabrochárselos. Necesito sentirlo con mi propio tacto.

Mi cuerpo tiembla bajo su mirada a la vez que sigo deslizándome por su pecho disfrutando de cada centímetro de piel expuesta. Sus ojos permanecen fijos en mí, oscuros y llenos de hambre y deseo.

—Clara...

Un escalofrío me recorre.

Sonríó antes de inclinarme para besarlo de nuevo, esta vez con más intensidad. Busco su lengua. El beso se vuelve salvaje, sin restricciones. Me toma por la cintura y en un par de movimientos, acaba en mi lugar, conmigo a horcajadas. Cuando nuestras caderas se rozan, los dos jadeamos.

—Ni siquiera sé por qué hago esto —murmuro contra su boca.

Él suelta una risa suave, cargada de arrogancia.

—Porque juntos somos un puto desastre, Clara. Pero vaya desastre más jodidamente perfecto.

Antes de que pueda replicar, sus labios vuelven a capturar los míos mientras me acaricia los muslos y colándose por mi pequeño pantalón. Va trazando círculos en mi piel, encendiéndome despacio. Me arqueo contra él.

Se pone de pie conmigo en brazos y me enrosco instintivamente alrededor de su cintura. Me lleva por el pasillo, chocando contra las

paredes. Nuestras bocas no se separan. Entramos en una habitación. Una risa se me escapa, entremezclándose con un jadeo, cuando me presiona contra la pared. Sus caderas encajan con las mías, provocándome un gemido que apenas puedo contener.

—¿Eres consciente de lo que cachondo que me pones, Clara? —susurra con la voz ronca y los dientes rozando mi oreja.

Tira de mi ropa con urgencia. Mi cabeza cae hacia atrás cuando su lengua desciende por mi cuello, dejando un rastro húmedo a su paso. Enredo mis dedos en su cabello, aferrándome a él y me pierdo en las sensaciones que me provoca.

—Julian... te necesito... —gimo, sin reparo, incapaz de reconocer mi voz.

—Y yo, más de lo que imaginas.

Con un gruñido ronco, me sube más contra la pared y sus manos se clavan en mis muslos, empujando mi ropa interior hasta que queda fuera de su camino. Me estremezco cuando me explora sin piedad, arrancándome un jadeo tras otro.

—Mierda, estás tan mojada... me vuelves loco —gruñe, y su voz baja me hace arquearme contra él.

Mi mente está hecha un amasijo de sensaciones. Todo lo que puedo hacer es aferrarme a sus hombros, disfrutando del placer que me provoca. Mi cuerpo tiembla, mis gemidos se vuelven más fuertes y justo cuando pienso que voy a perder el control, él se detiene. Me mira con una sonrisa ladeada, como si disfrutara de torturarme.

—No tan rápido, preciosa. Quiero saborearte toda la noche.

Sin previo aviso, me lanza sobre la cama. Mi espalda choca contra el colchón. Él me mira desde su posición.

—Eres un maldito sueño hecho realidad, Clara —dice, y su voz está ronca de placer.

Se inclina sobre mí, su boca reclamando la mía de nuevo y retoma sus caricias, esta vez, por todo mi cuerpo. Cada roce me lleva más cerca del orgasmo. Cuando finalmente se posiciona entre mis piernas, sus ojos se clavan en los míos.

—Voy a hacerte gritar mi nombre toda la puta noche —asegura, y no puedo evitar gemir en respuesta.

El mundo desaparece cuando entra en mí.

—¡Joder!

Se mueve, lento al principio, hasta que la pasión nos obliga a acelerar los movimientos. Mis manos recorren su espalda, mis piernas se aferran a él y todo lo que importa es este momento, el fuego que arde entre nosotros y que no muestra signos de extinguirse. Lo que empieza como algo desenfrenado se convierte en una conexión feroz y apasionada que nos deja temblando cuando por fin llegamos al orgasmo. Al primero de la noche.

Julian

Toco dos veces la puerta del despacho de Damian antes de entrar, eso sí, sin esperar respuesta. Está sentado detrás de su escritorio con una montaña de papeles frente a él. Levanta la mirada por encima de sus gafas y frunce el ceño.

—¿Interrumpo? —pregunto, cerrando la puerta.

—Eso depende. ¿Vienes a confesar otro desastre o por una vez en tu vida merece mi tiempo? —responde, dejando la pluma a un lado.

—Lo segundo, pero con un toque de lo primero. Necesito que ayudes a Clara.

Su ceño se suaviza al escuchar el nombre, pero sigue observándome con esa mirada calculadora que usa cuando evalúa si alguien le está diciendo toda la verdad.

—¿Por qué?

Le cuento por encima la historia de Clara, todo por lo que tuvo que pasar en España y lo referente a ese hijo de puta que no la deja en paz.

—Sigue intentando intimidarla. La llama cada día y estoy seguro de que tiene algo entre manos. Quiero que lo detengas.

—Te has equivocado de hermano, no soy policía.

El cabrón me habla tan serio que casi me creo que me estaba dando largas. Al ver mi expresión, se reclina en su silla, cruza los brazos sobre el pecho y sonríe.

—Capullo —le digo—. No sé cómo Abi te soporta.

Suelta una carcajada; después, vuelve a tomar esa pose de abogado recto y medio gilipollas.

—¿Tienes pruebas de que está haciendo alguna cosa ilegal, además del supuesto acoso?

—No, por ahora, solo las amenazas. Pero ese tío no va a parar. La humilló, la acosó y consiguió que se marchara de su país por miedo.

—Y tú quieres... ¿qué exactamente? ¿Que lo meta en la cárcel solo con tu palabra?

Su sarcasmo me cabrea y mucho.

—Quiero que encuentres la manera de protegerla. No voy a dejar que viva con esa sombra detrás. No lo merece. No voy a permitir que ese cabrón siga jugando con ella.

Damian asiente, deja escapar un suspiro y empieza a tomar notas en un cuaderno.

—Lo primero es documentar todo lo que ha ocurrido. Necesitamos un historial: correos, mensajes, cualquier interacción reciente que demuestre que sigue acosándola. ¿Tiene algo guardado?

—Lo hablaré con ella.

Mi hermano se quita las gafas y me mira directamente.

—Julian, no es tan simple como piensas. Ese tipo ya la intimidó antes y no será fácil enfrentarlo si no tiene pruebas claras. No va a ser plato de buen gusto. ¿Clara está lista para lo que se le viene encima?

—Si no lo está, me encargaré de que lo esté.

Suelta un resoplido que hasta diría que conlleva un poco de orgullo. Solo un poco.

—Bien. Haremos esto a mi manera. Habla con Clara. Recolecta todo lo que puedas y mándamelo. Yo prepararé un plan acorde a la ley. Pero, Julian, prométeme que no vas a hacer una estupidez.

—¿Cuándo he hecho algo estúpido?

Él arquea una ceja y sonrío apenas.

—Tendrás noticias mías pronto. Pero si vas a jugar al héroe, hazlo con cabeza y sin que yo me entere.

Accedo, porque no, no voy a hacerme el héroe. Quiero que esto se acabe y que lo haga del modo legal, así no podrá volver a molestarla más. Damian me da unas cuantas instrucciones. Después, me indica que va a anotarme todo lo que debemos recopilar, así se asegura de que no se me olvide nada. ¡Será desconfiado! ¡Me ofende!

Se pone a escribir en su libreta mientras yo me apoyo en el escritorio, tamborileando con los dedos para meterle un poco de

prisa. Levanta la vista y suelta un resoplido, cansado.

—¿Sabes que presionarme solo hará que te cobre más caro el favor? —me dice, sin apartar la mirada del papel.

—Oh, claro, porque cobrarle a tu hermano pequeño es justo lo que necesitas para pagar la hipoteca de tu lujoso chalet.

Me lanza una mirada fulminante y yo alzo las manos.

—Vale, vale. ¿Crees que podrías incluir en tu brillante plan a Abi? Ya sabes, ella y sus habilidades de hacker nivel 007. Seguro que puede encontrar algo que podamos usar contra este tipo.

Cierra el cuaderno y se cruza de brazos.

—¿Estás sugiriendo que meta a mi novia en esto? ¿Qué la incite a ir contra la ley?

—¿Acaso eso es un problema? Porque, según recuerdo, ella es experta en esas cosas.

Se reclina en su silla. Me mira con atención.

—¿Tan seguro estás de que hay por donde cogerlo?

—¿Además de sus cojones? Porque se los retorcería con gusto.

—Sí, además de sus cojones, sí.

—Segurísimo. Esos tíos siempre desfalcan, son infieles, desvían fondos, van de putas...

Damian suspira, dejando entrever un leve gesto de aprobación.

—Hablaré con Abi. Pero no prometo nada. Si encuentra algo, deberá ser legalmente viable o no lo usaremos.

—Perfecto.

Sonrío, aunque sé que su condición implica mucho papeleo y límites que me sacarán de quicio.

Se pasa una mano por el pelo y me señala con un dedo.

—Estupendo. Y ahora, fuera de mi despacho antes de que decida cobrarte de verdad por esto.

—Eres un encanto, ¿te lo he dicho?

—Sal de aquí, Julian.

Clara

«Ven cuando puedas. Te espero».

El mensaje ha sido directo, como él. Sonrío y salgo al pasillo.

Al llegar a su piso. Está entreabierta. Me esperaba... o eso me gusta pensar. Toco con los nudillos a la vez que empujo la puerta. Nada más poner un pie dentro, Max me recibe dando brincos y con un ladrido emocionado que resuena en el rellano.

—¡Eh, chico! Tranquilo, que no necesito que me tires al suelo para saber que me echabas de menos —le digo cuando se pone a dos patas sobre mí.

Julian aparece detrás de él, descalzo, con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra que le queda peligrosamente bien. Tiene su expresión más natural, la relajada, la cual se acentúa al dedicarme la sonrisa.

—Está claro que te quiere más que a mí —bromea mientras lo aparta y me deja pasar.

—¿Todo bien? —pregunto algo nerviosa.

—Sí. Damian y yo hemos avanzado con el tema de Víctor.

Se sienta en el sofá y me acomodo a su lado. Antes de que pueda decir algo, Max se acerca y apoya la cabeza en mis rodillas, reclamando atención.

—Tú no cambias, ¿verdad? —le digo, acariciándole detrás de las orejas.

Julian me observa, y hay algo en su mirada que me hace sentir como si fuera la única persona en el mundo.

—Hemos establecido un plan para que ese cabrón no vuelva a molestarte —empieza muy serio—. Damian ya está moviendo los hilos legales y Abi está investigando todo lo que podemos usar en su contra. Vamos a asegurarnos de que no tenga escapatoria.

—Julian... —mi voz se quiebra, pero intento recomponerme. No quiero derrumbarme aquí, no otra vez.

—Clara, mírame. —Su mano se posa sobre la mía, firme pero reconfortante—. Esto no es solo por ti. Es por nosotros. Nadie va a interponerse en lo que estamos construyendo.

Levanto la mirada hacia él, encontrándome con esos ojos que tantos sentimientos me despiertan.

—No sé qué he hecho para merecer esto.

Él se inclina, acercándose lo justo para que su voz sea casi un susurro.

—No es cuestión de merecer. Es cuestión de querer. Y yo quiero que estés bien y que estés conmigo.

Julian aprovecha el momento y toma mi rostro entre sus manos.

—Clara, eso quedó atrás. Ya no estás sola. Y si tengo que decírtelo cada día, lo haré.

Me inclino hacia él, dejando que la barrera que todavía intento mantener se rompa del todo.

—Gracias, Julian. Por no rendirte conmigo.

Él sonríe, esa sonrisa traviesa que me vuelve tonta, y se recuesta en el sofá, jalándome con él hasta que quedo acurrucada a su lado.

—Ahora, dime. ¿Qué hacemos con él? —me suelta, echando una mirada hacia mis piernas, donde dormita su cachorro.

—¿Qué pasa con él?

—Creo que está celoso de mí.

—¿De verdad? —inquiero riendo.

—Tienes razón: soy yo quien lo está de él.

Su broma me arranca una risa y me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar.

Julian

Max está tumbado en su rincón favorito del salón, masticando un juguete como si en ello le fuera la vida. Mientras tanto, yo estoy sentado en el sofá, con el portátil sobre las piernas, repasando las imágenes de la última colección. Algo que no debería hacer. Claro que no. Es mi día libre... La música suena suave de fondo y pese a que suelo preferir algo con más ritmo, Clara insiste en que un ambiente tranquilo mejora la creatividad. Y, qué demonios, a veces tiene razón.

Vale, de acuerdo, no está aquí ahora y yo sigo con la playlist de los cojones. Bueno, es que ya me he acostumbrado. ¿Qué se le va a hacer?!

Después del circo que fue lidiar con Adriana y cerrar la campaña, me dejó claro que no volvería a pisar un set con ella. Eso no fue negociable. Ahora trabaja como dependienta en una joyería asociada con Blackwood C&B y en sus ratos libres sigue dándole vueltas a los diseños de joyas que va creando. Y por cómo le brillan los ojos cuando alguien los hace, sé que, tarde o temprano, acabará dedicándose a eso.

Adriana y sus salidas de tono quedaron atrás, como todo lo demás. Lo mismo pasó con Víctor, aunque su caso fue más... complicado. Damian y yo conseguimos lo que quería desde el principio: encontrar algo con lo que apretarle las tuercas. Resultó que el tipo tenía varias irregularidades en las cuentas de su empresa. No hacía falta ser un genio para atar cabos, pero fue Abi, con sus dedillos de hacker, quien dio con la prueba definitiva. A cambio de no ir a juicio, Víctor aceptó un acuerdo: nada de contacto con Clara, ni ahora ni nunca. A pesar de que al principio no estaba convencida de que lo respetaría, creo que, al final, se sintió aliviada, porque el desgraciado sí que está respetando el acuerdo. Es más, si no lo hace, juro que lo meto entre rejas me cueste lo que me cueste.

Aún no se ha enterado que quien se mete con un Blackwood se mete con todos. Y somos muchos. Y ella ya es parte de la familia.

Y ahora, aquí estamos, viviendo algo que, para ser sincero, nunca imaginé que podría tener. Es un equilibrio extraño, pero que funciona, pese a sus manías y mis salidas de tono.

El sonido de las llaves girando en la cerradura me saca de mis pensamientos. Max ya ha salido disparado hacia la puerta, parece que no la hubiese visto en años.

—¿Qué pasa, grandullón?

Desde mi sitio en el sofá, escucho el roce de las bolsas y el tintineo de las llaves al caer en la mesa de la entrada. Clara asoma la cabeza al salón, con el pelo un poco revuelto y una sonrisa ligera que me encanta.

—Espero que tengas hambre —dice, levantando una bolsa de comida.

—¿Eso que huelo es para mí o para Max? Porque, si es lo segundo, te recuerdo que yo soy quien paga las facturas y quien te hace gritar por las noches.

Clara arquea una ceja y deja la bolsa en la mesa frente a mí. Luego, se quita los zapatos y se sube al sofá.

—Eso lo decidiré cuando vea qué tan bien te portas. —Se inclina y saca los recipientes de comida, pero le doy un tirón suave del brazo; antes de que pueda decir nada, la atraigo hacia mí.

—¿Qué haces, Julian? —pregunta, aunque la sonrisa que se le escapa delata que no está tan indignada como pretende.

—Asegurarme la cena —respondo justo antes de besarla.

El contacto es lento al principio, porque, pese a que siempre digo que sé lo que hago, con ella nunca quiero dar nada por sentado. Cuando me responde, moviendo las manos hacia mi cuello, sé que la comida puede esperar.

Max decide que no está de acuerdo con eso y empieza a ladrar justo al lado de nosotros. Clara se separa entre risas, empujándome con suavidad.

—Tu perro tiene un sentido del *timing* impecable.

—Es envidia. Ya se va dando cuenta de que no tiene ninguna oportunidad contra mí.

Se ríe y se levanta, esquivando a Max, que sigue dando vueltas a su alrededor. Se inclina sobre la mesa y abre uno de los envases de comida, y yo aprovecho y la observo. Suelto un silbido bajo, porque... ¿por qué no? Me apetecía, sin más.

—¿Vas a comer o prefieres seguir mirándome? —dice sin volverse, sin embargo, sé que está sonriendo.

—Eso depende. Si me prometes que te quedarás con esa camiseta toda la noche, igual me lo pienso. O, mejor, si te la quitas...

Se gira con una mirada divertida, pero antes de que diga algo, Max se pone a dos patas y empieza a husmear la comida. Mi chica lo aparta con un gesto suave, y yo aprovecho para levantarme y tirar del perro hacia abajo.

—Max, compañero, vamos a tener que poner algunas reglas. Ya no estamos solo nosotros.

Clara coloca dos platos en la mesa. Me acerco y la ayudo a servir. Cuando me inclino, dejo un beso en su sien.

Se gira y me mira, y aunque no dice nada, la forma en que me sonríe lo dice todo.

Cenamos mientras me cuenta qué tal le ha ido el día. Por lo visto, estresante, pese a que ella lo define como «interesante». Todo lo contrario al mío, que solo he salido de casa para pasear a Max.

Cuando empezamos a recoger la mesa, me doy cuenta de que se me ha olvidado decirle algo que, para ella, seguro que es un dato importante.

—Por cierto, el domingo vienen mis hermanos. Damian dice que tiene algo importante que contar.

—¿Una boda? ¿Un bebé? —responde con tono burlón.

—Quién sabe. Conociendo a Damian, igual es una nueva estrategia para conquistar el mercado asiático. O una idea loca de Abi, que no sabe estarse quieta.

Me río mientras Clara recoge los platos vacíos y Max se acomoda en su cama, resignado a no ser el centro de atención. La miro a la vez que camina hacia la cocina, balanceando ligeramente las caderas de esa manera que no sé si hace a propósito o es natural en ella. No importa. Lo que sí sé es que no puedo quitarle los ojos de encima.

—Eh, Clarisse. —Uso ese apodo a sabiendas de que le provoca exasperación y diversión a partes iguales. Por suerte, todo depende del contexto y el modo en el que se lo diga.

—¿Qué pasa ahora, Blackwood? —responde sin volverse, pero puedo notar que sonríe.

Me acerco, rodeándola con los brazos y dejo un beso rápido en su cuello.

—¿Qué te parece si el próximo fin de semana nos vamos solos tú y yo?

—¿Sin Max? Olvídalo.

Epílogo

Un año después.

El salón está lleno de luces, música suave y una multitud que exuda éxito. Es el gran evento de Blackwood C&B, la presentación de nuestra última colección de joyas, y no puedo evitar sentirme malditamente orgulloso. Por primera vez, tres piezas llevan la firma de Clara, un triunfo tanto para ella como para la marca, porque es jodidamente buena y es nuestra. Es mía. La miro de reojo. Tiene esa sonrisa contenida que solo usa cuando algo le importa de verdad. Siento cómo se me hincha el pecho. Es incontrolable.

Entre copas de champán y risas a medias, mis hermanos están en su salsa. Nathan ronda por la sala con aire analítico; quizá buscando alguna energía rara. Adam, nuestro padre, lo observa con la paciencia de quien ha visto de todo en esta familia y ya nada lo sorprende. Me pregunto cuándo carajo se atreverá a decirle que deje de quemar palo santo en la oficina, el tufo llega hasta mi planta.

Damian y Abi están en una conversación que, a simple vista, parece seria, pero la forma en la que ella le sonríe y él se inclina hacia ella me hace pensar lo contrario. Esa mujer es la única capaz de romperle los esquemas y lo hace con una facilidad insultante para mí, que llevo toda mi existencia queriendo lograrlo.

Alex y Gabriel están enfrascados en alguna idiotez de las suyas, es probable que apostando cuánto tiempo tardará en llegar el primer escándalo de la noche.

Ethan y Ava han venido desde Grindelwald para el evento y, aunque han estado rodeados de gente todo el tiempo, hay algo en ellos que los mantiene en su propio mundo. Dan una envidia muy asquerosa.

—Esto es impresionante, ¿verdad? —me dice Clara, ofreciéndome una copa de las dos que trae.

El vestido rojo que trae puesto no fue una compra impulsiva; lo elegí pensando en cómo le quedaría. Y no me equivoqué. Realza su piel de una manera que me entran ganas de esconderme en el primer baño y quitárselo de un tirón.

—Tú sí que estás impresionante... Sé de un lugar que... —Dejo que mi mano roce su cintura y baje un poco más, disfrutando del pequeño escalofrío que le provoca mi contacto.

—¡Julian! —me reprende, riendo.

Ese sonido. ¡Maldita sea! ¡Me vuelve loco!

—Lo que hay que aguantar... —comenta Alex al pasar por nuestro lado.

—¿Qué? ¿Que admire a mi novia? —pregunto, simulando estar ofendido.

Gabriel se une a la conversación, con una copa en la mano.

—A ver, una cosa es admirarla y otra es querer secuestrarla en mitad de un evento.

—Lo dice el tipo que casi provoca un escándalo la semana pasada porque se encaprichó de una periodista —replica Damian con una media sonrisa, apareciendo justo detrás.

—No me encapriché. Me mandó señales —se defiende.

—Claro —interviene Nathan— y Alex nunca ha hecho trampas en nuestras apuestas.

—¡Eh! —lo reprende este y frunce el ceño—. Nunca habéis podido demostrar nada.

Ethan, que acaba de acercarse con Ava, se ríe entre dientes.

—No es necesario demostrarlo. Lo sabemos.

Papá, al vernos a todos juntos, viene hasta nosotros, observa en silencio la escena. Sonríe, no puede evitarlo. Si hay algo que le gusta en esta vida, es ver a toda la familia en reunión.

Es un jodido milagro que lo estemos sin que alguien acabe discutiendo en serio en la mayoría de las ocasiones.

Y es en momentos como este que lo siento: esto es casa. No el apellido ni la empresa, sino ellos. Nuestra extraña, caótica y jodidamente imperfecta familia.

La conversación queda en pausa cuando comienza el desfile. El último look, una creación con un colgante diseñado por Clara, recibe

un aplauso atronador. La emoción en sus ojos me deja sin aire. Sé lo mucho que ha trabajado para esto, lo que significa para ella. Me inclino hacia ella y le susurro:

—Acostúmbrate, Clarisse. Este es solo el principio.

Me mira y en sus ojos hay mucho más que felicidad. Hay certeza. Hay promesas que no necesitan ser dichas en voz alta.

Y cuando entrelaza sus dedos con los míos, sé que no necesito nada más.

FIN

Nota de autora

Espero que te haya gustado la historia de Julian y Clara, la tercera de la serie de los hermanos Blackwood. Por supuesto, no será la última, ya que todos están deseosos por contar la suya. Recuerda que si no has leído las otras dos, puedes encontrarla en Amazon tanto a través de mi nombre de autora, Layla Knox, como por los títulos de la novelas: *Ethan. Lujuria y redención*; *Damian. Caos y pasión*.

Si te ha gustado, te agradecería que la valorases en Amazon, así me ayudar a llegar a más lectores que, como tú, quieren disfrutar de historias como estas.

Gracias también por contribuir a que este sueño de ser escritora vaya poco a poco haciéndose realidad.

Gracias.

Muchas gracias a todos.

Biografía

Layla Knox es una apasionada de la literatura desde pequeña. Después de mucho pensárselo, decidió escribir la historia de los hermanos Blackwood. Actualmente, escribe desde un rincón de casa, en el intenta buscar paz, algo difícil, ya que sus dos hijos no colaboran demasiado en ello. Aun así, siempre logra encontrar ese instante para calmar la ansiedad de sus dedos y ponerse a teclear.

Fiel a su género de literatura preferido, se ha lanzado a escribir, por supuesto, romance. Y espera de todo corazón que todas las historias que tiene en su cabeza puedan ver la luz algún día y, sobre todo, que lleguen y emocionen a lectores como tú.